LA VASCA



ÁNGEL FERNÁNDEZ

SOBRE EL AUTOR
NOTA DEL AUTOR
PRIMERA PARTE
Provincia de Jaén, diciembre de 1932.
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
SEGUNDA PARTE
Provincia de Jaén, diciembre de 1932.
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
TERCERA PARTE
Provincia de Jaén, diciembre de 1932.
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CUARTA PARTE
Provincia de Jaén.
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
QUINTA PARTE
Natividad.
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Ángel Fernández
© La vasca
© Primera edición: octubre de 2025
© Diseño de portada: ChatGPT

LA VASCA

ÁNGEL FERNÁNDEZ

A toda mi familia.

Y, a Sara, por todo. Por estar siempre a mi lado.

Y, a ti, lector/a, que siempre me lees. Siempre agradecido.

SOBRE EL AUTOR

Ángel Fernández nació en Sabadell (Barcelona), en abril de 1984. Desde pequeño mostró un gran interés por las historias de suspense y terror, llegando a ser un gran aficionado al cine de ese género y de la novela negra. Ya en el colegio escribía historias y guiones para pequeños proyectos escolares y, a día de hoy, tiene auto publicadas once novelas en Amazon: *Destino, El enjambre de los locos, El asesino del reloj, El ilusionista de Varsovia y El susurro de los intrusos, El llanto de los intrusos, Los crímenes del horóscopo y Los huérfanos, Los nietos, Las novias y Los herederos.*

Actualmente trabaja en una empresa de seguridad, un sector en el que lleva más de diez años trabajando como asesor y consultor en seguridad para empresas compaginándolo con su otra gran afición que es la escritura.

NOTA DEL AUTOR

Querido/a lector/a, estás a punto de entrar en las páginas de la siguiente novela y me gustaría decirte que la historia y los personajes que aparecen en ella son completamente inventados. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Hay que tener en cuenta que la novela está escrita única y exclusivamente para entretener, absolutamente todo es ficción y en ningún momento se trata de herir a nada ni a nadie. Si encuentras cambios con respecto a eventos con fechas o lugares que crees que no te encajan, no te preocupes, todo está hecho para que encaje con el desarrollo de la historia. Por último, lo único que te pido, es que cuando acabes de leerla me dejes un comentario o una valoración tanto positivo o negativo, cualquier pequeño detalle siempre es de agradecer, ya que me ayudará a seguir aprendiendo y ayudará a otros lectores a elegir la novela para leer.

Te mando un fuerte abrazo.

Siempre agradecido.

PRIMERA PARTE

"Me comí su hígado con habas y un buen Chianti". Hannibal Lecte (El silencio de los corderos).

Provincia de Jaén, diciembre de 1932.

Se oyen gritos en la granja, son de una mujer. El dolor aún no ha comenzado, pero falta poco para que el hombre entre en el gallinero entonces comenzará la fiesta para el depravado. La espera con ansia como un niño los regalos la víspera de Navidad.

Cuando llegas a la granja el olor a cerdo y gallinas se te impregna en la ropa y en las fosas nasales. La única manera de llegar hasta allí es por el sendero de tierra, el que está plagado de olivas rancias que han caído de los árboles. Al salir del pueblo hay que recorrer unos cuatro kilómetros por la comarcal, girar a la derecha en el cartel desgastado que anuncia una nueva marca de tabaco y meterte en el primer camino que encuentras, el que está rodeado de olivos. El sendero son aproximadamente unos novecientos metros, y al llegar puedes ver la enorme granja junto a la finca, que es una casa no demasiado grande: comedor, dos habitaciones, cocina, un lavabo y una especie de establo en el que se lava la ropa. La granja está a pocos metros, en la misma parcela. Acoge gallinas, conejos, cerdos, ovejas y cabras. El olor a mierda que desprende es repugnante, aunque también huele a muerto, ese olor tan característico a carne podrida. Intenso. Maloliente. Inmundo. También, si te acercas lo suficiente, se oyen los gritos. Los que se pueden oír ahora son de ella: de la joven.

El gallo y las gallinas están cercados en el corral. Todo está lleno de excrementos y comida tirada por el suelo mezclada con la sucia paja. Al fondo hay un espantapájaros que ha conocido mejores días, y junto a él, una bicicleta oxidada con las ruedas pinchadas. El hombre, el de la cicatriz en la mejilla, aparta las gallinas para poder atar a la chica a la pared. Hay dos arandelas de hierro por las cuales pasa una cadena que va directamente a las piernas y los brazos de la joven, y la sujeta fuertemente con unos candados para inmovilizarla. Ella está desnuda y se estremece al ver lo que ese individuo va a hacerle. El hombre, el de la cicatriz, se siente excitado. Ella tiene miedo, su rostro muestra terror. El escalofrío que siente es muy diferente a cuando su madre la

avisaba cuando era pequeña de que vendría el *coco* si se portaba mal aquello era muy distinto a la llegada de ese hombre que algo malo quiere hacerle, y se lo hará: el daño. Aquellos tiempos con su madre pasaron, nunca más ha vuelto a sentir tanto miedo, hasta ese día. Ya ni recuerda cómo ha llegado hasta ahí, lo único que sabe es que lavaba la ropa en el río y alguien le vino por detrás y se la llevo tapándole la boca. Ya está, ni un solo recuerdo más. Después despertó en una habitación sucia y maloliente, llena de jaulas con pájaros que no paraban de cantar. Un perro vino a olerla, era grande y de color marrón con la boca sucia llena de trozos de pollo crudo y la cola cortada. El can casi le mordió los pies, pero al final no lo hizo. Solo la relamió.

El hombre de la cicatriz lleva un bote metálico y oxidado en la mano en el interior hay un ungüento, una mezcla de trigo, arroz, maíz, avena y diferentes harinas. Todo está revuelto con un poco de agua para poder hacer una pasta. Las aves llevan días sin comer alimento fresco y recién puesto, lo poco que queda por el suelo se lo reparten entre varias, aun así, la escasa comida se mezcla con los excrementos. Están hambrientas, como jamás lo han estado. El hombre abre el bote y comienza a untar la pasta sobre el cuerpo de la joven, desde la cabeza hasta los pies. Las gallinas se vuelven locas y excitadas, se quieren acercar, pero él las aparta con agresividad. Parecen leones en el momento en el que se les lanza un trozo de carne cruda repleto de sangre.

—Esperad, bestias —les dice.

Cuando la chica ya está repleta de toda esa asquerosa masa por todo su cuerpo, el hombre se aparta y ordena a las gallinas que ya se pueden acercar. Obedecen.

—Que comience el festín.

Las aves avanzan hasta ella y comienzan a picotear sobre su piel. Una le desgarra parte de la mejilla, otra le arranca la piel del abdomen hay otra, la que parece más agresiva, que quiere comer con tanta ansia que le arranca hasta un trozo de nariz después de picotear con fuerza. Otra, a la que le faltan algunas plumas por alguna pelea, le mete el pico en el ojo y se lo medio arranca. La escena parece sacada

del mismísimo infierno. Hay sangre por el suelo, también trozos de carne de la chica. Varias gallinas le picotean la cabeza, tan fuerte que hasta hunden el pico en el interior, incluso parecen sacarle un trozo de masa encefálica. El hombre observa la escena, sonriente y dichoso por lo que está haciendo. No le repugna en absoluto ver la sangre, siente total indiferencia hacia lo que está viendo. La chica no para de gritar, le gustaría poder salir corriendo, pero no puede, las cadenas se lo impiden. En pocos minutos habrá muerto, ella lo sabe, y el hombre también. Está perdiendo mucha sangre y las heridas comienzan a ser profundas, y seguramente se infectarán. La joven siente muchísimo dolor, como jamás lo ha sentido. Cree no poder tener más miedo, pero a ratos, parece que el horror crece aún más en su interior.

—Disfrutad —les dice el hombre a las aves—, que manjares así no los hay todos los días. Comed lo que queráis.

La chica ha muerto. Su mirada angelical se ha apagado. Ha perdido la vida entre aves hambrientas que la han picoteado hasta la muerte. Su cuerpo yace sobre un enorme charco de sangre que se mezcla con la paja, los excrementos y el pienso. En pocas horas comenzará a oler a muerto y las moscas vendrán. El hombre sale del corral y cierra la puerta, pero antes de salir les dice a las gallinas:

—Cuando tengáis hambre os coméis lo que queda de ella, bestias. Ahí tenéis carne para semanas.

Lo único que ahora queda es el gruñido de los cerdos, el balido de las ovejas y el canto del gallo. También el olor a sangre, ese característico olor a hierro sucio.

CAPÍTULO 1

Madrid, invierno de 1997.

Amaia Garmendia es una mujer corriente, al menos eso cree ella. S la vieras por la calle podrías pensar que es banquera, tal vez directora ejecutiva en una multinacional o incluso una actriz de renombre francesa quizá. Es elegante, guapa y atractiva. Tiene treinta y nueve años, cabello moreno y ojos marrones. Suele vestir con jeans ligeramente acampanados que combina con alguna camiseta oscura y camisa de franela. A veces viste con camisa elegante y americana depende del día. En su trabajo no es una mujer cualquiera, es inspectora de la Brigada de homicidios de la Policía Nacional de Madrid Es una de las pocas mujeres que hay. Nació en Basauri, y la llaman *"la vasca"*, simplemente por ser la única mujer del País Vasco de su promoción. En 1979 se convocaron por primera vez en España plazas para mujeres en el cuerpo de policía. Amaia llegó a inspectora en e noventa y tres, haciéndose cargo de varios de los casos más importantes ocurridos en esas fechas. Tiene muy mala hostia, y si sale de casa sin su café matutino y sin beberse un chupito de Bourbon Stillbrook de un solo trago más vale que no te la encuentres.

—Buenos días, inspectora —le dijo una vez uno de los agentes de uniforme, sin él saber que Amaia no había tomado su café y chupito esa mañana.

—¡Déjame en paz, cojones! —respondió ella.

Vive en un piso en la calle de la Cava Alta en el barrio de La Latina Un pequeño piso de setenta metros cuadrados situado en una de las típicas calles estrechas de la zona. Tiene dos habitaciones, un pequeño balcón, un comedor, una cocina no muy grande y un lavabo. Ella no necesita más, es lo que dice siempre.

Amaia sale al balcón con un Marlboro recién encendido, vacía e cenicero ennegrecido en la bolsa de basura que hay junto a una pequeña planta y echa un vistazo a la calle. Ve a las mujeres camina con los carros de la compra, algún que otro niño jugando a la pelota incluso a dos ancianos discutiendo sobre fútbol. Su mirada se desvía ahora hacia un abuelo y a un niño al que imagina que es su nieto Amaia los ve felices, le recuerdan a su niñez, a aquellos días en los que lo único que le preocupaba era poder saltar a la comba sin tropezarse Piensa en su abuelo, en Don Ignacio, así lo llamaban, con el Don delante. Era un importante empresario del sector textil que creó una empresa de la nada, aunque las malas lenguas dicen que le ganó la empresa al anterior dueño en una partida de mus. Con los años, el negocio quebró, y eso provocó el impago de los trabajadores de la fábrica. Un día, un empleado entró en el despacho de Don Ignacio y le pegó un tiro con una escopeta reventándole la cabeza e impregnando la pared de masa encefálica y pegotes de sangre. La mancha quedó ahí durante años, hasta que derrumbaron la fábrica. Amaia era una niña, y algo en su cabeza cambió, quizá decidió defender a los inocentes haciéndose policía, o quizá fue por otro motivo, quizá porque su padre también lo era, pero cuando tuvo la edad suficiente entró en el cuerpo. Su madre no quiso que lo hiciera, pero su padre sí la apoyó Al final, con el tiempo, a su madre no le quedó otra que ceder.

Amaia le da una última calada al cigarrillo y lo apaga en el cenicero Echa un nuevo vistazo a la calle, todo parece estar en calma, como le gusta a ella. El teléfono fijo suena, y algo le dice que esa llamada no va a ser demasiado buena. Solo hay dos personas que la llaman a esas horas de la mañana: una es su madre, y la otra Faustino Mendoza, el comisario. Cuando descuelga el teléfono tiene claro que es la segunda opción, el característico ruido de la comisaría se oye de fondo: agentes hablando sin parar, la máquina de café, los teléfonos sonando, el sonido del fax, la tos persistente de ese policía veterano del que nunca recuerda el nombre.

—Buenos días, Amaia —le dice, más bien en un tono serio y preocupado.

—Hola, comisario.

—Espero que hayas tomado el café y el Bourbon, te necesito ahora.

—¿Qué ocurre?

—Una mujer muerta, dicen que prostituta. Ha ocurrido en Lavapiés Tu equipo está allí, esperándote.

—¿Todos?

—No, todos menos Pedro. No coge el móvil, y en su piso no está. Ve a buscarlo en el maldito agujero donde esté y te lo llevas, aún es pronto, no creo que esté demasiado borracho todavía.

—¿En qué dirección ha ocurrido lo de la muerta?

—Cerca de la calle del Sombrerete, en la plaza, no tardes… po cierto, por lo que dicen no es nada bueno lo que han encontrado. E día se prevé complicado, muy complicado.

La llamada se corta. El comisario ha colgado sin ni siquiera despedirse, es algo habitual en él. Nadie sabe si le gusta hacerlo o bien es porque lo hace sin querer. A fin de cuentas, a Amaia le da igual, lo único que sabe ahora mismo es que tiene tres minutos para vestirse es el tiempo que ha calculado para ello. Se viste con un pantalón tejano acampanado, jersey negro de cuello no demasiado alto y su abrigo negro. En Madrid hoy hace frío. Sale de su piso y baja por las escaleras. No hay tiempo ni de pulsar el botón del ascensor.

El subinspector Pedro Sierra vive en un piso en la calle de San Bernardo, en la zona de Malasaña, que forma parte del barrio Universidad en el distrito centro. Sierra es, por así decirlo, un policía a que le gusta el alcohol, la fiesta, las juergas en todo su esplendor y las mujeres, eso más que nada. Durante mucho tiempo ha intentado rehabilitarse, sobre todo del alcohol, aunque siempre sin éxito. De 365 días que tiene el año, duerme en su piso unos 120, el resto los pasa en algún puticlub, en casa de un amigo, o en algún hostal de mala muerte de la ciudad. El resto del tiempo es un buen policía, de los mejores Astuto, eficaz y resolutivo. Por todo eso y más el comisario Mendoza no lo ha mandado a la mierda, aunque es él y Amaia quienes han de tapar muchas de sus mierdas, ellos y sus compañeros de brigada Martín y Rocío.

La inspectora Garmendia sabe donde buscar a Sierra, al menos sabe cuál es el primer lugar en el que comenzar: por Gran Vía. Muy cerca del monumento a Cervantes está el Bar el Trote, un típico local de barrio donde se juega a las cartas y se toman carajillos. Hubo una época en la que se hizo muy famoso por servir el mejor cocido madrileño de la zona, pero eso ya es historia.

—Hola, Moisés —saluda Amaia al hombre bajito que hay tras la barra—. ¿Está Pedro por aquí?

Moisés es el dueño del bar, podría estar ya jubilado, pero prefiere no hacerlo y abrir para sus clientes de toda la vida: cuatro viejos que juegan a las cartas, los cinco o seis borrachos de toda la vida y varios ludópatas que entran a jugar a la tragaperras. De vez en cuando hay alguna que otra pelea, pero nada demasiado relevante.

—Ha estado aquí, pero ya se fue.

—¿Iba muy bebido?

—No demasiado. La puerta del local la abrió y no se cayó con el escalón, eso es buena señal. Hay días que no sabe ni ir al baño.

—¿Te dijo adónde iba?

Moisés niega con la cabeza y acto seguido se llena un pequeño vaso con whisky y se lo bebe de un trago.

—Cuando lo encuentres le dices que se ha ido sin pagarme la última copa. A veces fío a los habituales, pero el muy cabrón se ha pedido una copa del mejor whisky.

Amaia sale del bar y se enciende un cigarrillo en la puerta y observa a su alrededor. Piensa en el lugar en el que puede estar Pedro, pero hay tantos sitios a los que puede haber ido que necesitaría horas para revisarlos todos.

—¿Buscas a Pedro?

La pregunta se la hace uno de los ancianos que había estado jugando al chinchón dentro del bar, y según él, ha salido a tomar un poco el aire.

—Así es —le responde Amaia—. ¿Lo ha visto?

—Sí. Ahí dentro huele demasiado a viejo, y a whisky. A veces salgo a tomar el aire, por eso vi a Pedro irse de de aquí, pude ver que se iba con la Juanita.

—¿Juanita?

—Sí, cojones. La Juanita vive allí enfrente, en el bloque de fachada blanca. La tía va siempre buscando guerra, ya me entiendes. Esos dos se han ido a fornicar como los marranos, eso seguro.

—¿Sabe en qué piso vive esa mujer?

—Me parece que en el segundo. Lo digo por las bragas que hay colgando en el balcón, son suyas, seguro.

Amaia cruza la calle y pulsa los botones de todos los pisos de la segunda planta. Hay cuatro puertas, y le responden en dos: en una ha respondido una niña y ha dicho que no abre a desconocidos, y en el otro una mujer con voz ronca ha preguntado quién era.

—Busco a Pedro. ¿Está ahí?

—Sí, aquí está. ¿Quién eres?

—Dile que *la vasca* está aquí abajo, esperándolo. Que mueva el culo de una puta vez.

Casi cinco minutos después, Pedro sale del portal. No tiene muy buena cara, está ojeroso y sin afeitar.

—Llevo rato buscándote, joder.

—Amaia… yo…

—Cállate la puta boca, Pedro. Me tienes hasta el coño de tus historias.

—Lo siento, jefa.

—No me mientas, no lo sientes. Porque eres buen poli, sino te mandaría a la mierda. Ponte el cuello de la camisa bien, súbete la bragueta y péinate un poco, tengo el coche aparcado allí. Nos vamos para Lavapiés, hay un cadáver… pero antes págale a Moisés la copa que le debes. Me ha dicho que te has pedido el mejor whisky.

Amaia no se ha percatado de que, a unos pocos metros, alguien la está observando: un hombre de traje gris y corbata negra que lleva un

periódico para disimular.

CAPÍTULO 2

Chamberí es uno de los distritos de Madrid más seguros que hay. Es conocido por su ambiente tranquilo y familiar. Ideal para parejas que quieren formar una familia. En uno de sus barrios, en Arapiles, Julia camina por la calle en dirección a su casa. Una furgoneta Renault Express de color blanca con matrícula de Madrid la sigue hasta la calle Vallehermoso, en ella el conductor se coloca a su altura. Se está fumando un cigarrillo, no quiere llamar la atención de la niña hasta no terminar.

—Oye, bonita —le dice a la niña, después de tirar la colilla por la ventanilla.

Julia se percata que el hombre de la furgoneta quiere llamar su atención. El tipo tiene cara de bonachón, lleva gafas, una barba bien recortada y va repeinado con la raya a un lado. Además lleva un jersey de marca cara. Cualquiera pensaría que es un hombre de buena familia. Del espejo retrovisor interior lleva colgada una Cruz de Caravaca.

—Hola —le dice ella.

—Perdona que te moleste, guapa, es que estoy buscando un hospital que me han dicho que está por aquí, ¿tú sabes dónde está?

—Conozco uno que está por aquí cerca, el Hospital Universitario. He ido a veces con mi madre.

—¿Me ayudas a encontrarlo, reina?

—Le puedo indicar.

—Verás… es que yo con las indicaciones me pierdo, soy un poco torpe y tengo un poco de prisa. Resulta que mi mujer y mi hija están allí, han tenido un accidente terrible.

—¿Y qué puedo hacer yo? Lo único es indicarle, no tiene pérdida, se lo aseguro.

—¿Por qué no subes y me acompañas? Mi hija debe de tener la misma edad que tú, ¿cuántos años tienes tú, bonita?

—Doce.

—Lo que yo decía. Mi Anabel tiene once, uno menos. Hasta os podéis hacer amigas. Venga, ayúdame, por favor. Mi mujer tiene que estar muy asustada, y mi hija ya ni te cuento. A lo mejor están heridas. Si me ayudas a llegar te vuelvo a traer aquí. No tengas miedo guapa.

Julia observa hacia los lados: la calle está vacía, no pasa ni un alma. Su madre le ha dicho mil veces que no subiese jamás a coches de desconocidos. Unos tres años antes, en Alcácer, tres niñas fueron secuestradas y asesinadas, desde ese día su madre siente terror cada vez que su hija va sola por la calle. Joaquín, el padre de Julia, es algo más confiado, aun así, siempre le dice a la niña que vaya con cuidado. Pero confía bastante en ella cuando la ve salir de casa.

—No le conozco de nada —añade Julia—. Mi madre no me deja subirme a los coches de los desconocidos.

—Tu madre hace muy bien, pero yo no soy un desconocido, bonita, me llamo Tomás. Podemos ser amigos. ¿Tú crees que si yo fuera un hombre malo iría vestido así?

Julia se encoge de hombros.

—Venga, niña, súbete a la furgoneta.

La niña avanza unos pasos, el hombre le transmite confianza. Lo ve muy bien vestido, bien afeitado y perfectamente peinado. Alguna vez ha visto en televisión a gente mala, sobre todo en las películas, y los malos tienen otro aspecto. Suelen ir despeinados, con barba de varios días, incluso algunos tienen hasta cicatrices en la cara y tatuajes por los brazos.

—¿Vives por aquí? —le pregunta Tomás.

—Muy cerca, a dos calles.

—Sube, me acompañas al hospital y luego te acerco. Ya verás que bien te llevas con mi niña.

Julia bordea la Renault blanca y abre la puerta del copiloto. Se sienta en el asiento y se pone el cinturón. Tomás le sonríe y pone su mano en su pierna, haciéndole un gesto de complicidad.

—Muy bien, bonita. Gracias por subir. ¿Hacia dónde voy ahora?

—Todo recto, y al final de la calle hay que girar a la izquierda.

Tomás hace caso a Julia y continúa recto, pero al llegar al final de la calle gira a la derecha. La niña intenta abrir la puerta, algo le dice que aquello no va bien, pero él no la deja. Tomás está cogiendo otro camino. Él la agarra del brazo para impedir que abra la puerta, ella se queda paralizada, entonces, el hombre le acaricia la mejilla. Ni tiene mujer ni ninguna hija que se llame Anabel, lo que sí tiene ahora es a una niña asustada en la furgoneta.

CAPÍTULO 3

Lavapiés es una barriada de Madrid ubicada dentro del más amplio barrio de Embajadores, en el distrito Centro de la capital. El cadáver está en la Plaza "La corrala", cerca de la calle del Sombrerete. Los curiosos dicen que es una prostituta, la han conocido por la ropa saben que pasa sus tardes y noches por la zona. Viste con una blusa blanca abierta, sin sujetador, una mini falda negra y tacones rojos. No tiene cabeza, su asesino se la ha cortado, en su lugar ha cosido la cabeza de una muñeca de plástico de piel blanquecina y sin pelo.

La zona está acordonada por la Policía Nacional, y los curiosos intentan acercarse para poder ver el cuerpo de la mujer. Amaia Garmendia ha dejado el coche muy cerca de la plaza. Pedro y ella han caminado hasta la zona del cadáver, y cuando atraviesan el cordón policial la inspectora ya ve a todo su equipo al completo, trabajando. A Martín Osorio lo reconocería incluso a cien kilómetros de distancia. Es un tío grande, de casi metro noventa, ancho de espalda y barriga pronunciada. Si te pegase con la mano abierta más vale que tuvieras un hospital cerca. A punto de cumplir los cincuenta, el subinspector llevaba a sus espaldas más casos resueltos que cualquiera de los agentes de todas las comisarías de Madrid juntas. La más joven del equipo es Rocío Contreras, que aún es agente de policía en la escala básica del cuerpo. Muchos de sus compañeros la llaman la novata, a ella no le molesta, ha aprendido a vivir con ese apodo. Ellos y Pedro forman el equipo liderado por Amaia.

—Buenos días —dice la inspectora, luego mira hacia la zona del cuerpo, pero el grupo de policías de uniforme que hay delante junto a forense le impiden verla con claridad.

—Hola, jefa, ¿Pedro y tú habéis dormido juntitos o qué? Como venís juntos…

—No me toques el coño, Martín. ¿Qué tenemos?

—Pues ya lo ves, una puta muerta. Va sin identificar, pero algunos dicen que se llama Rebeca.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Vecinos de por aquí. Los tíos sobre todo, los que se la habrán tirado.

—¿Rebeca será su nombre real?

—Ni idea. Eso sí, la han reconocido por la ropa, su cabeza no está... pero, échale un ojo, hay algo más.

—¿Qué cojones dices?

—Lo que oyes. Más vale que la veas con tus propios ojos, jefa. Si te lo cuento, no me crees. Acércate.

—Por cierto, una vecina del bloque de allí dice que anoche vio a la prostituta con un hombre en el bar *La concha*, está cerca de aquí, en la calle de atrás, al lado de una peluquería —les explica Rocío sujetando una pequeña libreta llena de anotaciones.

—¿Qué más te ha dicho de ese tío? —quiere saber la inspectora.

—No mucho más, que era un hombre de unos cuarenta años, bien vestido. No ha podido darme más información.

—Intenta hablar con algún vecino más, Rocío. Quizá alguien ha visto algo.

—Hecho, jefa.

—Venga, novata —añade Pedro—. Gánate el sueldo.

Ahora sí, Amaia observa con detenimiento el cuerpo de la muerta ya se ha aproximado lo suficiente como para quedarse petrificada al verla. No recuerda cuando fue la última vez que vio algo tan bestia. La escena es escabrosa. Su asesino le ha cortado la cabeza, parece hecho con una precisión quirúrgica, y en lugar de ella está cosida con hilo negro la cabeza de una muñeca de plástico con ojos negros. También tiene heridas en las manos, seguramente por haberse intentado defender de su agresor. La prostituta está sentada, apoyada en un árbol.

—¿Qué me cuentas, Espinosa? —le pregunta Amaia al forense.

—Ya lo ves. Ni en las películas se ven estas cosas. Por un prime análisis te digo que le cortaron la cabeza a la altura de la cuarta vértebra cervical, más o menos. La cabeza de la muñeca está cosida con lo que parece hilo normal de coser. Diría que no sufrió abusos sexuales como tal, pero claro, es prostituta, he de revisarla bien… de momento es lo que puedo decirte. Hasta que no le haga la autopsia no te podré informar de nada más.

—¿Y la cabeza? —le pregunta la inspectora.

—No la han encontrado. Creo que hay varios agentes buscando en la zona.

—¿Se la cortaron después de matarla?

—Creo que no. Aquí no hay sangre, pero pienso que no murió aquí. Te lo diré en un par de días.

—Gracias, Espinosa. Cualquier cosa me avisas.

Amaia mira ahora a Martín Osorio.

—Martín, habla con los negocios de por aquí, quizá alguien la conozca. Pedro, tú te vienes conmigo. No te vendrá nada mal moverte un poco.

El bar *La concha* lo regenta ahora un chino, está en la calle de Mesón de Paredes, cerca de la Plaza "La Corrala". En los años ochenta y principios de los noventa lo llevaba Pepe el botijo, así lo llamaban. Se dice que ahí se comían las mejores migas de pan del mundo, también unos bocadillos de calamares espectaculares. Cuando Pepe se arruinó por gastarse todo su dinero en décimos de la lotería de Navidad, le vendió el local a un asiático que llegó al establecimiento con un saco lleno de billetes de cinco y diez mil pesetas.

—Buenos días, ¿el dueño? —le pregunta Amaia a la anciana que hay tras la barra.

La mujer, que también es china, no pronuncia palabra, lo único que hace es dar un golpe fuerte en la barra para alertar al dueño. Un hombre de unos cuarenta años, asiático y delgado se acerca a la inspectora y a Pedro.

—¿Qué pasa? —les pregunta.

—Somos policías, brigada de homicidios. —Amaia enseña la placa, y Pedro hace lo mismo—. ¿Sabes lo qué ha ocurrido ahí fuera, cerca de la plaza?

—Yo no saber.

—Claro que no, tú seguro que nunca sabes nada. ¿Cómo te llamas?

—Pepe —responde el chino, muy seguro de su respuesta.

—Pepe mis cojones —salta Pedro—. Si tú te llamas Pepe yo me llamo Francisca y visto con falda… tu nombre, coño, el de verdad.

—Huang.

—Bien, Huang, ¿te suena que anoche viniera por aquí una prostituta con una falda negra acompañada de un hombre cuarentón bien vestido? Dicen por ahí que los vieron aquí en tu bar —le explica la inspectora—. Haz memoria, no tengo todo el día.

—Aquí entrar mucha gente, yo no recordar, yo no fijarme en caras de clientes —le responde con una gran dificultad al pronunciar las erres.

—¿Quieres que te mande una inspección? —Amaia ha puesto ahora su cara de mala hostia, como si no hubiera tomado su chupito de Bourbon ni su café.

—No, a mí no gustar inspección.

—Pues habla, Huang, mal no te vendrá. Así practicas el español.

—Vino mujer rubia, la puta. Chica muy guapa. Entró con hombre bien vestido, con traje negro. Hombre alto y fuerte.

—¿Qué hicieron? —le pregunta la inspectora.

—Comer bocadillo calamares ella, y hombre comer tapa de jamón y poco pan. Cuando ellos comer se marchan de local.

—¿Pagaron en efectivo?

—Sí, hombre pagar en efectivo.

—¿Algo más?

Huang niega con la cabeza.

—Bien. Si recuerdas cualquier cosa me llamas. —Amaia le entrega una tarjeta al chino con su número de teléfono—. Cualquier cosa ¿entendido? Más vale que me tengas contenta.

—Sí. Si yo recordar algo llamar a policía.

Pedro y ella salen del local. Amaia observa a su alrededor y mira detenidamente la casas y los bloques de la calle. Se enciende un cigarrillo y le da una calada intensa mientras se queda pensativa.

—¿Me invitas a uno, jefa?

—No has tenido tiempo ni de comprar tabaco con todo el lío de la Juanita, ¿no?

—La verdad es que no.

—Si te acuestas mucho con esa al final te enamorarás.

—¿De la Juanita? Ni de coña. Yo no estoy para relaciones serias. Ya sabes que esas cosas no van conmigo, Amaia.

—Tú no estás para nada, Pedro. Toma.

Amaia le da un cigarrillo al subinspector y los dos fuman sin decir nada, hasta que, después de apagar la colilla en el suelo, la inspectora dice:

—Hay ventanas por todas partes, ¿no crees que alguien habrá visto algo?

—Puede ser, pero ya sabes que hay mucha gente que no se quiere meter en mierdas, y la verdad es que no les culpo.

—Ya lo sé, la historia de siempre.

Todo comienza así: con un crimen, una paliza, un accidente. Cualquier cosa que hace que los agentes de policía se pongan en marcha e inicien una investigación. Pero, en ese momento, ni Amaia Garmendia ni Pedro Sierra, y tampoco Martín Osorio o Rocío Contreras eran conscientes del turbio asunto en el que estaban a punto de meterse. Para ellos había comenzado ahí: en Lavapiés, con una prostituta muerta sin cabeza, y en su lugar la cabeza de una muñeca cosida a su cuello.

CAPÍTULO 4

Son casi las nueve de la mañana de un martes. El hombre de traje gris y corbata negra cierra el periódico que lleva entre las manos. La inspectora Garmendia está ya a una distancia prudencial como para no ser visto por ella. El hombre observa a su alrededor, todo el mundo parece tener prisa: hombres de negocios que llegan tarde a la oficina mujeres sujetando con fuerza las manos de sus hijos que van más tarde de lo habitual al colegio, o señoras que corren para ir a compra al mercado antes de que se acabe el pescado fresco.

La inspectora está ahora ocupada con los quehaceres del caso en e que está metida, por eso, el tipo del traje gris entra en un bar. Se enciende un Ducados negro y se sienta en la barra.

—Un vino, del más barato —le pide al camarero.

Cuando se lo sirve, se bebe la copa de un trago y pide que se la vuelvan a llenar.

—¿Mal día, amigo?

—Sí, muy malo.

—Le pongo otra copa, a esta le invito yo.

—Gracias.

El hombre del traje gris ha dejado el periódico en la butaca, saca unas monedas del bolsillo y las echa en la tragaperras, le salen los tres diamantes iguales y tiene la sensación de que hoy es su día de suerte pero no lo es, alguien se ha llevado a Julia, a su hija, está desesperado por encontrarla. Lo que le ha salido de premio se lo vuelve a jugar, y ahora lo ha perdido todo. Las luces y el sonido lo dejan hipnotizado. Le han hablado de Amaia Garmendia, a la que llaman *la vasca*, quizá es la única que puede ayudarle. Ha de intentarlo, sea como sea. Paga las copas de vino y se marcha del bar. Dejando una estela de olor a vino barato.

CAPÍTULO 5

La agente de policía Rocío Contreras camina por la calle de Sombrerete. Ha hablado con varios vecinos de la zona y nadie ha visto nada, excepto la mujer que asegura haber visto a la muerta en el ba con un hombre. Al salir de un bloque de pisos se encuentra con e subinspector Martín Osorio que le pregunta:

—¿Cómo vas, novata?

—Nadie sabe nada, ¿tú?

—Tampoco. O no saben nada o se hacen los gilipollas. A la prostituta la conocían de vista, pero no me saben decir nada más.

—A mí igual. La conocen, a ella y a muchas más que hay por la zona. Esta zona de noche se pone calentita, pero nadie quiere hablar Es como si tuvieran miedo de alguien, o de algo.

—¿Tienes novio, novata?

—¿A qué viene ahora esa pregunta?

—Es una pregunta, sin más.

—Vuelvo a repetirte, Martín, ¿a qué viene ahora esa pregunta?

—Joder, eres una chica exigente, eh. Llevamos tiempo trabajando en la misma brigada y apenas te conozco. Me gusta saber con quien trabajo, mi seguridad a veces depende de ello.

—Tenemos un cadáver sin cabeza, ahora no es tiempo de responde a esas preguntas, Martín.

—Bueno, ya lo averiguaré, novata. Ten en cuenta que para se buenos compañeros hay que conocerse.

En la escena del crimen se oye un politono parecido a un villancico de Navidad, aunque no lo es. El Siemens S10 de la inspectora Garmendia está sonando en el fondo del bolsillo de su abrigo.

—¿Quién es? —dice al descolgar.

—¿Policía?

—Sí, ¿quién eres? —Al principio no lo ha reconocido, después ha caído en que era el chino del bar, con el que ha estado hablando minutos antes.

—Soy Huang, usted venir hace poco a hablar conmigo.

—Dime, Huang, espero que me llames para algo importante. No me gusta que me hagan perder el tiempo.

—Sí, inspectora, yo llamar a usted porque hombre de ayer que estaba con la chica muerta está aquí. Él ahora tomar café.

—¡Joder! Que no se vaya, estaremos ahí en un minuto. —Cuelga la llamada—. Pedro, vente conmigo.

Por el camino, Amaia ha hecho una llamada a los que faltaban de su equipo. Les ha ordenado que estén en posición cerca del bar *La concha*, y que estén preparados para cualquier cosa. Lo único que se sabe es que ese hombre estuvo cenando con Rebeca, la prostituta muerta.

Cuando la inspectora entra en el bar con el subinspector Pedro Sierra, ve que Huang le hace un gesto con la cabeza señalando hacia un hombre que hay al final de la barra. Tiene alrededor de unos cuarenta y pocos años, cabello moreno y barba de varios días bien arreglada, aunque poco poblada. Viste con un pantalón tipo *Dockers* de color beige y una camisa blanca perfectamente planchada, y en la butaca de al lado hay una americana del mismo color que el pantalón.

—Buenos días —le dice Amaia enseñando la placa—. Policía ¿podemos charlar un momento?

—Claro —le dice el hombre—, por supuesto. ¿Qué ocurre?

—¿No se ha enterado?

—¿De qué?

—Hoy ha aparecido muerta una prostituta muy cerca de aquí.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Hay testigos que afirman que le vieron anoche cenando con esa mujer en este mismo bar, Rebeca se llamaba, y como ya he dicho era prostituta… así que eso le convierte en una de las últimas personas que la vio con vida. Un agente le acompañará en un vehículo hasta la comisaría, tenemos que hablar con usted. Déjeme su documentación por favor.

—No la tengo aquí, la he dejado en casa. Cuando vengo al bar no tengo la cartera. Antes de salir de casa me guardo trescientas pesetas en el bolsillo y salgo.

—Bueno, no se preocupe, comprobaremos su identidad en comisaría.

—¿Acaso me está deteniendo?

—En absoluto. Ya le he dicho que un agente le acompañará… usted decide si viene por las buenas o por las malas. Solo queremos hacerle unas preguntas. ¿Algún inconveniente?

El hombre no dice nada, pero niega con la cabeza. Se bebe el café de un trago, se levanta de la butaca, se pone la americana y deja sobre la barra una moneda de cien pesetas.

—Cóbrate de ahí —le dice al chino.

Amaia acompaña al hombre hasta el exterior donde uno de los agentes de uniforme se lo lleva hasta un coche patrulla.

—Ese tío me da escalofríos, ¿a ti no? —le dice Pedro a la inspectora.

—Con el tiempo aprendes a no inmutarte con este tipo de gente.

—¿Qué opinas tú, novata? —le pregunta el subinspector Sierra.

—No parece tener el perfil de un asesino de esas características.

—¿Qué te hace pensar eso, Rocío? —quiere saber Amaia.

—Ha de ser muy imbécil para volver al bar donde estuvo con la muerta la noche anterior, además, en ningún momento ha desviado su mirada cuando hablaba contigo, Amaia. Está muy tranquilo, creo que no oculta nada.

—Eso ya lo veremos, Rocío. En el interrogatorio estarás hoy conmigo.

El subinspector Martín Osorio observa a la novata como si estuviera oyendo un recital de Mozart.

—Que se te cae la baba, coño —le dice Pedro.

Osorio se ruboriza.

—No me toques las pelotas, Sierra.

De nuevo, la melodía del móvil de la inspectora vuelve a sonar.

—¿Por qué no te cambias ese villancico, Amaia? —le propone Pedro —. Ya hace días que terminó la Navidad.

—No es un puto villancico —añade ella antes de descolgar—, lo parece, pero no lo es. No me toquéis los ovarios con eso… ¿quién es?

Cuando la otra persona al otro lado del teléfono le habla, el rostro de Amaia cambia completamente. Como si hubiera visto un fantasma. Cuando cuelga es Rocío quien le pregunta si todo va bien.

—No —indica la inspectora—. Acaban de llamarme del hospital: alguien ha intentado matar a mi padre.

CAPÍTULO 6

Amaia sube hasta la cuarta planta corriendo por las escaleras. Varios policías de uniforme están hablando en el pasillo, algunos entre ellos, y otros con médicos y enfermeras. También ve a uno que está tomando un café de la máquina de vending y un bollo de chocolate.

—¿Y mi padre? —le pregunta ella a Maite, la jefa de enfermeras.

—Tranquila, Amaia, lo han subido a la sexta, han ido a hacerle un TAC.

—¿Qué ha pasado, Maite?

—Verás, es que…

—Disculpe, soy Ernesto Macías, el jefe de seguridad del hospital. – El hombre se ha presentado y de seguida ha puesto su mano sobre el hombro de Amaia, ella no le ha visto maldad a ese gesto dadas las circunstancias, quizá en otro momento le hubiera sacado un ojo— Usted debe de ser Amaia Garmendia, me han hablado mucho de usted, y muy bien la verdad.

—Deje de hacerme la pelota, este hospital es publico, no necesitan mi dinero para nada, así que dígame lo que ha ocurrido de una puta vez. Le aseguro que el día no ha comenzado nada bien.

—Bueno, lo siento, la verdad es que solo intentaba ser amable – hace una pausa para respirar hondo—. Alguien ha entrado en la habitación de su padre y han intentado asfixiarle con una almohada. Una enfermera entró en la habitación y el agresor se marchó.

—¿Por dónde?

—Por el pasillo, evidentemente, esto es una cuarta planta…

—Bien, Sherlock, muy astuto, pero he visto cosas peores… ¿alguien lo vio en la calle para saber si subió a algún vehículo?

—No que sepamos.

—¿Nadie lo siguió?

—No. Esto es un hospital, no un cuartel. Solo hay tres vigilantes en todo el edificio, y dos de ellos están en urgencias.

—¿Y las cámaras de seguridad? Necesito un registro de todas ellas.

—Solo hay en el hall de ascensores de cada planta, en la entrada y el parking. Está previsto instalar algunas más, pero de momento no están.

—Quiero todas las grabaciones. Maite, ¿quién es la enfermera que entró en la habitación? —le pregunta Amaia a la jefa de enfermeras.

—Laura.

—¿Dónde está? Quiero hablar con ella.

—En la sala que tenemos de descanso, ha estado hablando con una de las psicólogas. La pobre estaba muy nerviosa. Supongo que es normal, después de lo que ha visto…

—Iré a hablar con ella. Venga conmigo, Ernesto, usted se ocupa de la seguridad del hospital, es importante que esté presente.

—De acuerdo, haré una llamada para que preparen el visionado de las cintas de seguridad.

Laura Roldán tiene veintiséis años, es rubia con ojos verdosos. Lleva dos años trabajando en el hospital, y Maite la considera una de sus enfermeras de confianza.

—Hola, Laura —le dice su jefa—. La policía está aquí, quieren hablar contigo.

La chica asiente, pero no dice nada. Tiene un pañuelo en la mano con el que se está secando las lágrimas.

—Hola, Laura, soy Amaia Garmendia, inspectora de homicidios. Me gustaría hacerte unas preguntas respecto a lo que ha ocurrido. Imagino que estarás afectada por lo que has visto… pero, el hombre a que han intentado asesinar es mi padre. Necesito que recuerdes todo lo que ha pasado, ¿comprendes? Es muy importante que me lo expliques todo.

—Siento mucho lo que le han hecho, al menos sé que ahora él esta bien —le confiesa la enfermera.

—Gracias. Cuéntame, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué viste?

—Entré en la habitación, era la hora de la medicación de Andoni, y al entrar le vi. —Laura vuelve a llorar al recordar la escena y se seca con el pañuelo.

—Tranquila, cuéntamelo.

—Había un hombre que vestía todo de negro, le había colocado la almohada sobre la cabeza de su padre, lo estaba asfixiando. Andoni se resistía, movía las piernas pero no podía hacer nada. Ese hombre, el de negro, me miró, y en ese momento cogí una botella que había sobre la mesita de la cama de al lado y se la tiré. Se hizo añicos, y los cristales se esparcieron por encima de la cama. Ahí fue cuando comencé a gritar y el hombre salió huyendo. Creo que si tardo un poco más Andoni hubiera muerto asfixiado. Estaba ya casi azul.

—¿Cómo era ese hombre?

—No era ni muy alto ni muy bajo, cabello oscuro. Bien afeitado. Los pantalones eran de color negro, parecían unos tejanos. Y arriba llevaba un jersey, negro también.

—¿No te dijo nada?

—No. Solo me miró y salió corriendo.

—¿Algo más?

—Ahora mismo es lo único que recuerdo.

—Bien, Laura. Ahora descansa, si recuerdas algo más, llámame. – Amaia le entrega una tarjeta a la enfermera mientras le hace un gesto de complicidad.

Cuando salen de la sala, Maite recibe una llamada a su teléfono.

—Me dicen que acaban de dejar a tu padre en la habitación, Amaia —le comenta a la inspectora.

—Bien, iré a verle ahora mismo. Ernesto, prepare las grabaciones en un rato iré a buscarle para que me las enseñe.

—De acuerdo, la sala de seguridad está en la planta baja, al lado de la máquina de cafés.

Andoni Garmendia tiene setenta y dos años. Tiene el cabello canoso y peinado con sencillez. Su rostro refleja una experiencia vivida que ha sido dura. Su piel muestra arrugas marcadas, especialmente alrededor de los ojos y la boca, huellas de sonrisas y preocupaciones acumuladas a lo largo de los años.

Cuando ve entrar a Amaia por la puerta de la habitación no puede ocultar su alegría. La saluda con su voz grave y pausada.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta ella.

—He tenido días mejores. Joder, ¿quién ha intentado matarme?

—No lo sé, papá. Lo averiguaré.

Amaia observa a su padre. Todavía hay restos en su cuerpo de lo que le provocó el accidente semanas antes.

Un coche.

Tres hombres en el interior.

Varios chupitos de vodka, del barato.

Un accidente y un coche volcado.

Un muerto.

—¿Lo reconociste? ¿Sabes quién era?

—No lo había visto nunca. La cara de un hijo de puta de esas características no la hubiera olvidado jamás.

—Voy a dejar a un policía aquí fuera, al menos unos días.

—No necesito niñero, Amaia.

—Sí, lo necesitas. Ese hombre ha estado a nada de matarte, si esa enfermera no llega a entrar estarías ahora en el anatómico forense. Escucha, ¿me estás diciendo la verdad?

—¿Sobre qué?

—¿No lo habías visto nunca?

—No, joder. Nunca. Te lo aseguro.

—Bien. Cualquier cosa, llámame.

Cuando Amaia sale de la habitación hace una llamada al comisario.

—Dime, Amaia, he oído lo de tu padre, ¿cómo está?

—Gracias a Dios está bien, o a sus pulmones. Voy a dejar a uno de los agentes de uniforme en la puerta.

—Vale, lo que necesites.

—Yo estoy con lo de la prostituta, ¿quién puede encargarse de esto Mendoza?

—Se lo diré a Suárez, ¿te parece bien?

—Sí, que me vaya informando. —Ahora es la inspectora quien cuelga la llamada sin despedirse, siente una enorme satisfacción.

Amaia camina por el pasillo y baja por las escaleras hasta la planta baja, ve la máquina de cafés y justo al lado una puerta que indica: no pasar, solo personal autorizado. Llama antes de entrar y es Ernesto Macías quien le abre.

—¿Tiene la grabaciones?

—Sí, inspectora. Las he preparado todas en las que sale ese cabrón.

La descripción del hombre coincide a la perfección con la que Laura había explicado. El tipo entra por la puerta principal, a los pocos segundos aparece de nuevo en el hall de ascensores de la planta baja. Entra en el del medio y sube hasta la cuarta planta, y dieciséis segundos más tarde se le ve en el hall de la cuarta. Ya no vuelve a vérsele más hasta seis minutos después que sale corriendo por la salida de la calle. La inspectora imagina que bajó corriendo por las escaleras al ser descubierto por la enfermera.

—¿Puede imprimirme una imagen del sospechoso, Ernesto?

—Por supuesto. —El jefe de seguridad teclea en el ordenador y pausa la grabación en el momento en que se ve el rostro del hombre, remarca la imagen y le da a imprimir—. Aquí tiene. La calidad no es demasiado buena, pero suficiente como para reconocerle.

—Gracias. He de irme, cualquier cosa avísenme. He dejado a un agente en la puerta de la habitación de mi padre, y un policía, Suárez se llama, vendrá y se encargará del caso. Ayúdele en lo que le pida.

—Así será, inspectora.

Cuando *la vasca* sale por la puerta de la sala de seguridad recibe una llamada a su teléfono móvil.

—Dime, Martín.

—Amaia, vente para el anatómico. Vas a alucinar con lo que han encontrado en el cuerpo de la muerta.

CAPÍTULO 7

Se suele decir que mientras te queda algo de esperanza no quieres morirte, pero a Mabel ya no le queda nada de eso. Ya hace tiempo que no quiere vivir. No está enferma, dice siempre, simplemente quiere dejar este mundo tal y como lo conoce. Primero lo intentó con pastillas, no le funcionó. Horas antes había estado bebiendo y armando jaleo en su piso, por eso unos vecinos llamaron a la policía y se la encontraron tirada en el baño después de haber ingerido casi un bote entero de tranquilizantes. Al llevarla al hospital le hicieron un lavado de estómago y una psicóloga la estuvo viendo durante varias semanas. Mabel sabe fingir estar bien, por eso le dieron el alta, pero no lo estaba. Días después lo intentó con una cuerda, estuvo leyendo la forma correcta de hacer una soga, pero en el momento de hacerlo la cuerda se rompió. Ella vive en un primero, y siempre que sale al balcón mira hacia abajo, sabe que es ridículo tirarse desde ahí, no se haría prácticamente nada. Bueno, sí, quizá romperse un tobillo o una pierna sería lo máximo que se haría. Por eso ha llegado a subir hasta la azotea donde suelen tender los vecinos, ahí la altura ya es otra cosa. Son seis plantas, si caes seguro que mueres. Pero cuando Mabel observó hacia el suelo se quedó aterrada. Quiere morir, pero tirarse desde esa altura le da miedo. Se imaginó bajando a toda velocidad mientras el aire le tocaba en toda la cara y veía el asfalto cada vez más cerca. Pensó en el dolor y en su cuerpo chocando contra el suelo y el sonido de todos sus huesos reventándose a la vez. Incluso pensó que depende de cómo cayera, quizá se quedaría viva en el suelo unos segundos y sufriese, y lo que no quiere es sufrir.

Mabel vive en el distrito de Chamartín, en un piso en la calle del Padre Damián. Cerca de donde vive hay un bar que se llama *El brasas*, el dueño es marroquí y se llama Ibrahim. Allí ha conocido a un hombre que se llama Bernardo, es diez años mayor que ella, y han hablado sobre la vida y la muerte. Él sabe que ella quiere morir, le da igual, no

está enamorado de ella y ni siquiera le gusta. Es solo una mujer a la que ha conocido en un bar y, de vez en cuando, quedan y charlan Podría ser ella u otra cualquiera, en los bares se conoce a gente Normalmente ellos follan y después toman cervezas, chupitos y a veces le echan dinero a la tragaperras del bar. A veces ganan, otras pierden.

—Conozco a un tío que podría venderte un arma —le dijo Bernardo una mañana.

—¿Por qué me dices esto ahora? —le preguntó Mabel.

—Quieres morir, ¿no? Eso me dices siempre. Que estás hasta el coño de todo… y que la mejor forma es pegarte un tiro, eso me dices.

—Sí, pero no esperaba que me dijeras esto ahora.

— Solo intento ayudarte.

—¿Dónde puedo conseguirla?

—Le daré tu teléfono al que conozco, te llamará en unos días.

—¿De qué lo conoces?

—¿Te crees que los dientes que tengo son de comer chucherías? Ese tío me vende droga, a veces nos metemos juntos.

—Dile que me llame.

Mabel ha salido del bar, pero antes le ha echado quinientas pesetas a la tragaperras, no le ha tocado nada. Cuando se marcha Bernardo hace una llamada con su teléfono móvil, cuando un hombre al otro lado responde le dice:

—Oye, la mujer que te dije el otro día ya sabe que la llamarás Llámala y le vendes la pipa. Quiero mi comisión, no te olvides.

—Que sí, coño, ya te daré lo tuyo. Pásame su número por mensaje y ya la llamaré.

—Vale, te lo paso ahora. —Cuelga.

El hombre, el que vende droga y armas, deja el móvil encima del salpicadero. Ha parado para atender la llamada. Se enciende un cigarrillo y observa a su lado: la niña está rígida, es lógico. Está muerta

de miedo, prácticamente ni parpadea. Lo único que ha hecho Julia es subirse a la furgoneta blanca de un hombre que dice llamarse Tomás y querer acompañarle al hospital.

—¿Adónde vamos? —le pregunta la niña.

—A un sitio bonito.

Tomás le da la última calada al cigarrillo y tira la colilla por la ventanilla.

—Tú pórtate bien y no te pasará nada —dice él.

La Renault Express blanca arranca y se pierde calle abajo. Solo queda el humo que todavía se desprende del cigarrillo que ha quedado en el suelo.

CAPÍTULO 8

Amaia deja el coche en el aparcamiento del anatómico forense de Madrid. El subinspector Martín Osorio la está esperando en la entrada.

—¿Qué tal tu padre? —le pregunta a la inspectora.

—Vivo, que ya es mucho.

—¿Habéis averiguado quién ha sido?

—Tenemos su cara en una grabación, de ahí a que sepamos quién es va un mundo. Vamos al grano, ¿qué habéis encontrado?

—Pasa, si te lo cuento no me creerás.

Amaia camina por el pasillo que le va a conducir hasta la fría sala en la que los médicos forenses abren los cuerpos de los muertos e inspeccionan hasta el último órgano. Algunos cadáveres llegan en buenas condiciones, en el caso de Rebeca, la prostituta muerta, ha llegado sin cabeza. Y eso hace más complicada la autopsia.

—¿Qué tenéis? —le pregunta la inspectora al forense y a Espinosa que también ha ido al anatómico.

La verdad es que *la vasca* jamás había visto la cara de Hilario Espinosa con esos gestos. Está demacrado y parece asustado. Espinosa es de los mejores en la policía científica, casi ni se inmuta cuando ve un cadáver, y ha visto muchísimos, pero el rostro que refleja hoy es de horror. A su lado está Molero, otro de los grandes de la policía científica, ya lleva años encargándose de cuerpos que llegan al anatómico después de haber sido asesinados.

—Hemos descosido la cabeza de la muñeca del cuello de la mujer —explica Molero—, no encontré lo que esperaba.

—¿Qué esperabas encontrar? —quiere saber Amaia.

—La cabeza de una muñeca, ya está. Un trozo de plástico hueco por dentro. Eso esperaba, lo normal, ¿no?

—¿Y bien?

—Dentro estaba la cabeza de un bebé, de un niño recién nacido. C lo que quedaba de los restos de la cabeza, hay trozos de pie arrancados.

—¿De qué cojones estás hablando, Molero?

—Lo que has oído, Amaia. El asesino utilizó gránulos de resina plástica y cubrió la cabeza de un bebé para crear la imagen y forma de la cabeza de una muñeca. Está toda la calavera, pero falta algo de piel En la industria se utilizan moldes para crear la cabeza o los brazos u otra parte del cuerpo de las muñecas, ese hijo de puta utilizó la cabeza de un recién nacido por lo que he podido ver como molde. Los gránulos se calientan y se da forma para crear el plástico, estaría tan caliente que ha consumido la piel del bebé, imagino. He intentado quitar el plástico pero está completamente pegado a la cabeza de ese pobre niño, he tenido que dejar al descubierto la dermis y los músculos faciales. Casi todo está adherido al plástico que forma la cabeza de la muñeca.

—Joder. Y tú, Espinosa, ¿qué opinas?

—Un trabajo muy elaborado para alguien que quiera parar aquí. Po mi experiencia te diré que aparecerán más cuerpos con estas características. Pero es cierto que jamás he visto algo tan bestia como esto.

—El comisario me va a dar por culo, y la prensa ni os cuento Entonces… tenemos a una prostituta muerta sin cabeza y la cabeza de un bebé cosida a su cuello, ¿correcto? Y además el responsable de esta puta mierda ha cubierto de plástico la cabeza de esa pobre criatura dándole forma como si fuera una muñeca, ¿correcto? Me cago en mis muertos…

—No hay huellas de ningún tipo en el cuerpo ni fibras —explica Molero—. No puedo darte buenas noticias sobre eso. Y si por si acaso te lo preguntas, la prostituta no es la madre del bebé, y por lo que he visto mantuvo relaciones varias horas antes del día en que fue asesinada, más o menos.

—¿Hay rastros de semen?

—No.

—¿Cómo murió?

—Por el degollamiento. Le cortaron la cabeza estando con vida, esa fue la causa de la muerte, la del bebé imagino que también. En la sangre hay rastros de un químico que imagino que se lo hicieron ingerir para dejarla medio dormida. Por cierto, el chiquillo tendría como mucho dos o tres horas de vida. En las manos de la mujer también hay heridas, de cuchillo seguramente, quizá intentó defenderse, pero también son heridas de arrastre. El asesino la arrastró y ella intentó agarrarse al suelo.

—Mandadme el informe lo antes posible —ordena ella.

—Lo tendrás en tu mail en unas dos horas —le dice Molero.

—Bien. Si hay algo más, me llamáis, yo he de ir a la comisaría a interrogar al tipo que estuvo cenando con ella antes de morir.

—¿Creéis que ha sido él? —le pregunta Espinosa.

—Puede ser. Te lo diré en unas horas. Espero que si ese pájaro sabe algo largue lo que sepa.

Cuando Amaia sale a la calle ve que Osorio está hablando por teléfono, ella se enciende un cigarrillo mientras el subinspector termina la llamada con la que parece muy concentrado.

—Era de la central —añade él al colgar—. La tal Rebeca no está fichada, así que no tenemos fotografías de ella, al menos por el momento. Tenemos a varios agentes en la zona volviendo a preguntar si alguien sabe algo más de la muerta…

—Bien. Escucha, Martín, necesito que pases orden a todos los hospitales, que te informen todos los de aquí de Madrid si alguien ha tenido un bebé estos últimos días que haya desaparecido. Y consulta si hay alguna denuncia por desaparición. También busca fuera de aquí en toda la provincia si es necesario.

—Increíble, ¿no crees, jefa? Menudo hijo de puta hay que ser para cortarle la cabeza a un bebé y tirarle plástico caliente en toda ella para hacer una muñeca…, me lo ha explicado Espinosa, ni él ha visto nunca algo así. Mira que Espinosa ha visto de todo. Cuando cojamos a

responsable le vamos a pegar una hostia bien dada, ya verás como se le quitan las tonterías. Tú déjamelo a mí un par de horas antes de que lo soltemos en los juzgados.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Martín?

—Joder, pues… ¿tres años?

—¿Cuántos casos hemos resuelto? ¿A cuántos hijos de su santísima puta madre hemos metido en la cárcel? Son incontables, ¿verdad?… Y por primera vez en mucho tiempo creo que estamos ante algo que no va a ser fácil de olvidar.

—¿Por qué lo crees?

—Le han cortado la cabeza a una mujer, y le cosen la cabeza de un bebé recubierta de plástico haciendo ver que es una muñeca… te aseguro, Martín, que de esta o nos dan una medalla o nos tienen que meter en el psiquiátrico. Y de momento parece que va ganando la segunda opción.

CAPÍTULO 9

La inspectora Amaia Garmendia ha dejado el coche en e aparcamiento de la comisaría. Antes de entrar se ha encendido un cigarrillo y se ha puesto a pensar en su padre. Le viene a la cabeza e día en el que recibió la llamada en la que se le informaba del accidente de Andoni. Él y otros dos amigos salieron a cenar, a recordar viejos tiempos de la época de la mili: de sus noches de guardia allí en Almería, de cuando pelaban patatas a las tantas de la noche.

Una vez al mes solían quedar en un bar sencillo, de los de bocadillos y tapas frías, pero esa noche todo se torció. El vodka barato con el que se excedió Mariano, uno de los amigos, hizo estragos al coger el coche Cuando se dirigían a sus casas tuvieron el terrible accidente. En un cruce el vehículo se desvió hacia un barranco, cayó varios metros hacia abajo y chocaron contra un árbol. Una de las ramas entró por e parabrisas y se clavó en el pecho de Mariano, matándolo al instante Del fuerte impacto el coche volcó. Cuando Amaia recibió esa llamada en la que se le informaba del accidente se quedó horrorizada, no le supieron decir quién de los tres había fallecido, pero se alegró cuando descubrió que no fue su padre.

—Te estábamos esperando, jefa —le dice Rocío, que ha salido a recibir a la inspectora.

—Me acabo el cigarro y vamos, ¿qué dice el pájaro?

—De momento no quiere hablar. Dice que quiere esperar a la que lleva el caso…

—O sea, yo. —Amaia tira el cigarrillo al suelo y lo pisa fuertemente con el pie—. Luego te cuento lo que he visto en el anatómico, entra conmigo al interrogatorio.

El subinspector Pedro Sierra está en la sala con el detenido. Ya saben quién es, le han tomado las huellas y está fichado por un delito de lesiones. Se llama Rodrigo Calatrava, mandó al hospital a un tío

después de darle una paliza que casi lo mata. La inspectora se ha leído el informe antes de entrar en la sala, y cuando lo hace cierra la puerta y saluda al subinspector, después hace lo mismo con el detenido. Rocío se queda a un lado, observando.

—Por fin —dice él—. Ya era hora, ¿va a decirme ya lo que hago aquí inspectora?

—Se lo dije antes, anoche estuvo cenando con Rebeca, la prostituta y ella ha muerto asesinada.

—¿Qué hay de malo cenar con una puta? Que yo sepa no he cometido ningún delito.

—Nadie dice que lo haya cometido, Rodrigo. Pero usted es la última persona que la vio con vida…

—En eso se equivoca —la interrumpe—, la última persona que la vio con vida fue el asesino. Yo no.

Se hace el silencio. Por momentos, incómodo.

—¿Dónde fueron al salir del bar?

—Yo a mi casa. Ella no lo sé.

—¿No tuvo sexo con ella? —El forense le había dicho que la prostituta había mantenido relaciones sexuales varias horas antes Amaia quiere saber si quizá fue con Rodrigo.

—Tuvimos sexo, claro, pero antes de ir al bar. A mí follar me da hambre, por eso le dije de ir a picar algo.

—¿Dónde lo hicieron?

—¿Es necesaria tanta pregunta?

—Sí.

—Pues en mi piso: en la cama, en el sofá y encima de la mesa de comedor, ¿algo más?

—Con lo del piso era suficiente. ¿Sabe dónde vivía ella?

—No, que va. A Rebeca la conozco de la zona, nada más. Es la que mejor folla, eso sí. La verdad es que nunca me dijo donde vivía tampoco yo le pregunté. Escuche, inspectora, si no hay ninguna prueba de mi culpabilidad me gustaría que me soltase de una vez

Será mucho mejor eso a que tenga que llamar a mi abogado y les meta una denuncia por abuso de la autoridad o por detención ilegal. Le aseguro que está perdiendo el tiempo conmigo.

Amaia sabe que tiene setenta y dos horas para poder retener a Rodrigo Calatrava antes de ponerlo en libertad. Pero, él tiene razón, no hay ni una sola prueba, y que haya estado cenando con la víctima la noche antes no significa nada. Hasta un abogado de oficio lo sabría.

—Espere aquí, por favor —le pide la inspectora.

—Espero. Cinco minutos, después de ese tiempo llamaré a abogado.

—Quedaos con él, ahora vuelvo —les dice a Rocío y a Pedro.

La vasca sale por la puerta, cabreada. Le encantaría cerrar el puño y partirle todos los dientes a ese cabrón que tiene sentado en la sala. A veces se precipita, eso es cierto, también sabe que quizá es inocente y no le ha hecho nada a Rebeca y está dando palos de ciego. Camina por el pasillo y entra en el despacho del comisario Mendoza, que está al fondo, muy cerca de una de las salas de descanso.

—Te he dicho mil veces que llames antes de entrar, Amaia —le dice.

—Lo siento, pero es importante.

—Pues dime, ahora no te quedes callada.

—Tenemos en la sala de interrogatorios a Rodrigo Calatrava, el sospechoso del asesinato de la prostituta.

—Lo sé, me han ido informando. ¿Cómo va?

—No tenemos nada. Solo cenó la noche anterior con ella y está amenazando con llamar a su abogado.

—Pues suéltalo.

—Ya sabe que no solo está la chica muerta, también hay un bebé.

—Lo sé, Espinosa me ha llamado y me ha informado. Suelta a ese tipo, Amaia, si no hay pruebas no podemos hacer nada.

—No tenemos nada de momento, ese imbécil es lo que mejor que hay por ahora…

—Si no tienes nada, lo buscas —le interrumpe—. Eres inspectora de homicidios, jefa de una brigada.

—¿Y qué?

—Que busques soluciones, joder, que para eso te pagan. Y hazme caso, suelta a ese hombre y tenme informado de cualquier avance.

Cuando Amaia sale del despacho del comisario se encuentra de frente con la agente Contreras.

—¿Qué ocurre, Rocío?

—Ha llamado una patrulla y han comunicado que al acudir a un piso en la zona de Puente de Vallecas por un escándalo han encontrado a una mujer asesinada tirada en el comedor…

—¿Y? ¿Te parece poco el caso que llevamos ya? Que se ocupen otros.

—Jefa, los agentes dicen que a la mujer le han practicado por lo que parece una cesárea… hay un bebé muerto, pero le falta la cabeza.

CAPÍTULO 10

—Lo que daría por un cigarrillo —le dice Andoni a Suárez.

—En los hospitales no se puede fumar.

—Ni en la calle, el médico me lo prohibió hace un tiempo… los médicos prohíben todo lo bueno, ¿sabes?

—Hay que hacer caso a los médicos, son sabios.

—Claro, como los polis, ¿no? ¿Por qué te ha enviado mi hija?

—Me ocuparé yo del caso, ella tiene un lío de tres pares de cojones que ha de resolver.

—Lo cogerá, eso seguro.

—¿A quién?

—Al asesino que esté buscando mi hija, ese es el lío que tiene entre manos, ¿no? No creo que deje a su padre de lado por el robo del bolso a una señora, imagino que habrá un buen hijo de puta por ahí suelto.

—Imaginas bien, Andoni.

—Pues lo que te digo, Suárez, mi hija lo cogerá.

—A veces también ganan los malos.

—Si Amaia está de por medio te aseguro que no.

—Oye, ¿quién crees que ha querido matarte?

—Eso has de averiguarlo tú, que para eso eres quien está al mando Suárez. Te han dado a ti el caso.

—Llevo muchos años en esto, Andoni, algo me dice que sabes bien de qué va todo esto. Un tío no entra en un hospital a matar a otro con una almohada sin ningún motivo.

—No me toques los huevos, ¿crees que yo sé quién está detrás de esto?

—Quizá no del todo, pero algo has de saber.

—Eres un toca cojones, Suárez. Te digo que no sé por qué han intentado asesinarme.

—Fuiste policía, de los buenos. Metiste a mucha mierda entre rejas algún cabrón querrá venganza.

—Los cabrones que yo metía en la cárcel hubieran entrado en la habitación con una pistola y me hubieran volado la cabeza. Una bala de una 9 mm incrustada en mi cabeza, así hubiera terminado. Además me has enseñado la fotografía de ese tipo y no me suena de nada.

—Cogeré a quien ha hecho esto, te lo aseguro. Hay un policía en la puerta, se quedará hasta que sepamos que no corres peligro.

—No me preocupa, llevo toda la puta vida corriendo peligro. Tu mismo lo has dicho, fui policía, y sí, de los buenos. Te recuerdo que estuve destinado en mi tierra, en el País Vasco, ETA era terror, y lo sigue siendo. Te aseguro que cuando ves la muerte tan cerca tantas veces ya no le temes a nada.

—Sé que tienes dos huevos bien puestos, pero te aseguro que ni yo y mucho menos tu hija, queremos que te hagan algo… por eso te digo que aquí estarás seguro con el agente en la puerta, y cogeré al que te ha hecho esto.

—¿Por dónde vas a empezar, Suárez?

—Hablaré con la enfermera que entró en la habitación, después intentaré encontrar algún otro testigo que haya visto algo, no puede ser que ese tipo saliera de aquí corriendo como si nada… y creo que en el exterior hay cámaras, las que pone el Ayuntamiento, pediré una orden para verlas.

—Bien, pues cógelo —le ordena Andoni, como si fuera su superior.

Suárez sale por la puerta de la habitación. Se queda de pie en el pasillo, junto al agente que hay en la puerta. Los dos se miran.

—Me voy —le dice Suárez—. Que nadie entre aquí, ¿estamos?

—Así será —acata el agente.

Cuando Suárez se ha alejado ya lo suficiente como para ya no ver la puerta de la habitación, el agente de policía que se ha quedado custodiando introduce su mano derecha en el bolsillo trasero de

pantalón y saca unos guantes de látex de color blanco y se los pone
Observa a su alrededor, nadie está mirando. Todo el mundo confía en
ese hombre que hay en la puerta con un uniforme de la policía. Se
sienten seguros. Ese agente ha llegado con su uniforme, su
identificación y con un coche patrulla. Los médicos y enfermeras que
caminan por el pasillo no corren peligro, a no ser que se entrometan
en los planes de ese hombre: matar a Andoni Garmendia, es su única
misión. Será fácil, solo hay que entrar en la habitación y pegarle un
tiro. Rápido y silencioso.

CAPÍTULO 11

Todo el equipo de Amaia está en el portal del edificio, esperándola Se han adelantado mientras ella tenía una charla un poco tensa po teléfono con el comisario. Todo por lo mismo: por haber tenido que soltar a Rodrigo Calatrava.

—No tienes absolutamente nada, Amaia. No hay pruebas contra ese tío. Lo hemos hablado antes en el despacho.

—Estuvo cenando con la muerta, comisario, y se marcharon juntos ¿le parece poco?

—No solo es poco, la verdad es que es una puta mierda. ¿Estás loca? ¿Desde cuándo trabajas así? Trae pruebas sólidas y lo encerraremos. No voy a dejar que un abogado me dé por culo mientras tú tienes una maldita corazonada.

—Estamos cometiendo un error, podíamos retenerlo todavía varias horas más. Su abogado no hubiera protestado contra eso.

—Hemos hecho lo que teníamos que hacer. Punto.

—Joder. —La inspectora ha colgado la llamada sin despedirse, lo ha hecho porque sabe que al comisario Mendoza le da mucha rabia aunque es lo mismo que hace él.

Amaia se enciende un cigarrillo antes de entrar al portal. La zona ya está acordonada. Ha ocurrido en la calle de Callejo, en el distrito de Puente de Vallecas.

—¿Qué te han dicho, Rocío? —le pregunta la inspectora.

—Llamó una señora a comisaría informando que había oído gritos en el piso de su vecina, también escuchó a un bebé llorar.

—¿Cuándo fue eso?

—Ha llamado hoy.

—Me has dicho que arriba hay una mujer muerta a la que le han practicado una cesárea y un bebé sin cabeza, ¿verdad? ¿Todo ha ocurrido hoy? ¿Nuestro asesino es Superman? En una mañana no da tiempo a esto, a cortar cabezas sí, a llenarla de plástico y hacer una cabeza de muñeca no tanto. Creo que a partir de ahora ya es cuando nos volvemos locos de remate.

—El cuerpo está en estado de putrefacción —le explica la agente— la mataron hace días, y al bebé también. La mujer ha llamado hoy deberías hablar con ella. Está algo senil. Hay momentos que dice cosas sin sentido, según comentan los agentes de arriba, y a veces está algo lúcida.

—Mierda, lo que nos faltaba. Una mujer senil que seguro no tendrá ni idea de nada.

—Que hable Pedro con ella —salta Martín—. Se le dan bien las viejas.

—Cállate, Osorio —le reprocha Sierra—. Al menos se me da bien algo, no como a otros.

—Quejica.

—Callad de una puta vez —les dice Amaia—. Parecéis críos de guardería. Martín, subes conmigo. Pedro y Rocío preguntad por aquí buscad testigos. Lo que sea.

Cuando la inspectora entra en el portal con el subinspector Osorio perciben de seguida el olor a fritanga. Una mezcla de calamares rebozados con aceite refrito y patatas fritas rancias.

—Que asco, joder —añade Martín.

Al llegar a la segunda planta entran en la vivienda. Es cierto, la mujer debe de llevar días muerta porque huele a podrido, Amaia sabe reconocer el olor a muerto a distancia. Esa intensa peste que se te mete hasta el interior de las fosas nasales.

—Hola, Amaia —le dice el forense al verla.

—¿Qué tienes, Espinosa?

—Ya lo ves. La han rajado bien rajada, le han sacado el bebe haciéndole una cesárea. Es un niño, está ahí, detrás del sofá. Todavía

no los hemos movido, estamos esperando al juez. La chica tiene toda la documentación: se llama Esther Mateos, se llamaba, mejor dicho.

La joven tiene el cabello moreno y ondulado. Parecía guapa. Su tez es fina, sin arrugas. Amaia calcula que rondaría los veinticinco años o un poco más. Está desnuda y su vagina está completamente rasurada. No hay heridas por el cuerpo ni ningún tipo de marca, solo el corte profundo en el abdomen. Todo está lleno de sangre.

—Joder, que puta masacre —dice Osorio—. El ser humano es lo peor que hay.

—Merecemos la extinción, Martín. Hace mucho tiempo que no veo algo así. Demasiado.

—Lo sé, jefa.

Amaia avanza por el comedor y llega hasta el sofá, lo bordea temerosa, y cuando contempla el cuerpo del bebé sin cabeza se horroriza. El pequeño cuerpecito aun con el cordón umbilical está sobre un charco de sangre.

—Tendré que hacer algunas pruebas, pero estoy seguro que la cabeza del bebé encontrada en el cuerpo de la prostituta pertenece a este niño —explica el forense—. ¿Habéis encontrado la cabeza de la mujer?

—Todavía no, Espinosa. Ni rastro de ella.

—¿Hablamos con la vecina? —quiere saber Martín.

—Sí. Vamos a verla.

La vasca y Osorio salen del piso de la embarazada muerta y entran en el de al lado. Una patrulla está hablando con la señora que dio aviso por el altercado.

—¿Tenemos el nombre? —le pregunta Amaia a uno de los agentes.

—Sí. Encarnación Justas. Ochenta y nueve años. Sin hijos ni familiares cercanos. Recibe su pensión cada mes que ingresan en su cuenta.

—¿Y todo esto? —La inspectora ha observado a su alrededor y ha visto que el piso de la mujer está lleno de trastos, de bolsas de basura y de aparatos electrónicos estropeados—. ¿Síndrome de Diógenes?

—Eso parece, inspectora.

Amaia se sienta en el sofá, antes ha tenido que apartar varias bolsas. Encarnación está también sentada, en la esquina.

—Encarnación, soy Amaia Garmendia, inspectora de la policía. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Claro, Ramiro, las que quieras.

—Me cago en… —El subinspector da un bufido.

—Martín, tranquilo, no olvides que es mayor —le dice Amaia—. Bien Encarnación… ¿qué ocurrió en el piso de su vecina? ¿Recuerda los ruidos? Por eso nos llamó.

—Claro. No me dejaban ni descansar. Ramiro para arriba y Ramiro para abajo, que barbaridad.

—¿Quién es Ramiro?

—El panadero, ¿quién va a ser?

—Ramiro amasa el pan, Ramiro trae la sal… pobre Ramiro. Se pasa todo el día trabajando.

—¿En serio esta mujer ha llamado a la policía? —se pregunta Osorio —. No me jodas, hombre… si no sabría ni hacerse un huevo frito.

—Mucho lío ahí dentro —dice de repente Encarnación—, menudo ruido había liado. Y el bebé llorando. Pobre criatura…

La mujer parece tener de repente un golpe de lucidez, y Amaia quiere aprovecharlo.

—¿Qué más, Encarnación?

—Los golpes comenzaron, era terrible. Tuve mucho miedo. Después la mujer se calló y el bebé lloró, lloraba mucho. Pensé que quería biberón, pero Ramiro no me lo traía.

—Joder, ya se le ha vuelto a ir —añade Martín.

—¡Ramiro! —grita la mujer—. ¡Ramiro, ven aquí!

—He hablado con un matrimonio que vive en el primer piso. —Rocío ha entrado en el piso de Encarnación y le ha hecho un gesto a la inspectora para que salga al rellano a hablar—. Me han dicho que dos veces por semana viene un hombre a ayudar a Encarnación. Le trae

comida y la limpia. También me han dicho que de vez en cuando ella baja a la calle y coge cosas de la basura y se las sube.

—¿Te han dicho quién es ese hombre?

—Sí, se llama Juan Antonio Cortés.

—Tú y Pedro localizadlo y hablad con él. ¿El matrimonio os ha dicho algo de la embarazada?

—Poca cosa. Que se llamaba Esther y no salía mucho del piso. No conocen más sobre ella.

—Bien, buen trabajo. Cuando habléis con Cortés me informáis. Necesito bajar a la calle, en este edificio huele a muerto, joder.

Cuando Amaia llega a la calle se apoya en la pared del edificio. Se enciende un cigarrillo y observa su alrededor: los curiosos están detrás del cordón policial, algunos reporteros quieren fotografiar la zona. A fondo, junto a una frutería, la inspectora ve a un hombre con traje gris y corbata negra, lleva un periódico en la mano, le da la sensación que quiere disimular, pero Amaia lo tiene calado. Lo recuerda perfectamente de otro momento, ahora sabe que ese hombre la ha estado siguiendo, pero, ¿quién es? Se pregunta. La única forma de averiguarlo es acercarse a él, y lo hace. No tiene ningún problema en afrontar cualquier cosa cara a cara.

—¿Tengo monos en la cara, amigo? —le pregunta, casi echándole el humo del cigarrillo en su rostro.

—No he visto la oportunidad todavía de hablar con usted inspectora. Llevo todo el día siguiéndola. Esto no es fácil para mí.

—¿Te debo dinero acaso? No, ¿verdad? Porque yo no le debo nada a nadie, así que ya puedes estar diciéndome quién cojones eres o te vienes detenido.

—Me manda Gustavo, el patillas, me ha dicho que usted me ayudaría.

—¿Ayudarte con qué?

—A encontrar a mi hija. A Julia se la llevaron el otro día, y hay un testigo que dice que se subió a una furgoneta blanca. Tiene que ayudarme, por favor.

CAPÍTULO 12

Julia abre los ojos. Le duele la cabeza, se siente aturdida, mareada Se mira a sí misma, lleva puesto un vestido blanco impoluto. Esta tumbada sobre una cama, lo primero que ha pensado al despertar es que sus manos y pies estarían sujetos a alguna cuerda o cadena, perc no es así. Está libre. Cuando observa a su alrededor ve que está en una habitación de no más de diez metros cuadrados, en ella no hace n frío ni calor. El colchón es cómodo, las sábanas huelen a limpio y están perfectamente planchadas. Las paredes parecen recién pintadas, son de un color rosa muy clarito, casi blanco. En una esquina hay una cómoda, sobre ella se encuentran un joyero y una pequeña muñeca de porcelana. Hay una ventana, pero tiene rejas. Julia alcanza a ver e horizonte, solo hay campo y decenas de árboles junto a un camino de tierra. En la habitación también hay un armario, es bastante grande. La niña lo abre y en su interior hay ropa: vestidos, camisetas, jerséis Incluso unos zapatos relucientes y unas deportivas blancas. Todo perfectamente bien colocado y doblado. Muy cerca del armario está la puerta, pero Julia ha intentado abrirla y está cerrada con llave. Parece una puerta débil, quizá con una patada podría romperla. Se oyen unos pasos tras la puerta, la niña pega la oreja y los escucha cada vez más cerca. Pasa un minuto y alguien introduce una llave por la cerradura, la puerta se abre lentamente, las bisagras suenan, el sonido es espantoso. Entra alguien, Julia lo reconoce de seguida, es Tomás, e hombre que se la ha llevado en la furgoneta. Lleva algo en las manos y la niña no logra reconocer el objeto, es algo metálico, eso seguro. Ella tiene miedo, la niña está aterrada. Cree que Tomás lleva un cuchillo, sí está casi segura. Camina hacia atrás hasta que se arrincona contra la pared. Julia es solo una niña. Siente terror, un escalofrío recorre su cuerpo, alguien de tan corta edad no debería sentirse así jamás. ¿Po qué me hace esto? Piensa ella en silencio.

CAPÍTULO 13

Andoni Garmendia está atormentado por las terribles visiones de accidente de coche. Mariano, Aurelio y él salieron de noche, como solían hacer todos los meses. Mariano se excedió con el alcohol, grave error, iba a ser una noche fatídica. El vehículo cayó por el barranco y la rama de un árbol se incrustó en el pecho de Mariano. Andoni lo vio todo, pudo ver el pecho reventado de su amigo, la sangre saliendo y los trozos de carne esparcidos por la luna delantera y el salpicadero. Aurelio había perdido el conocimiento, pero uno de los cristales de la ventanilla se le había incrustado en un ojo, medio arrancándoselo. La imagen del interior del vehículo todo lleno de sangre le atormenta. La escena aparece en su cabeza continuamente como flashes.

Está intentando descansar cuando la puerta de la habitación se abre. Puede ver una sombra, y entonces lo ve: es el agente de policía que había en el exterior. Lleva las manos escondidas a la espalda, su forma de caminar es segura y decidida. La mirada es seria, a ratos puede llegar a dar miedo. Andoni lo mira y sabe que algo no va bien en la actitud de ese agente de policía. Y cuando se coloca a la altura de la cama deja ver sus manos, el padre de Amaia ve los guantes de látex, y sabe que todo eso acabará mal.

—El otro no lo consiguió y ahora te han mandado a ti, ¿no? Estáis muy arriba como para haberte vestido de poli e infiltrarte en esta vigilancia.

—Ya sabes que sí, Andoni, estamos muy arriba, y tú has de estar abajo. Bajo tierra.

El hombre saca un arma de la funda y un silenciador del bolsillo, lo coloca en una Llama M-82, la habitual arma que porta la Policía Nacional. No se lo piensa y dispara. El proyectil entra de lleno en la cabeza de Andoni. Destroza el lóbulo frontal y hace añicos el cerebro. Trozos de masa encefálica parecen salir hacia afuera. El padre de *A*

vasca ha muerto. La cama y la almohada se han llenado de sangre que ha pringado incluso la pared de detrás.

CAPÍTULO 14

Juan Antonio Cortés, el hombre que iba a ayudar a Encarnación Justas dos veces por semana a su piso, vive en el barrio de Opañel que pertenece al distrito de Carabanchel. Rocío Contreras y Pedro Sierra bajan del coche y caminan hasta su portal. El edificio es viejo tiene la pared desconchada y le hace falta una buena mano de pintura

—¿En qué piso vive? —le pregunta el subinspector a la agente.

—Bajos tercera.

—No comprendo que hace ese tío yendo a casa de esa mujer… esta lejos, y en la ficha consta que Juan Antonio no tiene ni vehículo propio ni carné de conducir, y si viene en transporte público por lo menos es una hora. Tampoco hay ningún vínculo entre esos dos, que sepamos claro.

—Bueno, ahora averiguaremos el motivo del por qué viene él.

—Más nos vale.

Del bloque sale una mujer gitana, lleva un carro de la compra y viste de negro.

—¿Dónde van? —les pregunta.

—Somos policías, señora —le dice Rocío mientras le enseña la placa —, no se preocupe, todo está bien. No se alarme.

—Aquí vive gente de buena familia, niña, estáis todos los días metiendo las narices por el barrio. Os pensáis que porque somos gitanos siempre estamos metidos en líos.

—Circule, señora —le dice Sierra—. Váyase a comprar tranquila, tire rápido al mercado antes de que se le lleven el pescado fresco…

—Mal nacido el madero… me cago en tu estampa… —La mujer agarra el carro y se marcha despotricando cosas nada buenas sobre los agentes de policía.

—Venga, entra —añade el subinspector—. Vamos a hablar con ese tío rápido y larguémonos de aquí. Que la mujer esa va a alertar a todo el barrio.

La mitad de los buzones están destrozados. La puerta de los contadores de luz está pintada y con la cerradura rota.

—¿A qué huele? —quiere saber Rocío.

—A mierda. Huele a mierda, compañera. Si lo llego a saber traigo una mascarilla.

En la puerta del bajos primera hay una bolsa de basura llena de pañales de bebé llenos de heces, y una cucaracha pasa correteando delante de ellos.

—Debería de haberme tomado una copa de whisky antes de entrar en esta pocilga.

—Deja de pensar en beber, Pedro.

Llaman a la puerta del bajos tercera, se oye música de fondo parece una canción flamenca.

—¿Quién es? —pregunta un hombre con una voz ronca.

Es la agente Contreras la que se identifica primero.

—¿Juan Antonio Cortés? Abra, por favor. Somos de la policía.

El hombre abre la puerta. Viste en pijama de color oscuro lleno de manchas blanquecinas, va sin peinar y con barba de cinco o seis días Del interior del piso sale un olor a sudor y a colonia barata.

—¿Qué quieren? —dice Juan Antonio al abrir la puerta. La agente y el subinspector enseñan sus placas.

—¿Podemos pasar? —le pregunta Pedro.

—¿Tienen alguna orden?

—No hemos venido a registrar su domicilio, Juan Antonio, sólo queremos hablar. Le aseguro que serán sólo unos minutos.

El hombre les abre la puerta y hace un gesto con la mano para que pasen. El piso es pequeño. Cuando entras ya estás en el comedor huele mucho a rancio, en un rincón está la cocina y al final del pasillo se ven, por lo que parece, dos habitaciones. Hay una puerta en e

comedor por la que accedes a un pequeño patio que da a la calle. En el suelo hay varias bolsas de basura y moscas que sobrevuelan por encima.

—Ustedes dirán, agentes.

—Queremos hablar de Encarnación Justas —comienza a decir Rocío que es interrumpida por Juan Antonio.

—¿Le ha pasado algo? ¿Ella está bien?

—Sí, ella está bien. Realmente queremos hablar de su vecina.

—¿De Esther?

—Sí. De Esther Mateos.

—¿Qué le ha ocurrido a la chica?

—Bueno… está muerta, alguien la ha asesinado.

—¡Joder! Estaba embarazada.

—Lo sabemos, Juan Antonio —le confirma ahora el subinspector Sierra—. Por desgracia el bebé también ha muerto.

Prefieren omitir lo macabro del asunto: que alguien ha cortado la cabeza al niño, llenado de plástico para que parezca una muñeca y que la ha cosido al cuerpo de una prostituta.

—¿Cuándo estuvo en el piso de Encarnación por última vez?

—Hace casi una semana. Cinco días, creo... Sí, cinco.

—¿De qué conoce a Encarnación? —quiere saber Rocío.

—Mi padre murió de cáncer hace tres años, él y Encarnación se conocieron en un club de baile para gente mayor, *El club rizos* estuvieron saliendo un tiempo, se llevaban bastante bien, pero cuando mi padre enfermó dejaron de verse. Ella estaba sola, por eso me ocupé de Encarnación. Le llevo la comida y cada mes me da algo de su pensión, es poco, pero me vale para mis vicios. Aunque sea para tabaco ya me va bien.

—¿Alguna vez pudo notar algo raro con su vecina Esther? —le pregunta Pedro—. Me refiero a si recibía visitas extrañas o si se oían ruidos extraños. Cualquier información puede ser de gran ayuda. Intenté hacer memoria, por favor.

—No. La verdad es que la chica es muy silenciosa… bueno, era.

—¿Y el padre del bebé?

—Ella siempre decía que era del Espíritu Santo, la tía se reía de todo Dios, era una cachonda. Pero la verdad es que la violaron una noche cuando salió de una discoteca por el centro. Me explicó que la pillaron entre dos y la forzaron en un portal. Decidió tenerlo. Aparte de eso no sé nada más de ella, hablábamos muy poco. Un trato cordial y ya está.

—Bien. Por ahora esto es todo, Juan Antonio, necesitamos que este localizable por si tenemos que hablar nuevamente con usted.

—Para servirles, agentes.

Cuando salen del piso, Pedro echa un vistazo a la calle y ve muy cerca de ellos un bar.

—¿Una copa?

—Estamos trabajando, Pedro.

—Joder, novata, pues te tomas un café, a veces va bien tomarse un descanso.

—¿No te parece raro?

—¿El qué?

—Que Juan Antonio se ocupe de Encarnación.

—¿Qué hay de malo? Ya lo has oído, su padre murió y mira, cosas de la vida, el tío se encariñaría con la vieja y la cuidaba.

—Bueno, lo has dicho antes, Pedro: viven bastante lejos, y Juan Antonio no tiene coche ni carné, es un largo camino para…

—Escucha, novata, yo sé que cuando uno se hace policía y lleva muy poquito tiempo en este negocio se sacan conclusiones donde no las hay, pero créeme, ese tío solo quería ganarse unas perras sueltas y ya está. Ya lo oíste, la vieja le daba algo para sus vicios. El tío ese será feliz con eso y ya está.

La agente Rocío Contreras mira a su compañero, no sabe si darle la razón o quitársela, pero decide no rebatirle lo que le está diciendo.

—Espérame en el coche, voy un momento al bar —acaba diciendo el subinspector.

La agente no dice nada, mira a Sierra con recelo. Amaia le ha dicho cientos de veces que no deje que el subinspector beba estando de servicio. Pero, también sabe que no puede retenerle.

—Un chupito de whisky, del primero que agarres —le pide Pedro a camarero al sentarse en una de las butacas de la barra.

El camarero, que es un hombre sexagenario sin dientes, le sirve e chupito y le dice:

—¿Poli?

—¿Disculpe?

—Le pregunto si es usted policía.

—¿Cómo lo sabe?

—Se le ve a leguas. Yo fui Guardia Civil, llegué a capitán. A los maderos los calo rápido.

—Póngame otro chupito, capitán —le dice, sonriendo—. ¿Y qué hace aquí?

—En una operación me pegaron un tiro en la pierna, me la reventaron, enterita. Ahora llevo una prótesis. Me jubilaron, claro. Y hace seis años abrí este bar con mi mujer. Pero le aseguro, amigo, que abrir esta pocilga es lo peor que he hecho en mi vida.

—¿Y su mujer dónde está?

—Se tiró a un cliente la muy zorra y se fue a Marbella a vivir con él Ya ve, amigo, la historia de mi vida. A veces me gustaría ir a Marbella a ver si la veo, pero luego se me pasa. Pero más que a ella me gustaría ver al tío, si lo viera lo mato. ¿Está usted de servicio o viene por ocio?

—Pues estoy de servicio. Está mi compañera fuera, esperándome No ha querido acompañarme.

—No veo a muchos policías por aquí, ¿un caso importante?

—No mucho, de los habituales, por cierto, ¿conoce a un tal Juan Antonio Cortés? Vive allí enfrente, en el bajos.

—¿Al gitano? Claro que lo conozco, buen tío. Es un poco raro pero bueno, ¿quién no lo es? A veces se pasa por aquí, pero últimamente va muy de subido… desde que se echó la novia esa…

—¿Qué novia?

—No recuerdo ahora su nombre, era guapa, eso sí, y joven. La vi un par de veces entrar en el portal, pero ya hace tiempo que no la veo. Desde que se quedó embarazada del Juan Antonio…

—Un momento, ¿embarazada? ¿Le suena el nombre de Esther?

—Eso, joder, así se llamaba esa novia suya. Ahora lo recuerdo, era Esther Mateos.

CAPÍTULO 15

Amaia se ha pedido un café, y el hombre que tiene delante, el que dice llamarse Joaquín, se ha pedido un botellín.

—¿Qué te dijo el patillas? —quiere saber la inspectora.

—Que usted es muy buena en lo que hace, que es la mejor. La llaman *la vasca*, ¿no?

—Sí.

—Entonces no me he equivocado de persona, usted es quien puede ayudarme.

Gustavo, también conocido como el patillas, es un conocido y colaborador de la Policía Nacional en diferentes chivatazos, lo que se conoce como un soplón.

—¿De qué conoces al patillas? —indaga la inspectora.

—Tenemos un amigo en común, nada importante.

—¿Por qué acudes a mí? Hay un departamento en la policía que se podrá encargar de todo esto.

—Ellos no pueden ayudarme.

—Yo soy de homicidios, Joaquín. No querrás que me ocupe del caso si entro yo en la desaparición de tu hija será porque algo ha ido mal.

—No puedo acudir a nadie que no sea usted, inspectora. Verá… los que se han llevado a Julia son policías. No me fío de nadie.

—¿Policías? ¿Qué cojones estás diciendo, Joaquín?

—Lo que oye, ¿tan difícil es de creer? Ya hace tiempo que la seguían, lo sé porque mi mujer me explicó una vez que mi niña le contó que un tío muy raro la paró por la calle, y que llevaba uniforme de policía.

—La pararía por algo, quizá algún asunto rutinario.

—No, le hizo preguntas extrañas.

—¿De qué tipo? —quiere saber la inspectora, ahora ansiosa po saber más.

—Gustos, su comida preferida, hasta le preguntó si le venía ya e periodo. Alguien tiene a mi Julia, y son policías los que están detrás.

—¿Qué más? ¿Os han hecho alguna llamada?

—Hace días, quieren veinte millones de pesetas. Mañana se cumpl el plazo para conseguir el dinero. Uno de ellos me llamará y medir donde he de dejarlo.

—Veinte millones son muchas pesetas, Joaquín, ¿a qué os dedicái tú y tu mujer?

—No somos nadie. Yo trabajo en la fábrica de cerveza y mi mujer e limpiadora en un hospital en Getafe. El traje este es para darle a uste una buena impresión. Somos una familia humilde. He de reconoce que a veces se me va la mano con el alcohol, pero eso no me convierte en mal padre. Quiero a Julia, haría cualquier cosa por ella, per nosotros no tenemos ese dinero. Ni siquiera he soñado con un cantidad así. Ellos me dijeron que no llamase a la policía o la matarían es curioso, que no llame a los polis, cuando estoy seguro que se la ha llevado ellos.

—Es extraño. Si han secuestrado a Julia y piden esa cantidad e porque saben que la familia puede conseguirlo. ¿Habéis ido al banco?

—¿El banco? Menudos son, claro que fuimos, y no nos dan nada. N les mencioné nada del secuestro, les dije que era para la entrada de u chalet, pero al parecer no somos lo suficientemente ricos para que no acepten el préstamo. El patillas me lo dijo claro: si alguien puede hace algo por Julia esa es *la vasca*. Solo puedo confiar en usted.

La inspectora Amaia Garmendia remueve la cucharilla del café com si en el interior del vaso estuviera la respuesta a todos sus problemas Tiene el cadáver de una prostituta sin cabeza, a una mujer a la qu han asesinado al practicarle una cesárea, un bebé sin cabeza muerto, a su padre ingresado en el hospital por un accidente y a punto de se asesinado con la almohada. Más vale que Suárez haga bien su trabajo piensa ella. Y, ahora, una niña desaparecida que se llama Julia, u padre nervioso por encontrarla qué culpa a la mismísima policía d

ello. Sus padres no son gente adinerada, ya lo ha dicho Joaquín: é trabaja en la fábrica de cerveza, y Beatriz limpiando en un hospital ¿Por qué ellos? Quizá algún detalle se escapa en todo eso.

—Quizá no era un policía, a lo mejor era alguien que se disfrazó de policía para despistar —indica ella—. No sería la primera vez que se utilizan uniformes falsos para acercarse a un menor de edad.

—No lo sé, inspectora. Pero le digo que en todo esto hay algo que huele muy mal.

Amaia sabe de olores, sobre todo de cuerpos putrefactos que están ya en descomposición. Los ha visto a decenas en todo su trabajo.

—¿Me ayudará?

Amaia no sabe qué responder, le encantaría decir que no, mandar a ese hombre al departamento de secuestros de la Policía Nacional y que se encargasen ellos de todo. Pero, hay algo que puede con ella necesita ayudar a los demás, ha de encontrar a esa niña sea como sea No sabe el por qué, pero responde que sí, que le ayudará.

—Mándame tu dirección por mensaje. —Le entrega una tarjeta— Mañana a primera hora iré a vuestra casa, necesitaré registrar la habitación de Julia. Por el momento no habléis con nadie y no cojáis el teléfono, si os han dado de plazo hasta mañana para conseguir el dinero nadie os llamará hoy, ¿estamos?

—De acuerdo, inspectora. Muchísimas gracias. De verdad, gracias de corazón.

Amaia paga el café y el botellín de Joaquín, y cuando sale a la calle se enciende un cigarrillo. La vibración de su teléfono móvil la alerta de inmediato.

—¿Quién es? —pregunta al descolgar mientras ve al padre de Julia alejándose por la calle.

—Hola, Amaia, soy Suárez.

—¿Qué ocurre?

—Verás… Joder… es que…

—Suéltalo ya, Suárez.

—Lo siento, pero han asesinado a tu padre.

CAPÍTULO 16

En las últimas semanas Amaia se ha acostumbrado al olor de hospital. Parece que en cada planta huele diferente: en una a ancianos, en otra a escayola y a suero, en otras a medicamentos y flúor, y en otras el olor es claro, al de muerto. A la inspectora le vienen ahora una mezcla de todos esos olores. Mientras camina por el pasillo asustada e incómoda a la vez, ve a todos los policías en la puerta de la habitación de su padre, Suárez está junto a todos ellos.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunta Amaia, en shock.

—El agente de la puerta vino desde la central, no era de los míos pero confié en él. Cuando me marché entró y le disparó. No sabes cuanto lo siento… Amaia, no sé ni qué decirte, joder.

—Voy a entrar.

—Amaia, no, es mejor que no lo hagas. El juez todavía no ha venido.

—Es mi padre, no me toques el coño, Suárez. Dejad de tocarme todos los ovarios, anda.

La inspectora camina entre todos los agentes de uniforme, en esos en los que ya no podrá confiar, y cuando entra en la habitación lo ve: a Andoni, a su padre. La pared de detrás está llena de sangre, y el hombre de su vida, ese que le enseñó todo lo que sabe está muerto con un tiro en la cabeza. La tiene reventada. Amaia se queda junto a él y le agarra la mano. Cierra los ojos y llora. Cuando no le quedan más lágrimas le toca la mejilla y se la acaricia. Sale de la habitación sin decir nada, en el pasillo está Maite, la jefa de enfermeras, las dos se miran pero no se dicen nada. La inspectora continúa caminando por el pasillo y no habla con nadie, no es momento de saludos. El comisario Mendoza la está llamando a su móvil, lo ve por la pantalla pero decide no cogérselo. Entra en una de las salas de espera y se sienta en la silla, después de coger un café de la máquina hace dos llamadas: una

es a su madre, le informa de lo ocurrido, y la otra es al subinspecto Martín Osorio para decirle que en una hora los quiere a todos en la sala de reuniones de la comisaría.

Amaia tira el café a la papelera y sale de nuevo al pasillo, se cruza con agentes de uniforme que la miran, y que incluso quieren saludarla y darle el pésame, pero ella va con la cabeza gacha, no es momento de saludos, no es momento de lamentos, piensa ella. Es momento de trabajar, o como diría su padre: momento de cazar.

CAPÍTULO 17

La sala de reuniones en la que Amaia se junta con su equipo es un almacén que está en la planta baja de la comisaría, al lado del cuarto de calderas. Es una habitación llena de cajas y telarañas, pero, a menos nadie los oye desde fuera. En el centro hay una mesa con cuatro sillas y una pizarra con varios rotuladores de diferentes colores y una nevera que contiene, sobre todo, cervezas. En una de las paredes hay un mural con diferentes fotografías enganchadas del caso

Su equipo está al completo en la sala, esperándola. Han hablado en cómo darle el pésame por lo ocurrido, pero ninguno se atreve a ser el primero o ni idea de qué decirle. La puerta se abre, la inspectora entra

—Hola, gracias por venir rápido —les dice.

La agente Rocío Contreras es la que se anima, se levanta de la silla y le da, por primera vez, un abrazo a su jefa.

—Lo siento.

Amaia le devuelve el abrazo, pero eso se convierte en algo grupal Tanto Pedro como Martín también se acercan y la abrazan. Rocío vuelve a unirse. Es un abrazo de cuatro personas que se estrujan como si jamás se fueran a volver a ver.

—Lo sentimos mucho, jefa —añade ahora Sierra.

—Lo sé. No os preocupéis, cogeremos al que haya hecho esto Imagino que mañana será el entierro, ya os informaré.

Se hace un silencio. Ninguno quiere continuar hablando más sobre el asunto, y menos cuando Amaia coge un rotulador y comienza a escribir:

—Bien, prestad atención. Tenemos a Rebeca, supuestamente se llama así, pero no hemos podido comprobarlo con nadie ni con nada Su asesino le corta la cabeza, una cabeza que todavía sigue desaparecida, ¿correcto? Por otro lado, alguien le practica una cesárea

a la tal Esther Mateos y la asesinan, le sacan el bebé y le cortan la cabeza para coserla al cuerpo de la prostituta, y no solo eso, el asesino le da forma con plástico para crear la cabeza de una muñeca…

—Maldito hijo de puta —salta Osorio, enfadado.

—El aviso —prosigue la inspectora—, nos lo da Encarnación Justas que dice haber oído ruidos en el piso de su vecina Esther y además el llanto de un bebé. ¿Hablasteis con Juan Antonio Cortés?

—Sí, pero el muy cabrón nos ha mentido —le explica Pedro—. Nos dijo que casi no conocía a Esther Mateos, y hemos descubierto que no solo la conoce, además es el padre biológico del bebé sin cabeza.

—¿Lo habéis detenido?

—Todavía no, jefa —le responde Rocío—. Esperábamos una orden.

—Bien. Hablaré con Mendoza y que nos la facilite, quiero a ese tío en la comisaría lo antes posible. ¿Y Encarnación?

—Supongo que eso es verdad, quizá sí que él la cuidaba, un día a lo mejor conoció a Esther y se enamoraron.

—Vale. Llamo al comisario y nos vamos otra vez para Opañel al piso del gitano.

El equipo al completo de Amaia acaba de llegar a Carabanchel, al barrio de Opañel. Han llegado en silencio, sin las sirenas puestas. El comisario Mendoza ha conseguido la orden en un tiempo récord. Los cuatro bajan del coche y dos patrullas de los Zeta los escolta hasta el bloque. Entran, nadie los ve, avanzan sigilosos, y es Rocío la que llama a su puerta. Quizá sea por su voz casi angelical, pero es la inspectora quien le ha dicho que lo haga.

—Juan Antonio, abra.

Nadie abre, no se oye nada en el interior del domicilio. Amaia vuelve a indicarle que pruebe de nuevo.

—Abra la puerta, Juan Antonio, somos de la policía.

Silencio.

Nadie abre.

Más silencio.

Amaia Garmendia le hace un gesto a los agentes de uniforme para que abran la puerta a la fuerza. Uno de ellos, el más alto, la golpea con una patada y hace saltar las bisagras. La vieja puerta de madera se abre. Todos entran con el arma en mano y se repliegan por el piso. La escena es dantesca: Juan Antonio está sentado en el suelo, la espalda apoyada contra una pared, le han cortado la lengua y pegado un tiro en la cabeza. Los ojos se le han quedado abiertos. Es como si fuera un muñeco sobre la vitrina de un niño.

—Joder —añade la inspectora—. Tened cuidado de no pisar la lengua, está ahí, al lado de la pierna.

—Voy a llamar a Espinosa —comenta Sierra—. Le va a encantar la escena de este crimen.

—¿Qué crees que ocurre aquí, jefa? —le pregunta el subinspector Osorio.

—No tengo ni puta idea, Martín, pero de esta nos encierran en un manicomio, estoy segura de ello.

—¿Y la medalla?

—La medalla es para hombres como mi padre, la que te dan después de muerto. A nosotros nos falta mucho por ver en este caso, créeme, me lo dice mi intuición.

CAPÍTULO 18

Tomás, el hombre que tiene retenida a Julia, ha entrado en la habitación, lleva algo en las manos. La niña cree que es un cuchillo, ha visto algo metálico.

—No me haga daño, por favor —le dice ella, aterrada.

—Jamás te haría daño, bonita.

Tomás no lleva un cuchillo en las manos, deja ver una pequeña caja metálica de color azul. Al abrirla saca unas galletas redondas con azúcar por encima.

—He venido a traerte unas galletas, están muy buenas, ¿quieres?

Julia se sorprende, no esperaba ese detalle. Se levanta del suelo y se aproxima a la caja que está en las manos de Tomás. La niña coge una galleta redonda y la muerde. Su cara de satisfacción hace saber al hombre que están muy buenas.

—¿Te gusta?

La niña asiente con la cabeza y vuelve a coger otra.

—Te dejaré la caja aquí, bonita. Come las que quieras.

Tomás sale de la habitación y vuelve a cerrar con llave. Julia, que ya se ha comido la segunda galleta, deja la caja sobre la cómoda. Se sienta en el filo de la cama y se queda mirando la muñeca de porcelana del mueble. Es como si esperase a que le hablase. Pero la muñeca no habla, ella sabe que no tiene vida. Abre ahora el armario y contempla toda la ropa que hay. Decide probarse un vestido azul celeste que hay, en esa habitación no tiene otra que hacer. Cuando se ha probado el vestido oye ruidos, se aproxima a la puerta y pega la oreja, son voces que vienen de algún lugar de la casa. Julia mira por la ventana, la que tiene rejas, y ve un coche negro en el camino al lado de la casa, no hay nadie en su interior. Los gritos son más fuertes, y vuelve a acercarse a la puerta. Uno de los que habla es Tomás, la otra

voz es de otro hombre. Deben de estar cerca, esta vez los oye con claridad:

—¿Acaso te crees que es como si fuera una hija? —le pregunta el hombre al que no ha visto nunca.

—Claro que no, pero tendrá que comer la pobre —le replica Tomás —. No quiero que pase hambre.

—A ti qué más te da, Tomás, pareces imbécil. Esa niña vale veinte millones de pesetas. Espabila un poco, joder.

—¿Qué pasará si no nos pagan?

—Pues que habrá que matarla. Yo no voy a ser su niñero de por vida, y tú tampoco.

—Si no pagan me la podría quedar para mí.

—¿A la niña? ¿Qué cojones te pasa? ¿Sabes lo que les ocurre en la cárcel a los que están con niños?

—Yo no le haría daño.

—No, claro que no. Te lo haría ella a ti con lo tonto que eres. Escucha, ¿tienes la pipa del pedido?

—Sí, he quedado con la mujer dentro de tres horas en Atocha.

—Ten cuidado, y que te pague todo el dinero.

—Sí. Está todo controlado.

—Bien, me marcho.

Julia se aparta de la puerta, ya ha oído suficiente. Por lo que ha escuchado, Tomás se marchará dentro de unas tres horas a la estación de Atocha. Una vez fue allí con su padre para coger el tren, ahora no sabe en qué lugar está, pero cree que tendrá unas dos horas para intentar escaparse. Al menos está segura de que estará sola en la casa, porque el otro hombre, el que no ha visto nunca, se ha marchado. Ahora Julia se da cuenta de un detalle importante, sí podrá ver la cara de ese hombre, quizá el coche negro que ha visto en el camino al lado de la casa era de él. Corre hacia la ventana y se queda mirando, a los pocos segundos ve al hombre. Viste con unos pantalones de Pana de color marrón, un jersey negro y encima un abrigo grisáceo. Antes de subirse al coche se intenta encender un

cigarrillo, pero el viento impide que la llama del mechero se mantenga estable, se da la vuelta para impedir el aire y Julia se queda paralizada al verle la cara, lo reconoce al momento: es el hombre que iba vestido de policía cuando, hace ya días, la paró por la calle y le hizo varias preguntas. ¿Era policía de verdad? Se pregunta Julia. Al menos lo parecía. El uniforme, la placa, el cinturón con las esposas y la pistola parecían de verdad. Además, se bajó de un coche de la policía. Tenía que ser de verdad, pensaba ella. Lo único que quiere es salir de esa habitación, quiere volver con su madre y su padre.

El coche negro ha salido del camino de tierra y ha entrado en la comarcal. El conductor, el del pantalón de Pana, enciende la radio y suena una canción de Los del Río, una muy famosa que se llama Macarena. El hombre la canta en voz alta y se enciende un cigarrillo, el aire le da en toda la cara, se siente libre, feliz, es su momento. Sabe que en pocos días tendrá veinte millones de pesetas en su poder, y eso no lo puede decir cualquiera. Sabe que Joaquín, el padre de la niña, no tiene ni idea del dinero, otra persona sí lo sabe, por eso es una jugada segura. El plan no puede fallar.

Cuando la canción termina puede ver a lo lejos un control policial. En estos caminos en dirección a la capital sabe que son frecuentes, no se asusta, mantiene la normalidad. Al llegar a la altura del coche patrulla se detiene, conoce a los agentes y les sonríe.

—Hola, compañeros —les saluda.

—Muy buenas… ¿qué tal? Menuda sorpresa verle por aquí —le dice uno de los dos agentes, el más bajo.

—Bueno, ya sabéis, ando con mis cosas. ¿Todo bien?

—Sí, todo perfecto, la verdad es que pasa muy poca gente por aquí. Control rutinario.

—Lo sé. Lo que no entiendo es porque os meten aquí a hacer controles, es que hay que ser un cabronazo.

—Eso dígaselo al de arriba —le dice el otro—. Nosotros a cumplir órdenes.

—Llegará el día que os quiten ese uniforme y podáis ascender a inspectores, si queréis, claro. Bueno, ¿necesitáis algo?

—No, todo bien.

—Me refiero a que si necesitáis algo de mi documentación, esto es un control, ¿no?

—Sí, pero no se preocupe, inspector. —Los dos agentes se ríen— Continúe, por favor.

—Gracias, chicos. Buen servicio.

Los agentes de policía ven como el coche negro se aleja por la carretera.

—¿Te puedes creer que nunca me acuerdo del nombre de este inspector?

—Sí, me lo creo, últimamente estás rarísimo, tío, la memoria la tienes atrofiada. Suárez, es el inspector Suárez. Está en la comisaría del comisario Mendoza.

SEGUNDA PARTE

"¿Han dejado ya de llorar los corderos, Clarice?"
Hannibal Lecter (El silencio de los corderos).

Provincia de Jaén, diciembre de 1932.

El niño pedalea lo más rápido que puede por el camino. Ha visto como un hombre, con una cicatriz en la cara, se llevaba a su madre mientras lavaba la ropa en el río. No se lo ha pensado dos veces y ha seguido a la camioneta hasta donde está retenida. Tiene suerte que no ha ido demasiado rápido, si hubiera sido al revés no hubiera podido alcanzarla. El niño ha imaginado que el hombre ha ido lento para no alertar a nadie, seguro que no quería que lo parasen y descubriesen que tiene a una mujer en el interior. El chaval, que tiene siete años a punto de cumplir los ocho, ha acelerado dejando una distancia prudencial para que el secuestrador no lo viera. Su madre va dentro de la camioneta. Ahora él es el hombre de la casa, eso le dijo su padre antes de marchar con el ejército a Sevilla en agosto de ese mismo año en la Sanjurjada.

—Protege a tu madre y a la casa como si tu vida dependiera de ello mientras yo no esté, tú eres el hombre.

Las palabras de su padre se le quedaron grabadas a fuego. Y es lo que tiene que hacer: salvar a su madre.

La camioneta ha parado en una granja junto a una finca. El hombre se ha bajado del vehículo y ha arrastrado a la mujer hasta lo que parece un establo. Allí la desnuda y la limpia con agua y jabón también la manosea, tocándole sus pechos y su sexo. El niño lo está viendo todo desde la arboleda, intenta pensar en un plan para poder rescatar a su madre, pero no se le ocurre nada. Él es pequeño, y ese hombre es grande. Llegado el momento de la verdad se da cuenta que no tiene el coraje que se necesita. El tipo pasa la lengua por los pezones de la mujer y los vuelve a manosear. Siente placer. Ahora la arrastra hasta lo que el niño cree que es el corral, allí la ata con unas cadenas y la unta de un ungüento que tiene un aspecto asqueroso. El niño llora, agarra una piedra con la mano y aprieta fuerte, se hace una herida y caen dos gotas de sangre al suelo. Escucha un ruido, y al girarse se da cuenta que a su lado hay un perro, el mismo que hace un

momento le ha relamido los pies a su madre. El can es inofensivo, n siquiera ladra. El hijo de la mujer ve como las gallinas comienzan a picotear a su madre por todo el cuerpo, no está ni lejos ni cerca, perc puede ver la sangre que cae sobre la paja. El hombre parece disfruta de la escena.

El niño está inmóvil, cuando cogió su vieja bicicleta no pensó que se acobardaría de esa manera. Quiere ir hacia su madre, pero siente terror, sabe que ella también siente eso, debe de estar muy asustada Seguro que si ella lo viera le pediría que no se acercase, que la dejase morir para que su pequeño no corriera peligro.

Las gallinas continúan picoteando a la mujer en la cabeza y brazos le desgarran también la piel de una forma atroz, pero el niño no sale de su escondite para ayudar a su madre, lo que hace es salir corriendo por el sendero y alejarse lo máximo posible de la casa. Se repite a cada segundo que es un cobarde, y llora sin parar.

Se ha tumbado sobre la tierra del camino, se le ha metido arena hasta en la boca. A los pocos minutos, cuando el sol le cae con fuerza a pesar de ser diciembre, oye como un vehículo se aproxima lentamente hacia él. Lo reconoce al momento, es una autoametralladora Bilbao. De ella se bajan tres hombres de la Guardia de Asalto y entre todos levantan al niño del suelo.

—¿Estás bien, chiquillo? —le pregunta el conductor.

—Un hombre le está haciendo daño a mi madre, allí, en la finca de final del sendero.

—¿Tú estás bien?

—No. No he podido salvarla, soy un cobarde.

—Tranquilo, chico, iremos hacia allí de inmediato. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Andoni…

CAPÍTULO 19

Hilario Espinosa está delante del cadáver de Juan Antonio Cortés después de haber visto la cabeza del bebé cubierta de plástico parece que ya nada le sorprende. Sus años de experiencia también ayudan a eso.

—La herida está hecha con un arma de fuego, eso está claro cuando haga la autopsia te podré decir cuál —explica el forense—. La lengua se la cortaron quizá con un cúter o un cuchillo, lo que te he dicho, hasta que no le haga la autopsia en el anatómico no os podré decir.

—Buscad en la cocina —ordena la inspectora a los de su equipo— haber si encontráis algún cuchillo o arma de algún tipo.

Pasados unos minutos es el subinspector Osorio el que informa que no han encontrado nada.

—Registrad el piso entero, no quiero ni un solo rincón por mirar ¿estamos? —Amaia vuelve a mirar el cuerpo del gitano, tiene claro que esto no es un asesinato al azar, alguien lo quería ver muerto— ¿Habéis encontrado algo más en la cabeza del bebé, Espinosa? Dame buenas noticias con eso.

—No, jefa. Ni en el del bebé ni en el de Esther Mateos. Ni una sola huella ni fibras de ningún tipo. El que ha hecho eso ha sido muy precavido con todo. Al igual que el causante de este crimen: un tiro certero a la cabeza, justo en el centro, y un corte limpio de la lengua.

—¿Qué fue primero, el tiro o el corte de la lengua?

—Primero la lengua, eso es fácil, ¿ves toda esta sangre? El responsable quiso que sufriera, después le pegó el tiro.

—Bien. Cuando llegue el juez, avísame, quiero que le hagas la autopsia lo antes posible. Y quiero que intentes cotejar el ADN de Juan

Antonio con el del bebé. Quiero que me lo confirmes, solo tenemos la declaración de un mellado de un bar.

—Hecho, Amaia.

El registro del domicilio ha finalizado. Excepto algo de droga, un poco de porno y algunos boletos de apuestas deportivas, la brigada no ha encontrado nada sospechoso.

—¿Por qué crees que se lo han cargado? —le pregunta Sierra a la inspectora.

—No lo sé, Pedro, pero pienso que alguien quería callarle por algún motivo. O quizá sea un ajuste de cuentas por alguna deuda y no tiene nada que ver con lo que estamos investigando, a lo mejor engañó a quien no debía, yo que sé. Pero, te digo una cosa, mi instinto me dice que el mismo que se ha cargado a Esther Mateos, la embarazada, es el mismo que ha matado al gitano. Y evidentemente quien le cortó la cabeza al bebé.

—Si es el mismo como dices, también será el responsable de matar a la prostituta, ¿no?

—Joder, no tengo ni puta idea. El comisario me va a crucificar.

—¿Por qué no te vas al tanatorio? Seguro que tu padre ya está allí, y tu madre estará preguntando por ti, ¿no crees?

—No pensé que esto sería tan duro, Pedro. No quiero ir, ¿sabes? Me niego a pensar que está muerto. No puedo creérmelo.

—Amaia, eres una tía dura, es muy jodido lo que ha ocurrido, y sabes que estamos contigo, pero tu familia te necesita. Quizá no lo sabes, pero tú también necesitas estar ahí.

—¿Te das cuenta, Pedro? No probar el alcohol te sienta bien, llevas rato sin beber, y cuando no bebes piensas con claridad.

—Déjate de rollos, jefa.

Por primera vez en mucho tiempo, la inspectora Garmendia le da la razón al subinspector Sierra. Quizá sea el momento de apartarse durante unas horas y ocuparse de su gente. Seguro que su padre no querría que fuera a verle, ella sabe que le diría que continuase

trabajando en el caso hasta dar con el responsable de todo, pero sabe que su madre estará allí, y no quiere dejarla sola.

El tanatorio está en Carabanchel. Ha ido todo muy rápido, quizá demasiado. Amaia ha dejado a todo su equipo trabajando en el caso, y Pedro tiene razón, ella necesita estar ahora, aunque sean unas horas con su familia.

Lo único que le quedaba a Andoni era su hija y su ex mujer. El padre de Amaia no tenía hermanos, amigos muchos, y todos están allí, en el exterior de la sala número tres. La inspectora tiene que saludar a todos y cada uno de ellos, no le apetece, pero no es como caminar entre agentes de uniforme cuando está acercándose a un cadáver, esto es diferente. Todos le dan el pésame, algunos, los más íntimos de Andoni le dan dos besos y un abrazo. El comisario Faustino Mendoza también está allí.

—Lo siento, Amaia —le dice—. Era un buen hombre, y fue un buen policía.

—Gracias, comisario.

—¿Y tu equipo?

—Con el caso. Ellos vendrán a última hora.

—Tu madre está dentro, esperándote. Ha preguntado varias veces por ti.

Amaia ya sabe que su madre está en la sala, lo único que le da miedo es entrar. No quiere enfrentarse a ella en una situación así, ni siquiera sabe cómo mirarla. Sus padres se divorciaron hace tiempo según dijeron: se acabó el amor. La típica frase, pero en ellos era totalmente cierta. Ya no sentían nada el uno por el otro, y no se hablaban ni bien ni mal, simplemente pasaban los días y era como si el otro no existiera.

—Hola, mamá —le dice la inspectora al entrar.

—Hija. —Natividad se levanta de la butaca y le da un abrazo a su hija—. Pero, ¿qué ha pasado? ¿Quién ha hecho esto a tu padre?

—No lo sé, mamá, lo averiguaré. Ahora mismo tengo un lío de cojones en la cabeza con todo esto.

—No me puedo creer que esté pasando esto, primero el accidente de coche… y ahora esto. Parece una pesadilla.

—No hagas como que te importa, ¿cuánto hace que no hablabas con él?

—Tu padre era en buen hombre, y un buen padre. Pero no fue un buen marido, y eso no quiere decir que no le quiera. Ya sabes que le tenía mucho cariño…

—Da igual —hace una pausa—. Llevo unos días muy malos perdona.

—Tranquila. ¿Quieres pasar a verle?

Amaia no dice nada, pero lo que hace es caminar hasta el interior de la sala contigua donde está el ataúd con su padre. Cuando entra rompe a llorar. Andoni lleva un traje negro a medida, su piel está maquillada y pálida a la vez. El agujero que provocó la bala está tapado con una sábana que lleva bordada una cruz.

—Lo siento, papá —le susurra.

Apoya sus manos en el cristal que protege el cuerpo y se queda mirando su rostro, como si Andoni fuera a abrir los ojos y a levantarse de ahí. La inspectora se seca las lágrimas y jura, delante del cuerpo de su padre, que encontrará al responsable.

—Necesito aire —le dice a su madre al salir.

Natividad no le dice nada, le hace un gesto de aprobación y deja que su hija salga de la sala. Amaia ha de volver a pasar entre todos los asistentes y volver a tener que aguantar el pésame de todos. Cuando sale a la calle y se enciende un cigarrillo, ve como de una de las puertas laterales salen varios hombres con un ataúd a cuestas. Los mira, con temor, sabe que ese día llegará para ella. Todos pasamos por eso, todos acabamos en la caja. Y también sabe que el asesino de su padre estará dentro de poco en una.

—¿Amaia? —le dice una voz.

—Sí, soy yo. —Delante de ella tiene a un hombre de mediana edad cabello canoso y bigote—. ¿Le conozco?

—Personalmente no, pero he oído hablar de usted. Su padre y yo además del trato profesional, éramos muy buenos amigos.

—¿De qué lo conocía?

—Hace muchos años, ya ni recuerdo cuantos, pero coincidimos en la investigación de un caso…

—¿Es usted policía?

—No. Soy detective privado, me llamo Alfonso Vega. Los últimos años estuve trabajando en un caso conjuntamente con Andoni.

—¿Y bien?

—Posiblemente, Amaia, yo sepa quién es el responsable de la muerte de su padre. Pero, será mejor que hablemos todo el asunto en otro lugar, podrían estar escuchándonos.

CAPÍTULO 20

Tomás ha dejado la furgoneta en el aparcamiento exterior de la estación de Atocha. Le había dicho a Mabel que estaría parado con una Renault Express de color blanca. Faltan dos minutos para la cita, por eso, decide liarse un cigarrillo con un poco de marihuana. Después, de la guantera saca una pequeña bolsa de plástico con una papelina, coge de ella un poco de cocaína y se esnifa una raya que ha dejado sobre el salpicadero. Se asusta cuando una mujer golpea la ventanilla. Tomás baja el cristal.

—¿Eres Mabel?

—Sí.

—Vienes pronto —le dice mirando su reloj.

—Es la hora.

—No, falta un puto minuto, joder. Sube.

La mujer bordea la furgoneta y abre la puerta del copiloto. Se sienta en el asiento y le hace un gesto a Tomás para que se limpie debajo de la nariz.

—¿Es cocaína?

—Sí, ¿algún problema?

Mabel niega con la cabeza.

—¿Tienes la pistola?

—¿Traes la pasta? —quiere saber él.

—Sí. —La mujer abre el bolso y extrae un sobre lleno de billetes— Cuéntalo, pero está todo. Tranquilo, puedes fiarte.

Tomás no dice nada. Coge el sobre y cuenta el dinero, billete por billete. Se queda tranquilo cuando se cerciora que está todo.

—¿De qué conoces a Bernardo? —le pregunta Tomás.

—Lo conocí en un bar, en *El brasas*. Nos veíamos de vez en cuando.

—¿Vas pidiéndole pistolas a todos los tíos que conoces en un bar?

—Eso no te importa. Ya te he dado el dinero, dame la pistola.

—¿Por qué quieres morir? ¿Tan mala es la vida para ti?

—Tampoco te importa. ¿Me das la pistola, por favor? Te he dado lo que me pediste… yo he cumplido.

—¿No quieres algo bueno antes de pegarte un tiro en esa cabeza?

—¿A qué te refieres? —indaga Mabel.

—A un viaje de los buenos. —Tomás mueve la papelina delante de la mujer y se la aproxima a su nariz—. ¿Me captas? En casa tengo de todo, cosas que te harán viajar muy lejos sin necesidad de que te muevas del sofá. Si quieres pegarte un tiro me parece estupendo, la pipa está debajo del asiento y ya está cargada, pero, te ofrezco algo bueno antes de tu marcha indefinida, ¿te apuntas? Te aseguro que valdrá la pena, querida.

No sabe por qué, pero Mabel está ahora en el interior de la Renault Express atravesando un camino lleno de tierra. Los baches la hacen moverse en el asiento.

—Tranquila —le indica Tomás—, ya falta poco para llegar. Si quieres chupármela hazlo mientras llegamos.

—¡Eres un cerdo!

—Tranquila, mujer, solo era por si te apetecía darte un capricho. — Tomás se ríe ahora a carcajadas. Incluso se baja la bragueta del pantalón y se toca su miembro sacándoselo—. ¿Estás segura de que no quieres?

—Guárdate la polla, anda.

Como si fuera un niño rabioso, Tomás acelera y provoca que los baches casi le destrocen las ruedas de la Renault. Cuando llega a la casa deja la furgoneta junto a la entrada.

—¿Vives tú solo aquí?

—Claro. ¿Te gusta?

—Bueno, es una casa vieja.

Mabel no lo sabe, pero hay una niña que se llama Julia que la esta mirando desde una pequeña ventana enrejada, la niña grita, pero e grueso cristal no permite que puedan oírla.

La mujer entra en la casa. De seguida percibe el olor a viejo, a añejo.

—Ponte cómoda, ¿quieres tomar algo?

—Sí, lo que me has dicho, lo que me hará viajar…

—Tranquila, reina, tenemos tiempo para todo. Te estoy ofreciendo algo para beber, mal no te hará. Venga, dime, ¿qué te sirvo?

—¿Whisky tienes?

—Marchando un whisky, ¿con hielo?

—Así es.

Los dos brindan con sus bebidas en las manos. Le dan un trago largo. Fuman cigarrillos, a ratos se meten una raya.

—¿Por qué me has invitado a venir aquí? —le pregunta Mabel.

—No sé… quizá… —hace una pausa, le da una calada al pitillo y prosigue—: Quizá vi que necesitabas una charla, o un amigo, o algo Por cierto, ¿te has follado al Bernardo?

—Eres un cerdo, en serio. ¿Por qué me preguntas eso?

—Lo conozco desde hace tiempo, pero dicen que la tiene pequeña Era solo una curiosidad.

—No te voy a decir como la tiene, Tomás. Deja el tema, por favor.

—Joder, tía, ya llevas una pistola en el bolso. Te ha costado una pasta y encima te haces la estrecha. Date el gusto.

—¿El gusto yo? El gusto sería para ti, ¿no crees?

Tomás se baja los pantalones y deja ver su miembro erecto. Se quita también la camisa a cuadros que lleva puesta.

—Venga, anímate, reina. Mira como me tienes.

Mabel se recoge el cabello y baja la cabeza, coloca sus manos en las piernas del hombre y se la comienza a chupar. Tomás cierra los ojos y disfruta de la felación.

—Sigue, reina, que lo estás haciendo muy bien.

El cabello de Mabel cae y se lo vuelve a recoger, y es ahí cuando aprieta con los dientes en el glande y se lo arranca casi todo. La mujer lo escupe y se limpia la sangre de la boca con la mano. Tomás grita y se retuerce de dolor. Intenta coger la cabeza de Mabel para tirarla al suelo pero ella agarra una pequeña lámpara que tiene un pie de mármol y se la estampa contra su cara. Continúa dándole golpes hasta que aplasta medio cráneo de Tomás contra el suelo.

—¿Crees que puedes dominar a una mujer, cerdo? —La mujer escupe sobre su cara, echándole pequeñas gotas de sangre que le tapan parte del rostro.

Tomás intenta hablar, está casi muerto, pero todavía parece tener algo de esperanza en sobrevivir. Mabel coge la lámpara con las dos manos, se prepara alzando los brazos para un nuevo impacto, y vuelve a estampar el mármol contra la cabeza de Tomás. Ahora sí, ya no respira. Tiene la cabeza aplastada y los ojos se han salido de las cuencas.

—Que quiera morir no te da derecho a querer joderme, inmundo –susurra ella.

CAPÍTULO 21

El hombre del traje gris y corbata negra, el que dice llamarse Alfonso Vega, saca una pastilla de un blíster y se la toma con un vaso de agua que le ha traído la camarera del bar al que han entrado.

—Son para la tensión —le informa a la inspectora—. Según mi médico me ayudan a controlarla, a veces hay que fiarse de los médicos, ¿no cree?

—Dígame, ¿qué sabe sobre el asesinato de mi padre?

—Bueno, directa al meollo, es normal que quiera saber sobre la muerte de Andoni… antes de nada déjeme decirle que era un buen hombre, de los mejores que he conocido. Verá, Amaia, como ya le he dicho, hace ya mucho tiempo coincidí con su padre en un caso, al final por suerte, todo se solucionó, y los malos fueron a la cárcel, pero, él y yo hicimos muy buena amistad. Tiempo después Andoni vino a verme a mi despacho y me contó una historia realmente increíble…

—Antes ha dicho que alguien podía estar escuchándonos, y en este bar, ¿no nos oirán?

—También, inspectora, pero en algún lugar habrá que hablar. Además, no hay nadie aquí, al menos de momento. Esa joven camarera no tiene pinta de prestarnos demasiada atención.

—¿Qué le dijo mi padre, señor Vega?

—Andoni se remontó a una época muy antigua, demasiado quizá. Su mente viajó a los años treinta cuando tan solo era un niño, en el momento en el que presenció la muerte de su madre. Me lo explicó todo, con detalles.

—No comprendo, ¿presenció la muerte de su madre? No puede ser, yo conocí a mi abuela, o sea, a su madre.

—Espere, deje que le explique. Un hombre la secuestró, a la madre de Andoni, la llevó hasta una granja aislada, una finca que se usaba

prácticamente para la muerte y la depravación. Su padre siguió a secuestrador hasta ese lugar siendo tan solo un niño. Ocurrió en Jaén en la época en la que la oliva era lo que daba dinero a los que vivían allí. Cuando Andoni tenía tres años sus padres viajaron para trabaja en las tierras desde Bilbao hasta el sur, por aquel entonces es lo únic que consiguieron para seguir adelante. Con el tiempo, como ya sabe Andoni volvió a su hogar, a Basauri.

—Sigo sin comprender nada, señor Vega. Usted dice que mi abuel murió allí, pero yo la conocí.

—Espere, lo entenderá en seguida. Verá… a la madre de su padre l picotearon las gallinas. Según me explicó Andoni el hombre que l secuestró la dejó desnuda cubierta de una pasta con la que cubri todo su cuerpo. Las aves se volvieron locas y acabaron con ella. El fina es terrible, Amaia, aquel hombre acabó tirando el cuerpo de la chica a los cerdos. Se la comieron, y casi no dejaron ni los huesos. Quizá l cueste comprender todo esto, inspectora, pero su padre fue adoptad cuando pasaron unos años, por eso le he dicho que me diera tiemp para explicarle.

—¿Adoptado? Entonces… ¿mi verdadera abuela murió en es granja?

—Sí.

Amaia siente ahora la necesidad de vomitar encima del detectiv privado, si no lo hace quizá sea por respeto.

—¿Me está diciendo que después de que a mi abuela la mataran la gallinas ese hombre la tiró a los cerdos? ¿He oído bien, señor Vega?

—Ya sé que suena todo muy surrealista, pero le juro que es verdad inspectora.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el asesinato de mi padre? Lo qu me está explicando fue hace mucho tiempo, ¿no?

—Sí, lo sé. Lo que ocurrió en aquella granja ahí quedó, pertenece a pasado. Pero, hace unos años su padre quiso indagar sobre tod aquello. Se preguntaba el por qué podía llegar a existir un loco de esa características. Él en todos sus años como policía jamás había visto a un asesino así. Volvió a Jaén, viajó hasta aquel lugar que tanto daño l

hizo… y, descubrió algo terrible, fue en aquella granja donde todo comenzó. Fue en aquel lugar donde su padre descubrió la verdadera crueldad del ser humano.

CAPÍTULO 22

La inspectora Garmendia sale del bar y se despide de Alfonso Vega el detective privado. Han pasado hablando durante casi una hora y media, y Amaia se ha sentido, por momentos, horrorizada ante lo que estaba oyendo. Las palabras del estilo: carne, comida, cerdos, órganos le han dado asco. Siente arcadas, hace mucho tiempo que no se sentía así, por eso se apoya en una pared en plena calle y vomita. Se siente como una quinceañera borracha recién salida de la discoteca. Bebe agua de una botella que saca del bolso, se aclara la garganta y siente la necesidad de volver a echar la pota, pero se aguanta y continúa caminando.

Cuando llega al tanatorio se da cuenta que ahora solo quedan los verdaderos amigos, el resto: los cotillas, los que buscan *morbosear*, ya no están. El comisario Mendoza está en la puerta de la sala, hablando con Natividad, la madre de Amaia.

—Pensé que te habías ido a casa, hija.

—No. Fui a tomar algo, necesitaba estar tranquila.

—El entierro es mañana —le confirma su madre.

—Bien.

—Amaia, yo me marcho —añade el comisario—, si necesitas algo llámame, por favor. Y dile a los de tu equipo que no falte ninguno para venir aquí. Tu padre se merece que estén.

—Sí, Mendoza.

La verdad es que a Amaia le importa dos pimientos si su equipo viene a ver a su padre, lo único que le importa ahora de ellos es que avancen con el caso y que intenten atar todos los cabos posibles. Ha entrado de nuevo a ver a su padre, lo ha estado observando durante varios minutos esperando a que se despertase de ese sueño en el que está inmerso, pero ella sabe que no es un sueño, es la muerte. Martín Osorio la ha llamado, él y el resto iban a ir al tanatorio, y Amaia no

quiere ver otra vez las caras de pena de su equipo, por eso, hace una llamada a Joaquín, el padre de la niña desaparecida, para saber si puede ir ahora a verles. La inspectora se ha comprometido en ello, y a pesar de todo lo que está ocurriendo no puede faltar a la cita.

Joaquín y su mujer están en su piso. Amaia no imagina qué es lo que pasará por la cabeza de unos padres a los que les han secuestrado a su hija. No querría jamás estar en su piel. El matrimonio vive en un pequeño piso en la calle Fernando el Católico. La inspectora sube las escaleras después de llamar al interfono. Al entrar en la vivienda todo es gris, el ambiente está cargado de pena y de tristeza. Joaquín está ojeroso, incluso más que antes, y su mujer, que debe de tener algo más de treinta años, aparenta cincuenta. Su cabello está repleto de canas y estropeado, es como si llevase semanas sin lavárselo.

—Ella es Beatriz, mi mujer.

Los tres se acomodan en el sofá y charlan. La madre de Julia le ofrece a la inspectora tomar algo pero lo rechaza.

—Ahora me gustaría ver su habitación —añade ahora Amaia.

—Claro —afirma Joaquín—, por aquí, por favor. Es la habitación de final del pasillo.

Cuando la inspectora entra en el cuarto de la niña no se sorprende en absoluto. Es una habitación normal para una niña de doce años. Una cama individual, un escritorio con libros y deberes del colegio, peluches y algún que otro póster colgado en la pared. Amaia registra el armario y los cajones, pero no encuentra nada sospechoso que tenga relación con su secuestro.

—¿Por qué veinte millones, Beatriz?

—¿Disculpe? ¿A qué se refiere?

—Joaquín, su marido, me explicó que el secuestrador les pidió veinte millones de pesetas, ¿eso es así?

—Sí —le responde ella con claridad.

—Por eso me refiero, ¿por qué? Él me ha dicho que ustedes no tienen esa cantidad. Son gente humilde, ¿por qué el que tiene o los que tienen a Julia piden esos veinte millones?

—No lo sé, inspectora. Le digo lo mismo que mi marido, nosotros no tenemos esa cantidad.

Amaia no está segura de estar oyendo toda la verdad de la boca de la madre de Julia. Tampoco cree poder fiarse de Joaquín. Lleva mucho tiempo en la policía como para saber si alguien le está mintiendo. El teléfono móvil de Amaia comienza a sonar, la melodía viene del comedor, que es donde ha dejado el abrigo. Camina con ligereza por el pasillo y cuando va a coger el teléfono ve en la pantalla que la está llamando el forense.

—Dime, Espinosa, ¿qué tienes?

—Estoy ahora con lo de tu padre, Amaia.

—¿Tú, por qué? Lo lleva Suárez todo ese asunto.

—Lo sé, pero me lo han pasado a mí porque hay una coincidencia con uno de los casos en los que estamos.

—Cuéntame.

—Es por el informe balístico. El arma que mató a tu padre es la misma que se utilizó para asesinar a Juan Antonio Cortés. No sé que tienen en común, pero hay una conexión con los dos casos. Y también te confirmo que en breve sabré si el bebé es hijo del gitano.

CAPÍTULO 23

Amaia conduce por inercia. Utiliza el cambio de marchas y los pedales sin ni siquiera pensar, parece todo automático. Su cabeza está en otro sitio, y en muchos a la vez. Piensa en la conversación con Alfonso Vega, el detective privado, y le vuelven a venir arcadas. Quiere adentrarse más en esa historia, quizá tiene miedo, es la primera vez en la vida que le ocurre. Recuerda también el caso de Rebeca, la prostituta muerta, una chica que continúa siendo completamente desconocida, nadie la ha reclamado todavía. Le vienen flashes de la cabeza cortada del bebe, del pequeño cuerpo sin cabeza detrás del sofá. Recuerda a Esther Mateos, muerta en mitad del comedor con una cesárea improvisada. Y, ahora, ¿la misma persona que asesinó a su padre es la misma que mató a Juan Antonio Cortés? Intenta encajar las piezas, pero no sabe ni por dónde comenzar. Hay algo oscuro en todo este asunto.

Su equipo ya ha ido al tanatorio, la esperan todos en el bar de Luque, un pequeño antro al lado de la comisaría que quizá solo entrarías si te está persiguiendo un asesino en serie y no tienes otro lugar al que ir, ni siquiera para ir al baño serviría. Pero a Amaia le encanta el lugar, es oscuro e íntimo, el local perfecto para hablar de cosas que no es bueno comentar en comisaría. Cuando entra ve a la brigada sentados en la mesa de siempre, la del final. Luque, un andaluz que llegó a Madrid cuarenta años antes, le sirve a la inspectora un café y una copa de Bourbon Stillbrook que tiene exclusivamente para ella.

—¿Qué tal, jefa? —le pregunta el subinspector Osorio.

—Hasta los mismísimos… ¿tenéis algo más?

—Nada. —Después de que todos se miren intentando buscar una solución a esa pregunta, es la propia Amaia que dice:

—Yo tengo una novedad, una que es un poco inexplicable. Me ha llamado Espinosa, el arma que mató a mi padre es la misma con la que asesinaron a Juan Antonio Cortés, y en nada sabremos al cien por cien si es el padre del bebé muerto.

—¿Cómo es posible? —El subinspector Pedro Sierra le ha dado un largo trago al botellín después de intentar saber el motivo de ese hallazgo—. Me refiero a lo de la coincidencia del arma.

—Ni puta idea, Pedro. Lo que está claro que tienen relación, no sé cuál es, pero hay que averiguarlo. Por cierto, he estado por Lavapiés en casa de un matrimonio, de Joaquín y Beatriz, han secuestrado a su hija. Se llama Julia y tiene doce años.

—¿Por qué estás con eso? —quiere saber Osorio.

—El padre me encontró, lo mandó Gustavo, el patillas.

—Maldito patillas. ¿Por qué no acuden los padres a comisaría? Que lo lleven los de desaparecidos.

—Ellos creen que es la policía quien se ha llevado a la niña. Días antes, Julia les dijo que un agente se había acercado a ella en la calle y le había hecho varias preguntas un tanto extrañas. No se fían.

—Solo de *la vasca*, ¿no?

—Exacto. El secuestrador los llamó, les piden veinte millones de pesetas.

—¿Tienen el dinero? —le pregunta Martín.

—Dicen que no, pero mienten. Hay algo raro en ellos, creo que no me están diciendo la verdad —explica Amaia, después le da un trago a Bourbon—. ¡Luque! Ponme otra copa.

—¿Qué hacemos ahora? —quiere saber Rocío.

—Hay algo que todavía no tenemos, y es la identidad de Rebeca, la prostituta. Sabemos que se llama Rebeca, ya está, y quizá no es ni su verdadero nombre.

El teléfono de Amaia suena. Se apresura a cogerlo, es Espinosa. Mientras descuelga tiene que oír a Pedro quejarse por la melodía de su móvil que es parecida a un villancico de Navidad. Seguramente la inspectora no se la cambia solo para fastidiar a su equipo.

—Dime, Espinosa.

—Amaia, tengo los resultados que faltaban: el bebé muerto es hijo de Juan Antonio Cortés. El ADN coincide.

—Gracias. —Cuelga sin despedirse—. El gitano era el padre del bebe muerto. Ya sabemos entonces que mantenía una relación con Esthe Mateos, eso ya está claro.

—¿Y si hablamos otra vez con Rodrigo Calatrava? —propone Rocío,

—Ese es un imbécil, no sabe nada. Lo único que hizo fue follarse a Rebeca y ya está. No creo que esté implicado. Escúchame, Martín, iros tú y Rocío otra vez por la zona de "La Corrala", preguntad a todo Dios quiero saber quién cojones es la puta muerta. Pedro vete a hablar con Espinosa, que te pase toda la información.

—Ya estuvimos preguntando en la zona, jefa.

—Pues vais otra vez, Rocío. Algo se nos escapa. Es una orden ¿estamos?

La inspectora Garmendia se muere de ganas de contarle a su equipo sobre lo que sabe acerca de su padre. La información del detective privado es muy valiosa, pero apenas consistente, tiene que tirar todavía más del hilo, y cuando tenga algo seguro lo comunicará a su gente. Por el momento, solo hay visiones repugnantes que le provocan arcadas. Sangre. Muerte. Vísceras. Órganos. Cerdos que comen gente.

CAPÍTULO 24

La citación para la reunión ha llegado mediante correo electrónico en el portal electrónico de la sede de la Policía Nacional. Se celebrará tarde, pero mejor eso que nada. El comisario Faustino Mendoza quería tener atados algunos asuntos antes de sentarse con Amaia y Suárez.

Cuando los inspectores ya están sentados en las butacas del despacho de Mendoza, tienen que ver cómo se enciende un puro y deja el olor a humo por toda la habitación. Se sirve una copa de coñac revisa algunos documentos y se dirige a Amaia.

—Bien, lo primero de todo, vuelvo a darte el pésame por lo de tu padre. Era un buen hombre, y encontraremos al responsable. Por cierto, gracias a los dos por estar aquí, me hubiera gustado reunirme hace horas pero me ha sido imposible. Suárez, he hablado con central y me informan que en uno de los almacenes encontraron el cadáver de un agente, imagino que es el que tenía que ir a custodiar la habitación de Andoni. Evidentemente he pedido responsabilidades. El responsable mató a un poli y salió de la central como si nada vestido de agente de la Nacional, y eso significa una sola cosa, ¿sabéis el qué?

Amaia y Suárez niegan con la cabeza. Quizá conocen la respuesta pero prefieren que el comisario hable por ellos.

—Pues porque detrás de la muerte de Andoni hay algo jodidamente turbio. Estamos hablando de entrar en central, matar a un poli y salir caminando por la puerta, y todo por matar a tu padre que estaba hospitalizado. ¿Qué opinas, Amaia?

—Lo mismo, Mendoza. Primero enviaron a uno, que fue el que intentó asfixiarle con la almohada, eso no funcionó y mandaron a otro con un plan algo más… elaborado.

—Bien —afirma el comisario—. En cuanto a ti, Suárez, tu obligación era cerciorarte de la identidad de ese agente…

—Yo no sabía quién era —le interrumpe—. Tenía su identificación y estaba uniformado.

—Joder, por eso mismo, Suárez. Tú te encargabas del caso del padre de Amaia, tenías que dejar a alguien de tu equipo en esa habitación ¿Por qué lo pediste a central?

—Mi gente estaba con otro caso, no podía sacarlos de donde estaban.

—Asuntos internos meterá las narices en todo esto, ya lo sabes Intentaré cubrirte lo que pueda, pero no es nada bueno. Cuando esos vienen a ocuparse de algo meten los huevos hasta en la sopa.

—Lo sé, comisario.

Suárez solo tiene una cosa en la cabeza, y es conseguir los veinte millones de pesetas que pide por Julia, la niña secuestrada. Siempre ha odiado a los policías corruptos, y ahora se ha convertido en uno de ellos. En esos que consiguen dinero a cambio de favores, o de los que no pagan ni un duro en los prostíbulos amenazando con el cierre de los locales.

Primero lo intentó él, se puso su uniforme de policía y paró a la niña en la calle. Después de varias preguntas quería llevársela pero se dio cuenta que había demasiada gente. Tomás, bien conocido por sus trapicheos con la droga en la Cañada Real y la venta de armas, ayudó a Suárez con el secuestro. Los dos se conocían de un encuentro con unas prostitutas en un club de carretera. Tomás localizó a Julia y consiguió que subiera a la furgoneta sin forzarla.

—¿Estás seguro que tienen el dinero? —le preguntaba a Suárez.

—Sí, tú confía en mí.

Pero Suárez es, como se suele decir, un perro viejo, y ocultaba sus propios secretos, no le había dicho a Tomás toda la verdad, pero ahora todo ya daba igual, Mabel había acabado ya con su vida. Su cabeza estaba aplastada en un suelo lleno de mugre a pocos metros de Julia.

CAPÍTULO 25

Hay sangre por todas partes, ha salpicado hasta en la pared. La cabeza de Tomás parece una papilla. Una sustancia que parece grasa ha salido por sus orificios, también trozos de masa encefálica, y sus ojos están casi hacia fuera. Los dientes están partidos y la nariz está chafada hacia dentro. Mabel observa el cuerpo y vuelve a escupir. Imagina que encontrarán su ADN, pero le da igual, ella no está fichada y no podrían localizarla, de todas formas quiere morir. Sabe que encontrarán pocos minutos estará muerta y que su cabeza será algo parecido a la que tiene delante, quizá no tan reventada, pero sí con un orificio de entrada por una bala. Nunca ha disparado una pistola, pero piensa que no será demasiado difícil. El arma ya está cargada, Tomás se lo dijo antes, la saca del bolso y coloca el cañón en su sien. Se dice así misma que será rápido, que solo apretará el gatillo, que una bala saldrá disparada y se incrustará en su cabeza, matándola. No tiene que ser tan difícil, piensa.

Quiere contar hasta diez y hacerlo, en pocos segundos todo su sufrimiento habrá terminado.

Uno.

Dos.

Tres.

Su corazón late muy rápido, siente ansiedad.

Cuatro.

Cinco.

Tiene ganas de llorar, su vida pasa por delante de sus ojos en un mili segundo. Su triste vida, piensa.

Seis.

Siete.

Ocho.

Ya no hay vuelta atrás, lo tiene decidido. Va a disparar en dos segundos. Quizá le duela, a lo mejor es solo un momento, y luego ya nada. Se hará todo oscuro.

Nueve.

Su dedo, el que está en el gatillo, tiembla. No está segura de acertar en el blanco, por eso aprieta más fuerte el cañón contra su sien, tan fuerte que hasta se hace daño. Es la hora, la cuenta hasta diez llega a su fin. Cierra los ojos.

Diez.

Retira el arma de su cabeza, algo la ha alertado. Ha sido un grito de socorro, parecía el de una niña, sí, está segura, lo ha oído perfectamente. Deja la pistola de nuevo en el bolso y camina hasta los gritos. Al lado de la puerta, en una mesita, hay un manojo de llaves las prueba todas y una abre. Cuando Mabel observa hacia dentro ve a una niña que llora, la misma que pedía ayuda.

—¿Quién eres? —le pregunta Mabel a la niña.

—Me llamo Julia. Me ha encerrado aquí el hombre que se llama Tomás.

—¿Te encuentras bien? —Mabel se acerca a la niña y la rodea con sus brazos para hacerla sentir segura—. ¿Te ha secuestrado?

—Sí. Pero también hay otro hombre, creo. Uno que era policía. Lo vi un día en la calle, me hizo preguntas. ¿Usted quién es?

—No soy nadie, pequeña. Solo alguien que no debería de estar aquí. Vamos, salgamos de aquí.

Mabel y la niña salen de la casa. La mujer ha cogido el bolso y ha mirado con recelo el arma que está en el interior. Por el momento se olvidará de ella, quiere salvar a esa niña que ha encontrado secuestrada, pero, quizá alguien arruine ese plan. A lo lejos, lo suficiente como para que Mabel vea que es de color negro, un coche se aproxima a gran velocidad hacia la casa.

—Es él —añade Julia—. Es el otro hombre, el policía.

CAPÍTULO 26

El comisario apaga el puro en el cenicero del despacho. Le da un nuevo trago al coñac y prosigue:

—Amaia, quiero que investigues todo lo acontecido con tu padre ¿entendido? Quiero saber quién cojones está detrás de todo esta mierda. Si un tío ha matado a un poli y se ha puesto su uniforme e asunto es grave, hay algo muy feo detrás.

La vasca sabe algo que el comisario Mendoza desconoce, y es la macabra historia que se inició en aquellos años treinta, al menos para su padre, cuando tan solo era un niño.

—Me pondré con ello —dice ella.

—Y no descuides lo de la puta sin cabeza y el bebé… y la muerte de gitano y de Esther Mateos, la madre del niño. Joder, ¿qué cojones esta pasando en el mundo?

—Puedo echarle una mano a la inspectora. Entre los dos podríamos…

—No, Suárez, por el momento te quiero fuera hasta que los de asuntos internos hablen contigo.

—De acuerdo, comisario. Así será.

—Ya podéis marcharos. Infórmame de todo, Amaia, grábatelo a fuego… de todo, ¿entendido?

—Sí, jefe.

Cuando los inspectores salen del despacho de Mendoza y llegan a la calle, Amaia se enciende un cigarrillo mientras escucha a Suárez pedirle mil y una disculpas con lo ocurrido en el hospital. Realmente no ha sido un incidente cualquiera, ha habido un crimen, y es difícil disculparse en una situación así. La inspectora acepta el perdón y se marcha en su coche. Suárez, en cambio, hace una llamada a Tomás pero no se lo coge. Maldice para sí y se marcha hacia la casa en la

Sierra, quiere asegurarse que sus veinte millones están a buen recaudo.

Cuando Suárez llega se alarma por lo que está viendo. Una mujer que no ha visto nunca se lleva a Julia, las dos salen del domicilio agarradas de la mano, él acelera hasta ellas. La mujer y la niña se alejan por un camino trasero, corren lo más rápido que pueden. El inspector ha dejado el vehículo junto a la casa, y con el arma en la mano corre tras ellas.

—¡Corre, Julia, corre! —le ordena Mabel.

La niña avanza lo más rápido que puede, pero está agotada. La mujer que le ha salvado de la casa corre más rápido que ella. Suárez grita barbaridades que salen por su boca como perdigones. Ya está cada vez más cerca de ellas, así que se para, apunta con su arma y dispara. Mabel cae al suelo, la bala le ha dado en la pierna. Julia la mira asustada, intenta ayudarla pero la mujer no puede levantarse. La niña llora mientras ve al policía ir hacia ellas, y cada vez está más cerca.

—Márchate —le dice Mabel a la niña—. Corre lo más rápido que puedas.

—¡No! No puedo dejarte aquí, me has salvado.

—Corre, pequeña, no te preocupes por mí. Márchate. ¡Ahora!

Julia le suelta la mano y obedece, corre por el bosque sin mirar atrás. Se cae al tropezar con una piedra, pero se levanta y continúa avanzando. Suárez, que ha llegado hasta la mujer, la apunta con la pistola con la intención de vaciar el cargador contra ella.

—¿Quién cojones eres?

—Me llamo Mabel.

—¿Tú eres la que quería el arma? Tomás me dijo que te llamabas así. ¿Dónde está él?

—En la casa.

—Zorra. —Suárez le dispara en la otra pierna, es la manera de asegurarse de que no saldrá corriendo—. Espérame aquí.

El inspector corre tras la niña, la ha de coger como sea. Vale veinte millones de pesetas, y por nada del mundo puede dejarla escapar.

—¡Julia, ven aquí! —le grita.

La niña, que quizá no ha estado jamás tan asustada, siente un escalofrío recorriendo su cuerpo. Nunca pensó que se pudiera tembla mientras uno corre. Siente terror, peor que la llegada del *coco*, o peo que el momento en el que Tomas giró a la derecha en vez de la izquierda.

—¡Para, joder! —le grita Suárez.

El inspector se acuerda ahora de todos esos cigarrillos que fuma, de sus momentos de estrés, de ansiedad, de nervios, sabe que si no fumase ya hubiera podido alcanzarla. La niña cada vez está más lejos corre sin rumbo, hacia adelante, lo único que quiere es alejarse lo suficiente como para que ese policía no pueda alcanzarla. Suárez, en cambio, piensa en su buena puntería, todavía tiene a Julia a una distancia prudencial como para poder darle al igual que ha hecho con Mabel, si acierta en el blanco, por ejemplo: en una pierna, todavía podría conseguir el dinero, pero lo que no puede ocurrir es que la niña escape, si escapa podría reconocerle y todo el trabajo se iría a la basura. ¿Cuántos yonkis han evitado la cárcel gracias a él? ¿Cuántos proxenetas están sueltos gracias a las pruebas falsas que ha colocado? No puede dejar que nada de eso salga a la luz, si lo descubren, es poli muerto, un poli muerto en la cárcel. Lo matarán en las duchas, o en el patio con un punzón, o peor, quizá lo violen todos los días hasta que se suicide en su celda. Un poli tiene fecha de caducidad en cuanto entra en la cárcel. Por eso no se lo piensa y se detiene en mitad de la arboleda, apunta con su arma y dispara. Dicen que una bala puede salir a una velocidad de quizá unos mil kilómetros hora, otras a menos todo depende desde donde se dispare y de otros muchos factores como la puntería, el viento, la presión. La bala que va dirigida a Julia va hacia ella, y quizá no le de en la pierna o en un brazo, si la vieras a cámara lenta a lo mejor sabrías que se dirige a su cabeza

posiblemente Suárez no tenía tanta buena puntería. La niña corre sir saber todavía que un proyectil está a punto de alcanzarla.

CAPÍTULO 27

El subinspector Martín Osorio y la agente Rocío Contreras caminan por la calle del Sombrerete, y por orden de Amaia están intentando averiguar la identidad de Rebeca, la prostituta muerta sin cabeza. En el momento en el que estuvieron investigando acerca del crimen, las mujeres que hacen la calle se habían marchado, no quedaba ninguna quizá por miedo a que hablasen con ellas o a que les echaran la culpa del asesinato. Cuando los agentes están a punto de llegar a la Plaza de "La Corrala", ven a una prostituta apoyada en una esquina. Es joven y guapa, cabello moreno ondulado y va con la cara muy pintada y unos labios rojos que se ven desde lo lejos. Viste con un pantalón ajustado negro y una blusa roja abierta que deja ver sus pechos.

—Hola, hermosa —le saluda Martín.

—Los tríos valen más dinero, guapo.

—No queremos hacer un trío. —Los dos enseñan sus placas y se identifican—. Ya lo ves, somos policías.

—¿Qué queréis? Me vais a espantar a la clientela.

—Queremos hacerte unas preguntas, no te preocupes, será rápido —le dice Rocío, luego saca una fotografía de Rebeca y se la enseña a la mujer—. ¿Conoces a esta chica?

—Esa es la muerta, ¿no? La que dicen que apareció sin cabeza.

—Aprobada. ¿La conoces o no?

—De vista. Aquí hablamos muy poco entre nosotras… ya sabéis, la competencia mejor lejos.

—Claro, hermosa —le dice Osorio—, pero en este barrio seguro que hay tíos para las dos… mi compañera te ha hecho una pregunta y tu respuesta es un poquito ambigua, ¿no crees? Responde, cojones, ¿la conoces?

—Un poco. Alguna vez hemos hablado, pero poca cosa. Sé que se llamaba Rebeca, pero ya os digo que seguro que no será su verdadero nombre, aquí todas nos ponemos nombres falsos.

—¿Y tu nombre cuál es?

—Mara. El falso, claro. El mío no os lo pienso decir.

—¿Sabes dónde vivía Rebeca? —quiere saber Rocío.

—No. Y tampoco las otras saben dónde vivo yo, cuánto menos sepan de una mucho mejor.

La agente Contreras piensa ahora que si intenta empatizar con Mara podrá sacar algo más de información, cree que de mujer a mujer se entenderán mucho mejor.

—Escucha, Mara, a Rebeca le cortaron la cabeza, ¿entiendes? Y por otro lado, el asesino mató a otra mujer, a una que estaba embarazada le sacaron el bebé y también le cortaron la cabeza, y alguien la cosió al cuerpo de Rebeca, y será mejor que no te cuente que más le hizo a la pobre cabeza porque quizá no podrías dormir en un tiempo... necesitamos que nos ayudes, Mara, a lo mejor tú puedes salvar muchas más vidas.

Mara se queda pensativa, no está buscando en sus recuerdos algún detalle que ni recuerde, lo único que piensa es si contar lo que sabe o no. Y decide hacerlo.

—Hay días que venía un coche a buscar a Rebeca. No era un coche normal, era de esos negros con los cristales tintados y de gama alta. Un día yo salía con un cliente de su piso en la calle Valencia, aquí al lado, y lo vi todo. Ella estaba esperando al lado de una farmacia y cuando llegó el coche se subió y se marcharon. Otro día, solo por curiosidad, la seguí. Y vi que ese vehículo volvía a recogerla. Aquí las chicas siempre nos peleamos por los buenos clientes, y el tío que iba en ese coche seguro que tenía mucha pasta, por eso quería conocer su identidad.

—¿Y lo averiguaste? —le pregunta el subinspector.

—No, nunca lo vi. Era el chofer el que bajaba del coche y le abría la puerta a Rebeca. Ella estaba toda la noche por ahí, al día siguiente

cuando ya había amanecido la dejaba el mismo coche cerca de donde la había recogido.

—¿Por qué querías saber quién era el cliente?

—Ya lo he dicho, era curiosidad. Las chicas y yo nos ganamos bien la vida, pero los tíos que vienen son puteros o algún cerdo que nos quiere follar por menos dinero, pero Rebeca se las había ingeniado para conseguir lo que parecía a alguien, como se suele decir, de alto standing.

—¿Y qué tiene de especial esta información, Mara? —le pregunta ahora Rocío—. Hay muchos empresarios importantes que se van a follar pagando, quizá Rebeca tuvo suerte y un tío se encaprichó de ella, no tiene nada de especial que se subiera a ese coche.

—Ya os digo yo que sí. Ese coche no era normal, era de alguien de muy arriba, un pez gordo, de los que están muy bien protegidos. Lo sé porque he visto muchos coches así. Dentro iba alguien muy importante, os lo digo yo.

CAPÍTULO 28

Amaia entra en el bar de Luque, ha quedado ahí con el subinspecto Sierra para que le de toda la información que tiene Espinosa. Esta sentado en la misma mesa, la del final.

—Hola, Pedro, ¿qué bebes?

—Estoy con un whisky, bien cargado. A estas alturas es lo que necesito.

—Ya… Luque, un chupito de Stillbrook, por favor, pero ponme los otros vasos, los que son más largos.

Cuando la inspectora tiene ya su Bourbon en la mesa repasa todo e informe del forense.

—¿Está todo?

—Por el momento, sí.

—Bien. Rocío y Martín todavía no me han avisado, más vale que encuentren algo. Tenemos que saber algo sobre la prostituta.

—Creo que la prensa ya lo sabe, me lo han dicho en comisaría. La llaman la prostituta muerta sin cabeza.

—Eso ya se sabía, son poco originales. ¿Y la Juanita?

—Joder, ¿en serio me preguntas por esa?

—Bueno, Pedro, ya sabes… solo quiero el bien para ti.

—Ya sabes que yo no soy hombre de una sola mujer. Esa y yo nos acostamos, ya está. Sin compromiso y sin nada.

—¿Cuándo vas a sentar la cabeza de una puta vez?

—Eres tan estratega que voy a pensar que te has reunido aqu conmigo para comerme la cabeza.

—Todo puede ser.

— Serás… oye, ¿cuándo entierran a tu padre?

—Mañana por la mañana.

—Allí estaremos, tu equipo ya sabes que no te fallará.

—Más os vale. Oye, Pedro, he estado pensando en una cosa: s intentaron matar a mi padre asfixiándole con una almohada, ¿por qu luego mandaron a otro con una pistola?

—Bueno, no es que mandaran a otro con una pistola como tal, er un tío haciéndose pasar por poli que mandaron desde central.

—Ya, pero asesinaron a un policía solo para hacer eso y que otr pudiera venir a asesinarle, ¿por qué tantas molestias? ¿Por qué tod tan rápido?

—Después de que intentase matarlo el primero, sabían que íbamo a dejar a alguien en la puerta vigilando a Andoni, es lo único que le quedaba, intentar infiltrarse así. Era la manera de entrar en l habitación.

—Hay algo que se nos escapa. Algo no me cuadra.

—Cuando a *la vasca* algo no le cuadra que tiemble el mundo, eh…

—Te lo digo en serio, Pedro. Algo huele mal aquí. Pero… ¿y cómo s enteraron en central de todo?

—Suárez mandó a alguien desde central, ¿no?

—Espera, déjame pensar.

Amaia le da un trago al Bourbon y se estruja la frente con la man mientras cierra los ojos. Busca en sus recuerdos, en todo l acontecido, en lo que sabe y quizá en lo que no sabe.

—Lo que ocurrió es lo siguiente —prosigue la inspectora—: un tí entra en el hospital con la intención de asesinar a mi padre, eso l tenemos claro. Después, cuando entra en la habitación lo asfixia co una almohada, eso tiene lógica, es la manera de matar a alguien y a no alertar a los que pasen por el pasillo, en eso también estamos d acuerdo. Luego, Laura Roldán, la enfermera, entra en la habitación sorprende al hombre, le tira una botella y el tío se asusta y se marcha eso tiene su lógica, el hombre no quiere ser descubierto y entonces s va corriendo. Ahora el plan ha salido mal, ese hombre no ha cumplid con lo que tenía que hacer, que era matar a mi padre. Ahora, lo

responsables han de volver a actuar e idean otro plan. Mientras esc ocurre nosotros ya estamos ahí y el comisario encarga a Suárez que se ocupe del caso, ¿correcto?

—Así es. Suárez habla con central para que manden a un agente que se quede en la puerta custodiando la habitación. El que este implicado en esto manda a un sicario para robar la identificación de agente muerto, su ropa y el coche oficial…

—Sí, pero… ¿cuánto se tarda en sacar a un agente de central para un operativo así? ¿Qué pasos hay que seguir? Una cosa es movilizar a tu equipo, o a alguien de la unidad, y otra muy distinta es sacarlo de central. Hace falta una orden del jefe superior y después del jefe de división, que yo sepa, claro.

—¿Qué estás queriendo decir, Amaia?

—Dame un momento. —La inspectora saca su teléfono móvil y hace una llamada al comisario Mendoza.

—Dime, Amaia —dice él al descolgar, en un tono más bien enfadado para variar.

—Escucha, Mendoza, ¿qué te dijeron en central cuándo llamaste por lo del agente infiltrado de la habitación de mi padre?

—¿A qué te refieres? No te sigo.

—Sobre Suárez, ¿dijeron algo de él? Me refiero a el agente que solicitó para custodiar la habitación.

—No. Solo encontraron el cuerpo del policía en uno de los almacenes y ya está. Las cámaras de seguridad se revisaron y el tipo era el mismo que el del hospital. Quise indagar sobre ello pero no había demasiada información al respecto, ¿por qué?

—Hable si hace falta con el director adjunto operativo, necesito saber si existe una orden para ese operativo. Algo no me cuadra comisario.

—Bien, dame un momento, haré una llamada.

La inspectora se pide otro chupito, de los largos, y Luque no tarda en traérselo. Y ella tarda menos de dos segundos en bebérselo. Pedro Sierra se ha pedido otra copa de whisky, bien llena hasta arriba

Cuando el vaso de chupito largo de *la vasca* ya está vacío recibe la llamada del comisario.

—Amaia, he hablado ya con central. No existe esa orden. No entiendo nada, Suárez no solicitó a ningún agente. ¿Por qué entonces fue el asesino allí? ¿Cómo sabía qué tenía que quedarse en la habitación?

—Porque fue Suárez quien lo mandó, comisario. Él se encargó de todo al margen de la central. Si no hay orden para el operativo él sabía a quien mandaba. Nos engañó en el despacho. Además, su equipo son una panda de zoquetes, el otro día los vi comiéndose una hamburguesa en un puto bar, no están en ningún operativo.

—¿Me quieres decir, Amaia, que Suárez es el responsable de la muerte de tu padre? —le pregunta el comisario, extrañado, aterrado, y seguramente furioso.

—Sí, tiene que serlo. El asesino que disparó a mi padre no apareció en el hospital por arte de magia. Si central desconocía el operativo alguien puso ahí a ese sicario.

—Bien, hablaremos con él y haremos esto a mi manera, no quiero que levantes la liebre, confía en mí aunque sea una puta vez. Vente a comisaría, te quiero aquí y a tu equipo al completo.

—De acuerdo, comisario.

Cuando la inspectora cuelga el teléfono recibe automáticamente una nueva llamada. Es Espinosa, el forense.

—Dime, ¿qué ocurre?

—Amaia, le di a Sierra todo el informe que tenemos hasta ahora pero me acaba de llegar una nueva información sobre el caso de la prostituta. Lo tengo ahora porque había habido un cruce con otro asunto, pero ya lo tengo solucionado. La información fue por otro lado al ser el bebé el único nexo de unión.

—Bien, ¿qué tienes?

—Esther Mateos y Rebeca, la prostituta sin cabeza, son hermanas. El ADN lo ha confirmado. No hay duda de ello.

TERCERA PARTE

"Estoy pensando seriamente en comerme a su mujer".
Hannibal Lecter (Hannibal).

Provincia de Jaén, diciembre de 1932.

El niño que dice llamarse Andoni está junto a la autoametralladora Bilbao, los tres hombres de la Guardia de Asalto le han dicho que no se mueva de ahí, que irán a por su madre y la traerán sana y salva.

Los guardias se dispersan por la finca siguiendo un sonido estremecedor: el de animales. Se esconden detrás de unos matorrales cerca de la parte trasera, y desde ahí ven a un hombre que tiene una cicatriz en la cara. En ese momento se agacha al suelo y coge con los brazos el cuerpo desnudo de una mujer que está repleta de sangre y heridas por toda la piel. El hombre la alza hacia arriba y la lanza a un foso, que es el lugar de donde proviene el sonido aterrador de animal Los Guardias de Asalto corren hacia el hombre y le dan el alto, pero este se marcha corriendo, pero uno de los guardias le alcanza con un proyectil de su arma reglamentaria: la Star modelo H, una pistola semiautomática de 7,65 mm.

—¡Le he dado! —grita.

Ahora los tres corren hacia el foso para intentar salvar a la que creen que debe ser la madre del niño que han encontrado en el camino, pero cuando llegan al lugar lo que ven es aterrador: un grupo de ocho o nueve cerdos salvajes con el pelaje gris y espeso se están comiendo el cuerpo. Varios de ellos cogen trozos de carne de la parte del tronco, otro parece jugar con la cabeza de la mujer, varios han ido hacia las extremidades. Todo está lleno de sangre, huesos y piel. El cerdo que llevaba la cabeza la ha rajado por la mitad y ahora está masticando un trozo de cerebro. Los tres guardias vomitan dentro del foso, no lo pueden evitar. Uno de ellos dispara al aire para ahuyentar a las bestias, pero no hacen caso, siguen comiendo. Tienen hambre.

—Joder, no dispares más, esa mujer ya está muerta —le dice el otro

Los tres se dirigen hacia el hombre de la cicatriz en la cara, ven que está tumbado en el suelo, le han herido en un costado. La sangre sale a chorros.

—A este le quedan unos minutos de vida, le he dado bien.

—Tienes buena puntería, eso no se puede discutir. ¿Quién eres?

El de la cicatriz no dice nada. Está en completo silencio intentando taponarse la herida. Uno de los guardias pone su bota en el disparo y aprieta, haciendo que el hombre se retuerza de dolor.

—Te han hecho una pregunta, ¿quién eres?

—Me llamo Simón.

—¿Vives aquí, Simón?

—Sí, esta es mi casa. Y ahora la estáis invadiendo. Salid de mis tierras ahora mismo.

Los tres guardias se ponen a reír a carcajadas.

—Que gracioso eres, Simón. Podrías ser el bufón de la corte —le dice el que le ha disparado.

—Yo de vosotros me marcharía de aquí lo antes posible. Me lo agradeceréis.

—Deja de decir tonterías, Simón. Has asesinado a una mujer, te llevaremos detenido y serás juzgado por ello. Seguro que irás a la horca.

En ese momento se oye un disparo. El primero de los guardias que había vomitado en el foso ha recibido un disparo en la cabeza con una pistola Astra 400. Los otros dos se dan la vuelta y ante ellos hay dos hombres que visten con un traje de color negro, a varios metros, algo más atrás, hay otro también con traje pero lleva un abrigo gris y un sombrero que impide que se vea su rostro. Los dos hombres que han aparecido por detrás van armados y comienzan a disparar a los guardias, que aunque hayan soltado las armas y levantado las manos son acribillados a tiros. El del sombrero camina ahora hasta Simón y los dos se miran.

—Me han herido.

—Ya lo veo, Simón. Te dije que tuvieras cuidado, que nadie podía venir hasta aquí.

—No sé cómo ha ocurrido. Aparecieron de repente.

—Eres un imbécil. Te siguió un niño, dice que te has llevado a su madre. Está por allí, en el camino.

—No vi al niño, no me di cuenta.

—Ya lo sé, Simón, no te preocupes. Tiradlo al foso.

Los hombres de traje lanzan a Simón al foso de los cerdos. De la mujer ya quedan casi los huesos, y ahora el manjar comienza con Simón. Los cerdos se pelean entre ellos para dar el mejor bocado. Uno le clava los enormes colmillos en los pectorales, otro viene por detrás y le muerde en el muslo, arrancándoselo de cuajo. Entre dos le muerden en la cabeza. Simón todavía está vivo, los hombres lo miran desde arriba.

—Tranquilo, Simón, todo acabará pronto —añade el del sombrero sonriendo. Aunque en el fondo siente algo de tristeza.

Los cerdos continúan mordiendo el cuerpo, lo estrujan y lo lanzan al aire mientras arrancan trozos de sus extremidades. Ahora sí, Simón ha muerto. Ya no respira. Pero los cerdos continúan comiéndoselo.

CAPÍTULO 29

El equipo de Amaia está al completo en la sala de reuniones. Huele a tabaco, a Bourbon y a whisky, y muy poco a café.

—Bien —añade la inspectora—. Sabemos que no solo era la cabeza del bebé el nexo de unión de Esther Mateos y Rebeca, ahora también sabemos que eran hermanas. Rocío, Martín, ¿habéis averiguado algo?

La agente Contreras revisa su pequeña libreta en la tiene hechas varias anotaciones.

—Hemos hablado con una prostituta llamada Mara, nos ha dicho que Rebeca solía irse bastante con un coche negro. La recogían por la tarde y al día siguiente la dejaban en la zona. Mara cree que el que iba en ese coche es un pez gordo, de los grandes.

—¿Hablas de políticos?

—Puede ser, jefa.

—Joder. Bien, recapitulemos un poco. —Amaia se levanta de la silla y comienza a escribir en la pizarra que previamente ya había borrado —: Tenemos un primer crimen, el de Rebeca, le cortan la cabeza y en su lugar cosen la cabeza de un bebé recién nacido al que le falta piel y que está cubierta de plástico simulando la cabeza de un muñeco ¿correcto? Ahora sabemos que la prostituta se iba con un coche negro Bien, por otro lado, aparece muerta su hermana Esther Mateos, estaba embarazada, le practican una cesárea y la matan, a su bebé le cortan la cabeza y es el que cosen en el cuello de Rebeca, ahora ya podemos decir que cosen la cabeza del niño al cuerpo de su tía, ¿estamos? Bien sigo, el padre de ese bebé es Juan Antonio Cortés, alguien lo asesina con un disparo en la cabeza y le cortan la lengua, y ese disparo se hizo con la misma arma con la que mataron a mi padre.

—No entiendo cómo es eso posible, Amaia —salta el subinspector Osorio—. ¿Cómo puede ser que el mismo tío que asesinó a tu padre

matase al gitano? Nos vamos a volver locos, joder. Os aseguro que m cabeza está a punto de irse a tomar por culo.

—Escuchad, siempre he confiado en vosotros, sois el mejor equipo que un inspector jefe puede tener. Lo que se habla aquí no sale de aquí, ¿entendido?

Todos asienten con la cabeza. Totalmente convencidos de que lo que se habla en la brigada se queda en la brigada.

—Mañana por la mañana, después del funeral de mi padre, e comisario habrá preparado un operativo para detener a Suárez. Pedro ya está al corriente, estaba conmigo en el Luque cuando lo hemos averiguado.

—¿A Suárez? —se pregunta Martín—. ¿Por qué?

—Creemos que fue él quien colocó al policía en la puerta de la habitación de mi padre. Suárez lo quería muerto, y todavía no sé el por qué.

—¿Y lo de esa niña desaparecida? —quiere saber Rocío—. ¿También estás con eso?

—Sí, pero ni puta idea de cómo sacar tiempo. No quiero pedir ayuda a nadie más, ya no me fío de nadie.

El Siemens S10 de la inspectora vuelve a sonar, se oye el villancico del que todos se quejan. Esta vez, ninguno dice nada. Amaia ve en la pantalla que la está llamando el comisario.

—Mendoza, ¿algo nuevo?

—Hoy te irás a dormir tarde, Amaia. Los de la limpieza han encontrado un cadáver en un contenedor de basura en la calle de Tetuán, cerca de la Puerta del Sol.

—¿Y qué? Alguien habrá que se pueda encargar de eso, ¿no?

—Sí, claro, te encargas tú, el muerto era un detective privado, se llamaba Alfonso Vega, tenía tu nombre escrito en un papel que guardaba en un bolsillo. Llévate a tu equipo, la zona ya está acordonada.

CAPÍTULO 30

Julia ha oído la detonación, pero todavía no sabe que la bala que ha salido del arma de Suárez se dirige hacia ella, y, pasado un segundo impacta en su espalda tirándola al suelo. Suárez la ha visto caer, y se maldice por haberle dado tan arriba, aún no sabe si está viva o muerta, pero reza para que respire. Sabe que esa niña vale veinte millones de pesetas, y muerta no valdrá nada. Ha llegado a su altura la pequeña no se mueve, hay sangre en su espalda. El inspector se agacha junto al cuerpo y le da la vuelta, le toma el pulso pero Julia no respira.

—¡Joder! —grita Suárez—. ¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

Deja a la niña ahí y se va corriendo de nuevo hacia Mabel. Tiene miedo de que pueda moverse y pedir ayuda. Ahora ya no le queda nada, quizá esa mujer es la única baza que le queda.

—¡Vamos! —Suárez agarra a Mabel del brazo y se la lleva a arrastras hasta la casa. La mujer grita de dolor.

Cuando llegan a la vieja casa, es Suárez quien le hace un torniquete en las heridas de las piernas y la deja en el sofá con paños calientes.

—Escúchame, zorra, la has jodido pero bien…

—¿Dónde está la niña? —quiere saber Mabel.

—La niña ha muerto, tú la has matado. Ha sido todo por tu culpa. Si no te hubieras escapado con ella…

—¿Por qué no me matas de una vez? ¿Qué haces haciéndome torniquetes?

—Ahora quieres morir, eh, cuando estabas ayudando a la niña no pensabas en morirte, pero ahora sí quieres desaparecer. Claro que te mataré, pero lentamente, puta. Te juro que sufrirás. Mira al pobre Tomás, le has reventado la cabeza.

Mabel consigue agarrar un jarrón que hay encima de la pequeña mesa del comedor, es robusto y de cerámica, lo estampa contra la cabeza de Suárez haciendo que caiga al suelo.

—Hijo de puta. —Mabel agarra de nuevo el jarrón, o lo que queda de él, y lo estampa de nuevo contra Suárez.

El inspector está inconsciente, y la mujer se desliza hasta el suelo y se intenta poner de pie. Las heridas de bala le duelen demasiado, no puede apenas caminar, está sudando y cree tener fiebre. Ha registrado al policía y ha conseguido encontrar un teléfono móvil, pero está parado. Lo enciende y le pide el código PIN que evidentemente desconoce. Se desliza por el suelo, quiere encontrar un teléfono en la casa, necesita llamar a la policía, le costará explicar lo que ha ocurrido más difícil poder decirles cómo ha llegado ella hasta ahí, pero no puede dejar que ese hombre se salga con la suya. Quiere que se le haga justicia a Julia. ¿Estará muerta? Se pregunta. Ha de informar a la policía, tienen que saber todo lo que ha ocurrido en esa casa. Han de saber lo del secuestro, todo. Pero, grave error no inmovilizar al policía que está en el suelo, Suárez se ha levantado y le ha cogido la cabeza a Mabel y ha comenzado a estampársela contra la esquina de la mesita del comedor, una y otra vez, sin parar, sin ningún miramiento. La sangre le ha salpicado el rostro, a pesar de eso él continua estampando la cabeza contra la mesa. Mabel ha muerto, su rostro está desfigurado, lleno de astillas de madera que se le han clavado hasta en los ojos. Suárez se limpia la sangre de la cabeza, se dirige al baño y se lava las manos y la cara. Se mira en el espejo, sabe que el plan ha salido mal, quizá de la peor manera que podría llegar a salir. No tiene a Julia, la niña está muerta, pero los padres no lo saben. Por eso, decide darles un ultimátum. Ahora ya no está Tomás para poder hacer la llamada, tendrá que buscar a alguien que le ayude. Bernardo, el amigo de Tomás es una buena opción, nadie le preguntaría al yonki ese Enciende su teléfono móvil y le hace una llamada.

—Bernardo, soy Suárez.

—¿Y Tomás?

—Está durmiendo, ha bebido tanto que se ha quedado frito Escucha, necesito que me hagas un favor. ¿Puedo verte en *El brasas*?

—Ahora no estoy ahí. Pero puedo ir en un rato.

—¿Una hora?

—Bien, aquí estaré.

Suárez cuelga la llamada. Ahora sonríe, no demasiado, todavía tiene algo de esperanza por conseguir el dinero del secuestro. Son veinte millones, es mucho, con eso podría irse fuera y alejarse de toda la mierda en la que está metido, nadie lo encontraría jamás. No se siente orgulloso por las cosas que ha hecho, pero ha tenido que hacerlas organizar el asesinato de Andoni Garmendia, el padre de Amaia también coordinar el asesinato de Juan Antonio Cortés, tenían que matarlo, el gitano sabía demasiadas cosas, era un cabo suelto que había que eliminar. Lo de Esther Mateos, su hermana Rebeca y el bebe eso era otra cosa, fueron los de arriba, los más poderosos los que tenían que hacerlo. El ritual era ese, ni más ni menos. Suárez sabe que está muy metido, pero quiere desaparecer, es en lo único que piensa, y los veinte millones son su billete de salida.

CAPÍTULO 31

Alfonso Vega, el detective privado, está tumbado en el suelo. Los primeros agentes en llegar han acordonado la zona de la calle de Tetuán y han tapado el cadáver con la sábana térmica para evitar las miradas de los curiosos, que ya se han agolpado alrededor del luga para curiosear. Amaia y su equipo llegan a la zona, el contenedor de basura en el que estaba el detective está junto al cuerpo, precintado.

—Hola, inspectora —le saluda uno de los agentes de uniforme— Aquellos dos que ves allí son del personal de limpieza que ha encontrado el cuerpo.

—Bien. —Amaia se acerca a los dos operarios—. Hola, chicos, soy Amaia Garmendia, inspectora de homicidios. ¿Habéis encontrado vosotros el cuerpo?

—Así es.

—¿Habéis visto algo raro en la zona?

—No — responde el otro—. Íbamos a vaciar el cubo en el camión y vimos el cuerpo.

—¿Algo más?

—No. Disculpe, ¿es usted *la vasca*?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Se comentaba por aquí que del caso se iba a ocupar *la vasca* Todo el mundo estaba hablando de usted.

—Bendita mi suerte. Gracias, chicos, que os tomen declaración y marchaos a casa. Creo que después de esto os darán la noche libre. Si el jefe os dice de ir a trabajar le dais mi teléfono. —Amaia les entrega a cada uno una tarjeta con su contacto.

La inspectora se acerca al cadáver, su equipo ya está ahí, sacando las primeras hipótesis. Espinosa está examinando el cuerpo. Se mueve con un cadáver como un niño en una juguetería.

—¿Qué tenéis?

—Muerto de un disparo, con una Llama M-82, igual que a tu padre y que a Juan Antonio Cortés.

—Joder.

—En el bolsillo de su pantalón estaba tu nombre en un papel, ¿de qué lo conoces?

Después de la pregunta de Espinosa, Amaia se ha quedado callada no sabe qué responder, y quizá es la hora de explicarle a su equipo lo que sabe.

—Sí, lo conozco. Es un detective privado. Oye, Espinosa, cuando puedas llévatelo al anatómico y me informas de lo que sea, ¿estamos?

—Así será, Amaia.

—¿De qué conoces a ese tío? —le pregunta Osorio.

—Lo hablamos mañana en la sala de reuniones, Martín, te juro que ahora no tengo fuerzas para nada. Después del funeral nos reunimos antes del operativo que está preparando Mendoza contra Suárez. Creo que mañana veremos las cosas con más claridad. Descansad.

La inspectora Garmendia camina hacia su coche y se marcha. Acelera lo más rápido que puede para intentar desaparecer. Se mira en el espejo interior y contempla sus ojeras, su cara demacrada y cansada. Se siente agotada. No suele fumar mientras conduce, pero hoy hará una excepción. Se enciende un Marlboro y saborea cada calada. Mientras conduce por una calle solitaria recuerda a Luis, a su ex pareja. Después de una relación de ocho años decidieron separarse. Vivían juntos, en un piso de alquiler. Lo compartían todo y eran felices. Pero una noche de un seis de febrero a Luis se le fue la cabeza y se acostó con una de sus compañeras de trabajo. Él, con remordimientos, tomó la decisión de decírselo a Amaia. Siempre pensó que ella cogería el arma y le pegaría un tiro en la cabeza y después tiraría su cuerpo por un barranco, pero no fue así, *la vasca* se lo tomó quizá demasiado bien. No se enfadó y ni siquiera le gritó. Lo miró a los ojos y le perdonó. Ella nunca lo ha reconocido, pero en el último año con Luis jamás había existido algo de amor. Ni siquiera se hablaban, no se preguntaban qué tal el día, y tampoco hacían el amor. Todo se había

convertido en aburrido, ya ni existía aquella chispa que mantenía la relación viva. Todo se había apagado. Y ella siempre ha estado convencida que él buscó el amor fuera porque no lo tenía en casa pero lo que encontró fue una noche loca de sexo. Quizá Amaia vio una excelente oportunidad para acabar con la relación. Durante meses después se estuvieron viendo en momentos puntuales, solo para sexo nada más. Ni amor, ni besos, ni cariño. Solo sexo. Pero también terminó, no valía la pena hacerse daño innecesariamente.

Amaia conduce ahora sin rumbo fijo. Se ha encendido otro cigarrillo y se le ha pasado por la cabeza ir al bar del Luque y emborracharse, ya hace tiempo que no lo hace, y siente que lo necesita. Sabe que es una mala manera de olvidar los problemas durante un rato. Y lo hace acelera y se dirige hacia el bar. Cuando entra le pide a Luque una copa de Bourbon, esta vez no quiere chupito, ahora quiere más. Se sienta en la mesa del final y se bebe tres copas, cuando siente que ya está algo mareada le paga las copas al Luque y se marcha. La visita ha sido rápida, tres copas y unos cacahuetes resecos. Para el coche en un callejón y saca su teléfono móvil para escribir un mensaje:

«Quiero follar».

Amaia espera una respuesta que no llega. Deja el teléfono en el asiento del copiloto y se enciende otro cigarrillo. Se siente inquieta nerviosa. En la segunda calada vuelve a mirar el móvil. No hay respuesta, y vuelve a escribir un nuevo mensaje:

«¿Estás?»

No responde. Amaia piensa que quizá es mejor hacer una llamada pero tampoco quiere molestar. No quiere ser pesada o dar la sensación de estar desesperada. Espera cinco minutos y vuelve a escribir otro mensaje:

«Perdona que te moleste, necesito estar con alguien, no quiero estar sola. La verdad es que tengo ganas de follar. Lo necesito. ¿Estás ahí? Quiero estar contigo»

Sigue sin haber respuesta. Ha pasado demasiado tiempo, si hubiera leído los mensajes ya habría respondido, o quizá los ha leído pero no quiere responder. Todo es posible. Amaia está mareada, sale del coche

y vomita en el callejón. Acaba de echar por la boca todo el Bourbon Mira su reloj, en unas horas es el funeral de su padre. Si él la viera en esas condiciones le daría un bofetón, no por beber, sino por hacerlo mientras está en un caso importante. Para Andoni Garmendia el trabajo siempre había sido una prioridad. Amaia se siente tan mal que vuelve a vomitar, y, un mensaje le acaba de llegar al móvil, se apresura a leerlo:

«Ahora no quiero verte. Un beso»

Ya está. Ese es el mensaje. Ella, cabizbaja, se pone a llorar encima del capó. Su mundo parece venirse abajo. Si la vieran todos los que ha metido en la cárcel no se lo creerían. Dirían que *la vasca* es una blandengue, que ya no es la mujer que era. Lo único que hace es enviar un último mensaje:

«Lo siento. Un beso»

CAPÍTULO 32

Los que han asistido al funeral son prácticamente todos los que fueron al tanatorio. Amaia mira a cada uno de ellos, analiza sus miradas, su manera de andar, todo. Quizá alguno sea el culpable de todo, o no. Ahora mismo no confía en nadie. Solamente se fía de su equipo, que los ve a todos juntos en la puerta de la iglesia. El subinspector Pedro Sierra está fumando, y tiene ese meneo en las piernas que quiere decir que necesita una copa de cualquier mierda. Martín Osorio parece un gigante con el traje que se ha puesto, lleva gafas de sol y la barba recortada. Está hablando con la agente Rocío Contreras, seguramente intentando camelársela para que ella acepte una cita. El comisario Faustino Mendoza está hablando con un grupo de hombres, todos están fumando un puro mientras llega el ataúd para que dé comienzo la misa.

—Hola, mamá — le dice Amaia a su madre, que ha ido hasta ella a verla hablar con varias amigas.

—Hija, ¿cuándo has llegado?

—Hace nada. ¿Cómo estás?

—Aguantando a todos los que fingen ser amigos de tu padre.

—Ya tenemos eso en común, mamá.

—Tienes mala cara, Amaia, ¿estás bien? Tus ojeras no son por tu padre, de eso estoy segura. ¿Qué te ocurre?

—El trabajo. Me tiene saturada.

—Te dije hace tiempo que ese trabajo de policía no te convenía. Eres demasiado nerviosa, muy inquieta. El trabajo no te hace bien.

—Es lo único que sé hacer.

—Muchas más cosas sabrás hacer, hija. ¿Has preparado unas palabras?

—No. —A Amaia le encantaría poder decir que sí, pero nunca ha sido buena con los discursos de ese tipo—. Prefiero no decir nada.

—Todo el mundo estará esperando a que digas algo.

—Todo el mundo espera de mí muchas cosas, mamá. Hay veces que no se puede tener contenta a la gente.

Los que están en el exterior de la iglesia comienzan a murmurar están viendo como el coche fúnebre entra en la plaza para dejar el ataúd en el interior.

—Ya está aquí tu padre. Falta poco para que pueda descansar en paz.

La misa ha durado treinta y siete minutos. El cura no la ha alargado demasiado. Amaia no se ha levantado para decir ningunas palabras, su madre tampoco. Nadie lo ha hecho. El equipo de Amaia se ha quedado en la zona más trasera de la iglesia, no han querido entorpecer a familiares y amigos. Cuando salen vuelven a darle el pésame a su jefa se abrazan como si fueran una familia unida, realmente lo son, o así se sienten.

Suárez no ha ido a la misa, y el comisario Mendoza, a la salida de la iglesia, ha querido hablar con Amaia.

—Suárez no está. Lo he llamado y no me coge el teléfono, lo tiene apagado. ¿Crees que se huele algo?

—No lo creo. De mi equipo no ha salido nada.

—De mi boca tampoco, y los que estarán en el operativo tampoco son de mi plena confianza.

—Suárez también lo era, comisario.

—Te pedí que me dejaras el operativo a mí para que no te fuera la cabeza y le metieras un tiro, ya sabes que está la presunción de inocencia. Todavía tenemos que hablar con él.

—Después del funeral iré a hablar con mi equipo, tengo una reunión pendiente, después nos vemos. ¿A qué hora está programado el operativo?

—Doce y media.

—Allí estaré con mi gente.

Los que irán al cementerio siguen al coche fúnebre por las calles de Madrid hasta llegar al entierro. Martín, Pedro y Rocío no han ido, han pensado que quizá era un momento algo más íntimo. *La vasca* ha decidido llevar a su madre con el coche, pero durante todo el camino no hablan. Hay momentos en los que su madre parece querer decir algo, pero al final no lo hace. Amaia se enciende un cigarrillo y ahora se tiene que aguantar continuamente las quejas de sus madre.

—Mírate, Amaia, fumando en el coche, tú en la vida habías fumado conduciendo. Estás muy nerviosa.

—Lo sé, mamá, estoy muy nerviosa, no estoy atravesando un buen momento.

—¿Es por ese hombre? —le pregunta Natividad.

—¿Disculpa?

—No te hagas la loca, te he visto mandándote mensajes. Te noto obsesionada.

—Estate tranquila, no estoy obsesionada.

—Si hubieras perdonado a Luis tendrías la cabeza más centrada.

—Ya perdoné a Luis…

—Me refiero a volver con él. Hacíais buena pareja, ocho años son muchos años, Amaia. Luis te quería, y estoy segura de que te quiere todavía.

Amaia no dice nada más. Enciende la radio y sube el volumen espera que su madre se sienta aludida para que se calle de una vez. El trayecto hasta el cementerio se está haciendo eterno. Es un camino que no acaba nunca.

Cuando están a punto de llegar, Amaia recibe en su teléfono móvil una llamada que jamás pensó recibir. Se lo piensa durante unos segundos pero al final descuelga:

—Hola, Suárez.

—Amaia —su voz es acelerada—, necesito que me ayudes. Estoy en un buen lío.

CAPÍTULO 33

Suárez ha dejado el coche en la esquina más cercana al *El brasas* Cuando entra en el bar ve a Bernardo jugando a la tragaperras con un botellín en la mano.

—¿Hay suerte? —le pregunta.

—No, hoy parece ser que no es mi día. Menudo engaño… ¿dónde está Tomás?

—Ya te lo dije, se ha pasado con la bebida y se ha quedado durmiendo. Estaba que no se aguantaba en pie.

—¿Tan borracho estaba que ni para coger el móvil?

—Ya sabes… cuando bebe se le va de las manos. Escucha, Bernardo voy con el tiempo un poco apretado, necesito que me ayudes. Hay que hacer una llamada a la familia, tengo que darles un ultimátum. Tienes que llamar tú.

—¿Por qué yo?

—Porque hasta ahora lo ha hecho Tomás, pero tu amigo está tan borracho que no puede ni sostener el teléfono. Es solo una llamada.

—¿Y si me reconocen?

—¿Quién cojones te va a reconocer a ti? Nadie sabe quién eres, yo soy poli, a mí sí me reconocerían.

—No sé, Suárez… estos cambios de planes no me gustan.

—Es solo una puta llamada, Bernardo. Te tengo escrito hasta lo que tienes que decir.

Bernardo le da un trago al botellín, amorra sus labios agrietados y succiona la botella como si fuera un bebé con un chupete.

—Quiero más pasta.

—¿Más pasta? Serás hijo de puta… todo el trabajo sucio lo he hecho yo.

—Yo seguí a la niña y os pasé la información de los horarios y la ruta.

—Eso es hacer una mierda, Bernardo, aquí el que se la está jugando soy yo.

—Si quieres que llame a la familia tendrás que prometerme un millón más.

Suárez lo mira, si las miradas matasen seguro que Bernardo ya estaría bajo tierra. El inspector le pide al camarero una copa de orujo con hielo que no tarda en traérsela. Cuando Ibrahim, el dueño del bar le trae la copa, el policía le da a cambio un fajo de billetes sin que Bernardo se percate.

—Así me gusta, Suárez, cuando le das al orujo piensas con más claridad —le dice Bernardo—. El alcohol te despeja la mente.

—De acuerdo, te daré un millón más. —Le estrecha la mano—. Es un trato de hombres, confía en mí.

—Bien, ¿qué tengo que decir?

Suárez saca un pequeño folio doblado del bolsillo de su pantalón, lo desdobla y le da el papel a Bernardo. Llama desde el mío, lo tengo capado para que no puedan localizar la llamada. Y ve al grano con el mensaje, no dejes que el padre hable más de la cuenta.

Bernardo marca el número y al segundo tono responden. Es Joaquín.

—¿Quién es?

—Los veinte millones los queremos mañana a primera hora, a las nueve. No hay más tiempo, si no está el dinero Julia morirá. El dinero tiene que estar dentro de una bolsa de deporte en las escaleras que hay junto al Palacio de Cristal en el Retiro, las que bajan hasta el agua.

—Escuche…

—Le vuelvo a repetir: mañana a las nueve, bolsa de deporte, los veinte millones, en las escaleras del Palacio de Cristal. —Bernardo cuelga el teléfono, y Suárez lo felicita por la llamada—. No me jodas con esto, eh, Suárez, no te olvides que quiero el millón de más que me has prometido.

El inspector no dice nada, de repente su mirada da miedo, mira a marroquí y le hace un gesto para que se meta en la cocina. Ahora es cuando Suárez agarra a Bernardo por la nuca y le clava en el cuello, a la altura de la nuez, un punzón que ha sacado del bolsillo, el típico que utilizaría algún preso en la cárcel. Mientras lo hace le sonríe, parece disfrutar de ello. La sangre sale a chorros, y Suárez tira a Bernardo a suelo para que se acabe de desangrar.

—¡El millón que me has pedido te lo meteré por el culo! —exclama el inspector.

Ibrahim sabe que tiene que estar callado, por eso, cuando Suárez le ha dado un fajo de dinero a cambio del orujo, ha sido para que mantenga la boca cerrada y los ojos alejados de lo que ahí ocurre. El marroquí no quiere problemas, no le gustaría que cerrasen su bar, de él alimenta a toda su familia.

—Ibrahim —le llama Suárez—. Ya puedes salir y limpiar esta mierda que con todo el dinero que te he dado podrías ir luego a mi piso a limpiar también.

El dueño del local sale, acobardado, de la cocina. Lleva un cubo, un mocho y varios productos de limpieza que ha dejado sobre la barra.

—Y cierra la puerta, Ibrahim, no vaya a ser que entre alguien.

Pero, en el momento en el que Suárez se da la vuelta para mirar a marroquí, ve una mirada en él que no le gusta en absoluto. Ibrahim está viendo algo que el inspector no puede ver en ese momento. Bernardo, en un último suspiro, ha sacado una pistola de la cintura de pantalón y apunta hacia Suárez. Se oye un disparo. La bala ha dado de lleno en Ibrahim, un poco más abajo de la clavícula. Suárez se ha agachado al ver el arma y se lanza hacia Bernardo, que vuelve a disparar pero le da nuevamente al dueño de *El brasas*, esta vez en la cabeza, en mitad de la frente. El marroquí cae al suelo, muerto. Y antes de que el inspector consiga reducir el arma del hombre al que creía ya muerto, recibe un tiro en el pecho, unos milímetros más hacia el lado y le hubiera dado en el corazón. Cuando se ha abalanzado contra Bernardo consigue quitarle la pistola, le da un puñetazo y lo acaba matando apretando con sus manos en su cuello. Se ha quedado sin aire en apenas unos segundos. Ahora sí, Bernardo ha muerto, y

Suárez se está desangrando, se siente mareado, el suelo ya está llenc de mucha de su sangre que se mezcla con la de Bernardo. Cree que la bala le ha dado en una arteria, pero no está seguro. Mira a su alrededor: Ibrahim muerto, Bernardo muerto, todo lleno de sangre, e orujo está lejos y no puede alcanzarlo. Se sienta en el suelo y piensa en qué hacer. Está bloqueado, así no puede ir a recoger el dinero a Retiro. Faltan pocas horas para que amanezca y ha de buscar una solución. Vuelve a sentirse mareado, no sabe cómo actuar. Todo se le ha ido de las manos. No solo tiene entre manos el asunto de Julia y e dinero del rescate, también es responsable, en parte, de la muerte de Andoni Garmendia, pero sobre eso aún no es consciente que quiza Amaia ya lo sabe. Suárez presiona la herida, intenta parar la hemorragia como sea, está tan cansado que siente que se duerme, y lo hace, cae en un profundo sueño mientras, lentamente, su sangre va saliendo del cuerpo.

Abre los ojos, la luz que entra por las ventanas le molesta, ya es de día. No se ha dado cuenta pero ha dormido hasta que ha amanecido Está seguro que la herida no ha tocado ninguna arteria, si fuera así ya estaría muerto. Tiene que buscar una solución, y lo único que se le ocurre es llamar a la inspectora e inventarse una historia. Sabe que es la única solución. Saca su teléfono móvil y llama a *la vasca*.

—Hola, Suárez — dice ella al descolgar.

—Amaia —su voz es acelerada—, necesito que me ayudes. Estoy en un buen lío.

—¿Qué te ocurre? —Mientras le hace esa pregunta, a la inspectora se le pasa por la cabeza la muerte de su padre, sabe que el comisario está preparando el operativo para su arresto, intenta morderse la lengua para no cagarla.

—Me he metido en un operativo sin que nadie lo sepa, era una operación bastante jodida, lo siento, pero tuve que mantenerla en secreto —miente—. Estoy herido, me estoy desangrando. Necesito que me ayudes. Si no me curan la herida rápido me moriré.

—¿Dónde estás, Suárez?

—En *El brasas*, ¿lo conoces?

—¿El del marroquí?

—Sí —le responde mientras contempla el cadáver de Ibrahim que está tirado en el suelo.

—Vale, te mando una ambulancia y una patrulla para allá. Yo estoy aquí con mi madre, estamos llegando al cementerio para el funeral de mi padre.

—No. Amaia, no. Necesito que vengas tú, te recuerdo que el operativo no estaba autorizado. No me mandes a nadie, por favor.

Amaia ve ahora una oportunidad única. Realmente no sabe qué es lo que está ocurriendo con Suárez ni el lío en que el que puede haberse metido. Ni se le pasa por la cabeza pensar que él está involucrado en el secuestro de Julia, y tampoco imagina que sabe quienes son Joaquín y Beatriz.

—Vale, Suárez. Te voy a mandar a uno de mi equipo, ¿te parece? No dirá nada, fíate de ella. Te mando a Rocío.

—Vale, Amaia, gracias. Que no tarde, por favor, y que traiga un botiquín.

La inspectora cuelga la llamada, mira a su madre, pero Natividad no dice absolutamente nada. Está callada, no quiere meterse en ninguno de esos asuntos. Amaia llama al comisario.

—Dime, Amaia.

—Suárez me ha llamado. No sé qué cojones tiene entre manos pero está en un buen lío en *El brasas*, un bar que hay por Chamartín. Me dice que estaba en un operativo que nadie conocía y que está herido.

—Joder. Tengo que cambiar todo el puto operativo, Amaia. ¿Estás segura de eso?

—Sí, Mendoza, está bastante jodido. Hay que ir rápido, hay que cogerle. Podría morir.

—Reúne a tu equipo. Organizo con los geos el asalto y te llamo en cinco minutos para vernos en la zona.

—Comisario, irá solamente mi equipo, no puedo faltar al entierro de mi padre. Si falto a su funeral es capaz de volver a matarme cuando nos veamos en la otra vida.

CAPÍTULO 34

El equipo táctico de los geos se ha desplegado por la calle del Padre Damián. El comisario, desde una furgoneta de reparto camuflada, da las órdenes para que esperen a que la agente Rocío Contreras dé el aviso para entrar. Por orden de Amaia, es Rocío la que entrará primero en *El brasas*, su cara angelical y la confianza que da al verla, hará que Suárez no se alarme. La agente va armada y con un micrófono oculto. Pedro y Martín están en el interior de un vehículo, cerca del bar.

Cuando la agente Contreras entra en el local ve la masacre. Ibrahim, el dueño, está tirado en el suelo repleto de sangre. Otro hombre, uno que no conoce, está cerca de la barra, con todo el cuello ensangrentado. Y Suárez está herido de gravedad en un rincón sentado y apoyado contra la pared mientras bebe de una botella de vodka, que es la más cercana que ha encontrado.

—¡Suárez! —añade ella al verle, y cuando se agacha le ayuda a taponar la herida.

—Me han jodido bien, Rocío. Tengo un disparo en el pecho, creo que no ha dado en ninguna arteria.

—Pero, ¿qué ha pasado, Suárez?

—Un operativo que ha salido como el culo, joder.

Suárez se queda callado, con la mirada perdida. Está en completo silencio, observa a la agente Contreras, una mirada que, solo ella definiría como oscura y peligrosa. El resto del mundo pensarían que está loco. Pero, lo cierto es que el inspector está pensando algo que no le cuadra demasiado.

—Oye, bonita. Hace frío pero no tanto, ¿no crees? ¿Piensas que no puedo reconocer a alguien con un micro oculto? ¿Qué cojones está ocurriendo aquí, novata?

En el exterior, el ambiente también comienza a caldearse.

—Comisario, el asunto se está poniendo feo —le dice Osorio po radio—. Hay que entrar.

—Espera, joder.

—¿A qué?

—Quiero que le saque información.

—Amaia ya hubiera entrado, comisario.

—La inspectora Garmendia no está ahora aquí, y el operativo es mío y se hace lo que yo digo. Deja de una puta vez libre la transmisora Osorio.

—No llevo ningún micro. Solo he venido a ayudarte. ¿Qué has hecho, Suárez?

—No quieras ablandarme, novata, ya sé de qué van estos jueguecitos. Quizá con *la vasca* sí podrías, conmigo te aseguro que no.

—No hay ningún operativo, ¿verdad? La situación se te ha ido de las manos. ¿Qué le hiciste al padre de Amaia?

Suárez comienza a reír. Incluso pone cara de loco, la de alguien que podría estar encerrado en un psiquiátrico.

—¿Te hace gracia? —le dice Rocío.

—No tenéis ni puta idea de lo que va todo esto, ¿verdad? ¿Estás aquí por Andoni Garmendia? Estáis todos como una puta cabra. ¿¡Me oís!? Eh, vosotros, los que estáis al otro lado del micro, ¿me oís? ¡Estáis como un puto cencerro!

—¿Qué has hecho, Suárez?

—Dame tu arma, novata. No vale la pena seguir con esto.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Tú qué crees? Pegarme un tiro. Ya no vale la pena seguir con esto. Dame tu puta arma, la que está ahí ya no tiene munición.

—Por los pasillos decían que eras un buen policía, de los mejores…

—Vas a hacer que me ponga a llorar —le interrumpe—. Dame e arma y sal de aquí.

—¿Mataste tú al padre de Amaia?

Suárez se aprieta la herida. Siente dolor. Está mareado y siente que tiene fiebre. Piensa en una posible infección.

—No voy a aguantar mucho más, Rocío.

—¿Fuiste tú?

—¿Quién te iba a decir a ti al salir de la academia que estarías en una situación así? Creo que si te lo llegan a decir no te lo hubieras creído. ¿Qué se siente cuando estás delante de alguien que se esta desangrando?

—Suárez, te queda poco, joder. Dime de una puta vez si fuiste tú.

—Comisario, hay que entrar —le indica el subinspector Sierra—. No podemos dejar que se muera.

Faustino Mendoza es un hombre con una larga experiencia en e cuerpo de policía. Ha estado en redadas de todo tipo, en persecuciones, en casos realmente escabrosos, pero nunca se había enfrentado a una corrupción policial de estas características. Un inspector de policía orquestando el asesinato del padre de una compañera. Respira hondo, coge la radio para hablar a los geos y dice:

—Entrad y detenedlo.

El equipo de asalto accede al bar con los fusiles en mano y detienen a Suárez. Cubren el local de forma milimétrica desplegándose de dos en dos y se cercioran que tanto Ibrahim como Bernardo están muertos. Una ambulancia asiste a Suárez en el exterior, y es e comisario quien le lee los derechos mientras le toman las pulsaciones en la camilla.

—Recupérate, querido Suárez —le dice Mendoza—. Cuando estés listo te sentarás en la sala de interrogatorios.

CAPÍTULO 35

Amaia acaba de dejar a su madre en el coche. La inspectora arranca y se para en un área de servicio. Se pone a llorar. Le han dicho mi veces que llorar, al igual que reír, es bueno, que ayuda a uno a sentirse mejor. Pero ella no se siente mejor, está rabiosa, algo le quema po dentro. Le viene a la cabeza Suárez, no se lo quita de sus pensamientos. Tampoco está segura de que haya sido él, siempre hay que tener la presunción de inocencia hacia una persona. Por eso, coge su teléfono móvil y hace una llamada:

—Pedro, ¿cómo ha ido el operativo?

—Podría haber sido un desastre. Suárez se estaba desangrando, y ninguno lo sabíamos, pero el comisario había dado orden a la novata para que le sonsacara cualquier información valiosa.

—¿Cómo está Rocío?

—La chica está bien, es fuerte. A veces no vienen nada mal estos chutes de adrenalina.

—¿Es él? ¿Ordenó Suárez la muerte de mi padre?

—No está claro. Pero posiblemente sí, aunque el comisario piensa que hay algo más detrás de todo esto. Por cierto, ¿qué tal en e cementerio? Es una pregunta absurda pero…

—Ya está, mi padre ya descansa en paz. ¿Dónde está Suárez?

—Se lo han llevado al hospital, creo que al Universitario. Pero, si te soy sincero, el comisario está echando chispas, quiere tener resultados inmediatos de la prostituta sin cabeza.

—Que se la meta en el culo. Escucha, Pedro, habla con Martín y Rocío, os veo en la sala de reuniones dentro de una hora y media.

—Vale, jefa. Hecho.

Amaia cuelga la llamada y escribe un mensaje:

«Hola»

Amaia sabe que volver a esperar un mensaje que quizá tarde horas en llegar sería perder el tiempo, por eso decide arrancar el vehículo pero, antes de poner la primera marcha le ha llegado la respuesta:

«Siento el mensaje de ayer»

La inspectora, después de varios días, sonríe.

«No te preocupes, lo entiendo. ¿Nos vemos esta noche?»

«Vale, a las nueve voy para tu casa»

«Bien. Un beso»

«Otro para ti, Amaia»

Ahora sí, *la vasca* pone primera y acelera. Hace una llamada a un contacto suyo para asegurarse que Suárez está en el Hospital Universitario, le dicen que sí, incluso le indican la habitación en la que está. Lo han operado y extraído la bala, no está grave, pero tiene que guardar reposo. Amaia solo quiere llegar al hospital para que comience la caza del hombre responsable de la muerte de su padre.

CAPÍTULO 36

Alejandro ha dejado el coche en la explanada, la que hay junto a la zona de pícnic. A su lado está Silvia, su novia, una bella joven de diecinueve años, cabello ondulado claro y ojos verdosos. Está nerviosa lleva toda la semana diciéndoselo a Alex, como ella le llama, y él la ha estado tranquilizando. Hoy ha sido el día elegido para hacerlo por primera vez. Ella no lo ha hecho nunca con un chico, pero sí se metió una vez los dedos en una fiesta del pueblo de sus padres. Al final le gustó, eso no se lo discutió a nadie, pero le dolió un poco, y le preocupa que con su novio le duela todavía más.

—¿Estás nerviosa?

—Ya sabes que sí. Me da miedo que me duela.

—No te preocupes. Ya verás como no te duele, y si no quieres seguir puedes decirme que pare.

Se abren unos botellines y beben mientras charlan. Alex se lía un porro con marihuana y se lo fuman lentamente. Silvia ya está algo mareada, por eso, se lanza hacia Alex y comienza a besarle. Le mordisquea la oreja y él se excita todavía más. Los besos siguen.

—Me encanta como besas —le dice él.

Ella continúa, roza sus labios con los de su chico. La primera vez que le dio un beso a uno fue en el colegio, a Ricardo, el guapo de la clase. Se vieron en los baños de la primera planta y ahí se besaron. Él se sacó el miembro y le pidió que se lo chupase, ella no quiso y él no la forzó, pero lo que sí hizo fue hacerse una paja y obligarle a ella a mirar. Muchos besos después y también algunos años, Silvia está ahí en ese viejo coche, besando al único chico al que ha querido quizá de verdad. Alex es guapo, alto y listo, y a ella le hace mucho reír.

—Te deseo mucho, Silvia —le susurra.

Alex coge la mano de su novia y la dirige lentamente hacia la bragueta de su pantalón, ella la nota dura y se ruboriza. Le desabrocha el pantalón y se los baja.

—Te va a explotar el calzoncillo, Alex.

—Lo sé.

—Y está muy mojado.

Ella le saca el miembro y se lo mete en la boca. Lo vio en una película para adultos que estuvo viendo a escondidas en su casa Alejandro está disfrutando, tiene la cabeza hacia atrás, apoyada en el respaldo, tienes los ojos cerrados y está gimiendo. Silvia le está dando mucho placer, incluso siente que puede llegar a correrse antes de tiempo, pero, un fuerte impacto los alerta. Un estremecedor ruido contra los cristales del vehículo les impide seguir con el placer. Silvia se asusta y se protege junto a Alex, lo abraza y se acurruca junto a él Miran el cristal y ven que alguien ha dejado una marca de sangre con forma de mano, o al menos lo que parece ser sangre.

—¿Qué ocurre, Alex?

—No lo sé. Tranquila, saldré a mirar.

—No, puede haber alguien.

—¿Ves eso? Es sangre, hay alguien herido ahí afuera. Espérate aquí no tardaré.

Alejandro abre, muy lentamente, la puerta trasera del coche, mira hacia afuera y ve un pequeño charco de sangre que se mezcla con la tierra. Abre algo más la puerta y ve un cuerpo ensangrentado.

—¡Joder! —grita él.

—¿Qué pasa?

—Coge tu teléfono y llama a la policía y a una ambulancia. Que vengan rápido.

—¿Qué hay? —pregunta ella, asustada.

—Es una niña, joder, está llena de sangre.

Alejandro se agacha junto a la chiquilla, la intenta cobijar entre sus brazos. Le toca la espalda, hay mucha sangre, pero respira, está viva

a pesar de que su respiración es muy lenta. El chico ve un surco en la tierra e imagina que la niña ha llegado hasta ahí como ha podido arrastrándose, y que ha golpeado el cristal seguramente con un esfuerzo sobrehumano.

—Pequeña, no te preocupes, te pondrás bien. Ahora vendrá una ambulancia. ¿Cómo te llamas?

La niña intenta hablar, pero se le oye muy bajito. Alejandro aproxima su oído para escuchar lo que ella dice.

—Julia —le susurra—. Mi nombre es Julia.

CUARTA PARTE

"Él solo desea verme sufrir de una manera inimaginable".
Hannibal Lecter (Hannibal).

Provincia de Jaén.

Andoni está jugando a las canicas. Está solo, los demás niños no han querido ir a jugar. Dicen que en su casa huele mal, como si hubiera algo podrido.

—¿Y tus amigos? —le pregunta el hombre.

—No han venido. Dicen que aquí está la peste.

—¿La peste? Ellos son la peste. Tu tranquilo, hijo. Juega solo, así ganarás siempre.

El hombre le llama hijo, pero él no es su padre. Quizá es una forma de llamarlo con un mote cariñoso, tal vez. Dos años antes encontró al niño tirado en la tierra de aquel campo. Su madre había muerto en la granja, se la habían comido los cerdos y las gallinas. El hombre tuvo que matar a Simón, a su propio hermano, sangre de su sangre. Fue con dos amigos hasta la granja, mataron a los guardias y a Simón. Le dolió, y mucho. Estuvo dos días llorando y recordándolo, al tercero ya se olvidó él.

Cuando eran pequeños, Simón mostraba una actitud muy extraña. Se comportaba de una forma muy diferente a la de los niños de la zona. Sus padres siempre habían trabajado en el campo, las manos sucias y llenas de callos así lo demostraban. Un día, su madre salió al patio trasero y vio a Simón destripando a un gato, lo había rajado con una piedra afilada y se estaba comiendo los intestinos. Su boca estaba llena de sangre y de trozos de carne. La madre, aterrorizada por completo, cogió a su hijo y lo metió en casa. Lo puso bajo la ducha y abrió el grifo de agua caliente para quitarle los demonios. Cuando Baltasar entró por la puerta, su mujer se lo explicó todo. El padre le dio una paliza al niño y le dijo que eso no se podía hacer. Que si comía gatos cogería alguna enfermedad.

—Tendrías que aprender de tu hermano —le dijo Baltasar—. Rufino es un buen niño, tú eres una bestia.

Con el tiempo todo empeoró. Simón se puso mucho más agresivo. Se escapaba por las noches de su habitación para cazar gatos y perros se los comía. También había matado alguna vaca del ganado para morder su piel, intentaba masticarla, pero era algo más dura. Sus padres lo ataron a la cama con unas cadenas y cerraron la habitación con llave. Una noche consiguió escaparse, lo que hizo fue morderse las manos hasta que arrancó tanta piel que pudo quitar el grillete. Saltó por la ventana y se dirigió al pueblo donde mató a una mujer que había visto en la calle, y, mientras arrancaba trozos de piel para comérselos, su hermano Rufino, que lo había seguido hasta allí, lo empujó.

—¿Qué haces, Simón?

—Tengo hambre.

—Eres una bestia, un demonio. No puedes comer personas.

—¿Por qué?

—Está mal.

—Padre y madre comen pollo y pescado, ¿eso está bien?

—Lo que no está bien es comer gatos o perros, Simón, tampoco carne humana. Has matado a esta mujer.

—Tengo hambre, Rufino, ya lo sabes.

Rufino le dijo a su hermano que si volvía a casa sus padres ya no sabrían qué hacer con él, y que quizá podrían llegar a tomar una decisión extrema ante lo que estaba aconteciendo.

—¿Y qué puedo hacer? —le preguntó Simón.

—Corre hacia el monte. Desaparece. Padre y madre no te quieren ver, y yo te tengo miedo.

—¿Por qué?

—Me da miedo que quieras comerme.

—Nunca me comería a mi hermano.

—Simón, corre lejos. Hazme caso y márchate. Desaparece. S descubren que has matado a esta mujer te fusilarán.

Simón corrió todo lo que pudo y desapareció para siempre. Con e tiempo, era Rufino quien cuidaba de su hermano. Sabía en qué luga estaba y muchas veces, a escondidas de sus padres, iba a verle. Simón había encontrado la granja de una mujer ermitaña que decía que no había visto a un ser humano en años, la asesinó a palazos. Simón descubrió que los cerdos que había allí se volvían locos con el olor a muerto y a sangre, las gallinas también parecían ponerse agresivas Cortó a la mujer en trozos y fue dándoles de comer. Ahí se dio cuenta que no era el único al que le gustaba ese tipo de carne. Supo que también los tenía que alimentar así, no quería ser avaricioso, compartía con los animales de la granja lo que para él también eran manjares.

Rufino amaba a su hermano, lo quería con locura, era sangre de su sangre. Le dijo que jamás nadie podía saber de su ubicación en esa granja. Se borró todo rastro del camino que llevaba hasta ahí y se quitaron los carteles. Aquella finca quedó escondida, en el olvido, para que nadie supiera lo que ocurría allí: que Simón, un niño que evidentemente fue creciendo, se alimentaba de personas, eso ya tenía un nombre, su hermano le decía que era canibalismo. Y, un día, Rufino le dijo una frase que le tenía que quedar marcada para siempre:

—Si alguien descubre que estás aquí, créeme, hermano, tendré que matarte. Nadie puede saber lo que haces. Nadie ha de conocer tu existencia. Si alguien se enterase de esto atacarán a nuestra familia y a las próximas generaciones. Siempre estaremos marcados. Escucha bien lo que te digo, Simón, jamás pueden verte. Nuestra familia no puede quedar marcada por tus locuras.

Andoni lo había descubierto muchos años después de aquel prime bocado al gato, y Rufino no podía matar a un niño, él no es un asesino. Andoni había descubierto la granja, y no podía ir por ah sabiendo aquello. Rufino tuvo que elegir, mató a su hermano porque le hizo una advertencia que no cumplió. Lo tiró a los cerdos para que se lo comieran. Ahora, Rufino observa a ese niño como si fuera su propio

hijo. Lo ama, lo admira, lo quiere. Él siempre ha querido un hijo varón pero nunca lo tuvo. Su mujer murió de una gripe muy fuerte, le vino fiebre alta y falleció una tarde. Lo dejó solo con la niña, con la hija que ambos habían tenido durante su matrimonio. Pero, Andoni y su hermanastra fueron mucho más que hermanos y amigos. Cuando cumplieron los quince años se acostaron juntos y Rufino los pilló en la cama mientras mantenían sexo.

—Sois unos guarros —les dijo Rufino.

Estuvieron castigados durante un mes entero, trabajando en el campo. Un día, cuando Andoni creía que todo el mundo dormía, se despertó de madrugada y fue a la cocina a buscar agua, lo que vio en el salón lo dejó atormentado. El chaval quedó aterrorizado por lo que acababa de ver. Rufino, aquel hombre que lo había acogido como si fuera un hijo más, estaba comiéndose un zorro. El animal estaba despellejado, con las tripas y los órganos hacia afuera, el hombre se lo estaba comiendo todo. Con su boca llena de sangre se quedó atónito al ver a Andoni.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Vine a buscar agua. ¿Qué hace, padre? —Andoni se había acostumbrado a llamar padre a aquel hombre, realmente lo era para él, quizá lo sería hasta ese idea.

Andoni se marchó corriendo de aquella casa, ya nunca más miró hacia atrás. Se alejó tanto que llegó a un lugar que ni siquiera conocía. Era una ciudad, enorme. Había estado vagabundeando por bosques y calles, malviviendo, comiendo cualquier cosa y bebiendo hasta de los charcos. Dormía en la calle, y un día lo encontró un matrimonio sin hijos y decidieron adoptarlo. Don Ignacio Garmendia e Isabel tuvieron que hacer mucho papeleo, pero, al final lo consiguieron. Andoni no tenía ningún problema en llamar a ese hombre padre, la verdad es que lo era. Don Ignacio se portaba muy bien con él y el chaval era muy feliz. Un día lluvioso, cuando estaba cayendo una fuerte tormenta justo el día que Andoni había cumplido los diecinueve años, una bellísima joven se acercó a él y le tocó el hombro. Él se giró, se miraron, la reconoció al instante. Era ella: la hija de Rufino, su

hermanastra. Aquella preciosa con la que se había acostado a escondidas de todo el mundo.

—No me lo puedo creer, ¿eres tú? —preguntó él, sorprendido.

—Hola, Andoni. Llevo tiempo buscándote.

Tanto tiempo después, se besaron. Ahí, en mitad de la calle, con la lluvia mojándolos por completo. El tiempo pasó, los años avanzaban y ellos estaban enamorados como el primer día. Se casaron: Andoni y Natividad, la hija de Rufino, se dieron el sí en la iglesia. Pero, quizá el momento más feliz de todos fue cuando nació su primera y única hija. Amaia la llamaron.

CAPÍTULO 37

A la inspectora Amaia Garmendia le quedan unos cinco minutos para llegar al Hospital Universitario. Mientras conduce, piensa en Rebeca, la prostituta muerta sin cabeza. Se la imagina junto a la que ya se sabe que es su hermana: Esther Mateos. No sabe cómo encaja las piezas de todo el caso, por primera vez en mucho tiempo está perdida. Ni ella ni su equipo tienen absolutamente nada para dar caza al responsable. Ahora piensa en su cita de esta noche, tiene ganas, es otro día, cuando envió el mensaje y no obtuvo respuesta hasta último momento y además con aquella seriedad, se asustó. Pensó que perdería aquello por lo que tanto estaba arriesgando, y eso no podía permitirlo.

La vasca ya está en el hospital. Prepara un arma, no la reglamentaria, otra. La carga con las balas y respira hondo. Tiene que acabar con todo esto, ha de matar al responsable de la muerte de su padre: a Suárez. Baja del coche, camina decidida, ni siquiera se enciende un cigarrillo antes de entrar. No es momento para eso, tiene un objetivo, ha de cazar. Cruza la recepción y camina por el pasillo hasta el hall de ascensores, sube y pulsa el número cinco. Durante el trayecto se para tres veces: en una sube un matrimonio mayor, en otra parada se bajan y sube una niña con su madre, en otra sube un hombre en bata y una cicatriz enorme en el brazo. Después de desesperarse ha llegado. Busca la habitación y se dirige hacia allí. Hay un policía en la puerta, en posición vigilante. La inspectora le dice que se vaya a descansar, que ya se queda ella. Cuando el agente se marcha, ella respira hondo nuevamente mientras entra en la habitación, Suárez está despierto y tumbado en la cama. Los dos se miran, ella saca el arma y apunta a su cabeza. Vuelve a repetirse para sí misma que es la hora de cazar, es la hora de matar. Es *la vasca* y tiene que hacer justicia a su padre.

CAPÍTULO 38

—¿Qué estás mirando? —le pregunta el subinspector Sierra a Martín

—A ella. —Osorio señala con la cabeza a Rocío, que está a unos metros sentada en una de las mesas.

—No tienes posibilidades con ella, compañero, olvídate.

—¿Tú qué sabrás?

—Lo sé y punto.

—¿Qué te hace pensar eso, Pedro?

—Ella es más joven que tú. Mas lista, más fina, me refiero a su forma de hablar y de actuar, del cuerpo está claro que es muchísimo más fina…

—Deja de decir mierdas —le interrumpe—. Si yo quiero salir con ella podría cuando quisiera, ¿entiendes?

—¿En serio? Demuéstramelo.

—Da igual. Otro día, quizá.

—No tienes huevos, Martín. No tienes lo que hay que tener porque sabes que fracasarías en el intento.

—¿Qué no tengo huevos? Me cago en todo, madero. No pierdas detalle.

El subinspector Osorio se levanta de la silla y camina lentamente hacia la agente Contreras. Se queda a pocos centímetros de ella y le dice:

—Hola, Rocío.

Ella gira la cabeza y lo mira, extrañada.

—Si no me llamas novata algo está pasando aquí —le dice ella.

—Bueno, ya sabes que es el idiota de Pedro el que más te llama novata, yo suelo llamarte Rocío.

—Si tú lo dices… ¿puedo ayudarte en algo, Martín?

—Bueno, me preguntaba si… quizá… un día de estos, pues… si te apetecería ir a tomar algo conmigo o a cenar.

Pedro se está riendo y aguanta la carcajada como puede.

—Martín… verás, no hace mucho salí de una relación y no me veo ahora saliendo con nadie, la verdad. Espero que no te moleste, eres un gran compañero, eso es indiscutible, pero, no estoy para citas ni nada parecido.

—Ah, vale. No te preocupes, Rocío. Lo entiendo perfectamente.

Osorio se da la vuelta y se vuelve a dirigir hacia su sitio mientras ve como el subinspector Sierra se ríe sin parar.

—Te lo dije, Osorio.

—Cállate, Pedro. No me toques los huevos, anda.

—¿Sabéis algo de Amaia? —La pregunta la hace el comisario Mendoza cuando ha entrado en la sala.

—Ni idea —le responde Pedro—. La hemos llamado pero no coge el teléfono. En teoría hemos quedado en la sala de reuniones dentro de una hora más o menos. Me lo dijo antes en una llamada.

—¿Qué estará haciendo esta mujer? —se pregunta Mendoza—. Bien cuando habléis con ella le decís que venga a mi despacho.

Todos asienten, y Pedro hace el amago de realizar un corte de mangas, pero en el último momento se arrepiente.

—Si te llega a ver el comisario hacer eso te manda a tomar por culo —le dice Martín.

Un agente de uniforme entra en la sala, parece tener prisa. Se dirige a la gente Contreras, que es la que está más cerca de la puerta.

—Hay un aviso importante, ha llamado un hombre y dice que se ha encontrado la cabeza de una mujer dentro de una bolsa de plástico en un contenedor de basura.

—¿Tienes los datos del hombre que ha llamado? —le pregunta la agente.

—Sí, por supuesto.

—Bien —le dice Osorio—. ¿Dónde ha ocurrido?

—En Arganzuela, en la calle de Melilla. Va también una patrulla hacia allí.

—De puta madre —añade Pedro—. Vamos hacia allá, que alguien vaya llamando a Amaia y le informe de esto. Quizá sea la cabeza de la prostituta.

CAPÍTULO 39

Mientras Amaia apunta con la pistola hacia Suárez no le tiembla e pulso en absoluto. Está segura y confiada.

—Si me disparas no habrá vuelta atrás, te meterán en la cárcel y se te acabó el jugar a policía —le explica Suárez.

—¿Crees que no lo sé, pero, me importa una mierda. Respóndeme a una cosa, ¿por qué querías ver muerto a mi padre?

—A veces me asombras, Amaia… ¿cómo has conseguido llegar a esa conclusión?

—¿Te crees que me chupo el dedo? El agente que había en la puerta de la habitación no estaba autorizado por central. Voy a pegarte un tiro en la cabeza, al menos respóndeme y sé sincero de una puta vez.

—La verdad es que me alegré mucho que el comisario me pusiera a mando del caso del intento de asesinato de tu padre, si no hubiera sido así tendría que habérmelas ingeniado de otra manera… o yo que sé. El primero que fue no lo mató, eso es cierto. La enfermera entró en la habitación y se entrometió, el tipo se asustó y se fue. Después tuve que ir improvisando…

—¿Por qué? No creo que tú seas la cabeza pensante en todo este asunto, Suárez, hay alguien detrás que mueve los hilos, ¿quién quería ver muerto a mi padre?

—No tienes ni puta idea de lo que va todo esto, ¿verdad? Es demasiado complicado para alguien como tú, no podrías entenderlo.

—¿De qué mierda estás hablando?

—De lo que significa todo. Yo solo soy un peón, un mero espectador que hace pequeños trabajos para los que, como tú bien has dicho mueven los hilos. Esto te viene muy grande, Amaia. Hazme caso pégame un tiro y lárgate de aquí. O bien, puedes desaparecer antes de que las cosas se pongan peor.

—Sé muchas cosas, Suárez, hablé con Alfonso Vega, un detective privado, te suena, ¿verdad? Murió con la misma arma.

—Alfonso Vega se entrometió demasiado, lo querían ver muerto Cuando habló contigo estaba cavando su propia tumba. ¿Qué te explicó el detective?

—Me habló de la granja, de lo que mi padre descubrió allí. ¿Por que estás tú metido en esta mierda? ¿No te pagan suficiente?

—Déjate de mierdas, Amaia, pégame ya un tiro y lárgate de aquí.

Es en ese momento cuando la puerta de la habitación se abre Amaia se apresura a guardar su arma para que no la vean apuntando a Suárez. Entra una mujer, cabello ondulado y moreno. Es una enfermera que va con una carpeta en la mano y un bolígrafo.

—¿Cómo está el enfermo? —pregunta la mujer.

—Podría estar mejor —le responde Suárez.

—Sí, claro, por supuesto. Yo también, podría estar en una playa tomándome un helado… por cierto, ¿no había un agente en la puerta?

—Estoy yo ahora —añade Amaia—. Soy compañera de Suárez.

—Ah, perfecto. Tendrá que salir un momento, he de recoger unas muestras y hacer una cura de la herida.

—De acuerdo. Estaré fuera.

—Por mí te puedes ir a la calle y fumarte un cigarrillo —le ofrece Suárez—. Así puedes volver más relajada. Tienes cara de que lo necesitas.

—Luego volveré a hablar contigo, Suárez —le indica ella, mientras sale de la habitación sonriendo.

—Bueno, veamos esa herida —le dice la enfermera después de retirar el vendaje—, por lo que parece tiene muy buena pinta. No hay infección, eso es bueno.

—Mi madre siempre me decía que me recuperaba muy rápido de todo.

—Hay que escuchar a las madres, son sabias… por cierto, la verdad es que creo que estoy perdiendo el tiempo, qué manera más tonta de

alargar esto, ¿verdad?

La enfermera se mete la mano en el bolsillo y saca un cúter, mira a Suárez a los ojos y sin ni siquiera pestañear le raja el cuello. Le corta la yugular pasando por la arteria carótida y la cama se llena de sangre. El inspector se muere en apenas treinta segundos.

—Descansa, Suárez —añade la mujer mientras coloca una nueva manta encima del cuerpo—. Se te acabaron los problemas, querido.

La enfermera entra en el lavabo, se lava las manos y tira el cúter a la papelera. Se mira en el espejo y sonríe. Cuando sale se coloca bien la bata, y con la carpeta en la mano sale de la habitación.

—Ya está —le dice a Amaia, que está afuera apoyada en la pared—. La herida está bien, es un luchador, se pondrá como nuevo muy pronto. Ahora, si me disculpa, tengo más pacientes que atender.

La mujer se aleja por el pasillo, y mientras va caminando hacia el hall de ascensores y a la zona de escaleras, la inspectora entra en la habitación. Suárez está tapado con una manta hasta arriba, podría parecer un anciano refugiado del frío. Incluso parece dormido.

—Suárez —le dice ella—. Creo que hay que seguir con nuestra charla. Todavía nos quedan muchas cosas de las que hablar, ¿no crees?

El inspector no se mueve, es lógico, le han cortado la yugular. Si lo tocases ahora, seguro que comenzaría a estar ya algo frío.

—Suárez, joder, no te hagas el dormido. —Amaia lo zarandea un poco para despertarlo, pero al comprobar que no se mueve le retira la manta y ve toda la sangre y el corte en el cuello—. ¡Mierda!

La vasca sale corriendo de la habitación con su arma en la mano, le pide a todo el mundo que se aparte mientras corre hacia el hall, pero al llegar la supuesta enfermera ya no está. Baja corriendo por las escaleras hasta la planta baja y sale a la calle, no hay ni rastro de la mujer, es como si se hubiera esfumado. Amaia, furiosa, hace una llamada a su equipo para informarles de lo ocurrido.

—Ya de paso avisad también al comisario, de esta me suspenden seguro.

CAPÍTULO 40

Espinosa está junto al cadáver, examinándolo. Es una mujer de unos cuarenta años, enfermera del hospital. Ha sido estrangulada con una cuerda que la asesina ha dejado tirada dentro de la sala donde ha ocurrido todo.

—¿Algo más a parte de eso? —le pregunta Amaia.

—No, eso es todo. La agarró por detrás y la asfixió. Luego le quitó la bata y la identificación. Cuando llegue a comisaría te pasaré también el informe de Suárez.

—Gracias, Espinosa. Voy afuera, Mendoza acaba de llegar.

Faustino Mendoza, el comisario, no se ha esperado ni a llegar a comisaría para hablar con Amaia, le ha dicho que es una reunión de máxima urgencia. Le ha pedido que entre en un despacho del hospital que le han prestado y la ha hecho sentar en la silla.

—¿Me explicas el motivo por el cual mandaste a tomar un café a un agente al que yo había puesto ahí?

—Lo siento, Mendoza…

—Ni Mendoza ni hostias —le interrumpe—. Me llamas comisario, que siempre me cambias el nombre a tu gusto cuando te sale del coño. Escucha, Amaia, ¿me puedes dar una explicación?

—Vine a hablar con Suárez, le amenacé con una pistola. Le dije que si no me contaba todo lo que sabía lo mataría. Esa es la verdad.

—¿Amenazaste a un sospechoso detenido solo porque te salió de ahí? ¿Te das cuenta de lo que podría haber ocurrido?

—No pensaba matarlo, solo quería asustarlo.

—Mira, Amaia, te voy a decir dos cosas: la primera es que a Suárez no lo asusta ni Dios, y la segunda es que creo que sí pensabas matarlo. Te veo capaz de eso y más, seguro que le hubieras pegado un tiro con un arma que no es la reglamentaria, ¿me equivoco? Después

te hubieras marchado del hospital como si nada y le hubieras pagado dos mil pesetas a cualquier yonqui de la Cañada para que levantara una pista falsa, ¿voy bien? Son muchos años ya trabajando contigo.

—Solo puedo decir que lo siento.

—Yo también lo siento, Amaia, porque ahora no sabremos más acerca del asesinato de tu padre. Esa mujer que se ha hecho pasar por enfermera lo ha impedido. Eso es lo que has conseguido.

—¿Me va a suspender?

—Y una mierda. Hay por ahí un asesino que le ha cortado la cabeza a una prostituta y a un bebé, no loco te suspendo. Taparé esta mierda como siempre hago. Tienes suerte que la que entró a matar a Suárez llevaba puesto uniforme de enfermera, al agente que dejé en la puerta le hubiera ocurrido lo mismo. Escucha, ¿sabes lo de la cabeza en Arganzuela?

—Sí, me lo ha dicho Pedro.

—Bien, encárgate de eso. Están en la calle de Melilla, esperando a que el juez de la orden para poder llevarnos la cabeza. Ves allí y habla con el hombre que la ha encontrado. Quiero que peinéis toda la puta zona y que busquéis por las cámaras de seguridad, ¿te ha quedado claro?

—Sí, comisario.

Arganzuela es un distrito de Madrid, que comprende el territorio al este del río Manzanares e íntegramente del del perímetro de la M-30. Limita, al norte y noreste con los distritos de Centro y Retiro; al este y sureste con el de Puente de Vallecas; al sur con el de Usera y al oeste con los de La Latina, que es donde vive Amaia, y Carabanchel. La cabeza ha aparecido en un contenedor en la calle de Melilla con esquina del Paseo de las Acacias. El equipo de Amaia está en la acera esperándola, y hablando con varios testigos. Cuando ven llegar a la inspectora, Rocío es la primera que se preocupa por ella.

—Nos hemos enterado de lo de Suárez, ¿cómo estás?

—Mejor que él. La verdad es que me he librado de una buena Mendoza tapará esta mierda.

—Bienvenida al club, jefa —le dice Sierra.

—Tus mierdas son peores que las mías, Pedro.

—¿Más que querer matar a un poli? —le dice ahora Osorio.

—No pensaba matarlo, Martín.

—Sí, claro, lo que tú digas, jefa —le dice, sonriente.

—Bueno, dejaos de gilipolleces, ponedme al día.

—El que está allí se llama Enrique. —Rocío señala hacia un hombre que está apoyado en una farola, hablando con los servicios de emergencia—. Está un poco alterado, él fue quien encontró la cabeza. Bajó a tirar la basura y al echarla dentro vio una bolsa que parecía tener sangre, la abrió y encontró la cabeza.

La inspectora camina hacia el contenedor, allí está Molero, de la científica.

—Hola, Molero, ¿qué tienes?

—Tengo un marrón bien grande, Amaia. Ya podría haber venido Espinosa.

—Está en el hospital, ocupado con otro asunto.

—Me he enterado, se han cargado a Suárez, ¿no?

—Sí.

—Bueno… pues aquí ya ves, una cabeza, es de mujer, quizá de algo menos de treinta años. Pero, hay un problema.

—¿Qué problema?

—Míralo tú misma. —Molero abre la bolsa de plástico en la que está la cabeza, y Amaia se horroriza al ver lo que el forense le está mostrando.

—Joder, casi todo es hueso. Se ve la calavera.

—Exacto. Le han quitado casi toda la piel. Igual que a la cabeza de bebé, ¿verdad?

—Sí, también le faltaba algo. ¿Habéis registrado el contenedor?

—Así es, pero no hemos encontrado nada más.

—Gracias, Molero.

Amaia se enciende un cigarrillo y observa a su alrededor. Hay varios locales que pueden tener cámaras de seguridad enfocando hacia el exterior.

—Rocío, quiero que te ocupes de comprobar las cámaras de la zona quiero saber si el que tiró la cabeza a la basura fue grabado.

—Vale, jefa.

En ese momento suena el teléfono de Amaia, el villancico del que todos se quejan vuelve a sonar en mitad de la calle Melilla.

—De verdad, Amaia, quítate esa canción, joder.

—No me toques el coño, Pedro. Dejadme en paz. ¿Quién es?

La llamada dura unos dos minutos, y la inspectora le ha tenido que pedir al subinspector Sierra un boli y un papel para apuntar.

—Bien, gracias. —Amaia cuelga la llamada y se dirige hacia los subinspectores—. Al fin tenemos algo, ya sabemos quién es la madre de Esther Mateos y Rebeca.

CAPÍTULO 41

Joaquín cuelga el teléfono, la llamada ha terminado y se ha quedado blanco. El hombre le ha dicho que al día siguiente, a las nueve, han de dejar los veinte millones en las escaleras del Palacio de Cristal en el Retiro, pero, ¿de dónde sacar tal cantidad de dinero? Los bancos no les ayudan, y ellos no tienen ni siquiera un cuarto de toda esa cantidad. Se lo explica a Beatriz, su mujer, y los dos lloran desconsoladamente. Lo que Joaquín no sabe es que su esposa oculta algo, un detalle que Suárez sí conocía, y es que la madre de Julia puede disponer en cuestión de pocos minutos de ese dinero sin ningún tipo de problema.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunta a ella.

Ahora, Beatriz se encuentra en una complicada decisión, por un lado, si le dice a su marido que puede tener el dinero su matrimonio se acabará, él le cuestionará muchísimas cosas, pero si no dice nada posiblemente su hija morirá. De todas formas sabe que su hija es lo primero. Es la única prioridad.

—Quédate aquí, Joaquín, ahora vuelvo. Ni se te ocurra seguirme. Tengo una idea.

Beatriz se ha puesto el abrigo, ha cogido el bolso y ha salido del piso sin decir adiós. Joaquín la mira estupefacto sin entender qué es lo que está ocurriendo. Él la llama al móvil pero no se lo coge. Ha bajado hasta la calle pero ha visto como su mujer ha cogido el coche y ha girado en la primera calle a la derecha. Vuelve a llamarla pero sigue sin haber respuesta.

Beatriz ha conducido el vehículo durante veinticuatro minutos desde el barrio de Arapiles hasta la calle Villaverde en el municipio de Alcorcón. Allí hay una sucursal bancaria en la que nunca ha estado

Hace ya tiempo, le dijeron que el dinero se lo irían dejando en una caja de seguridad, la 131. Lo único que tenía que hacer cuando lo necesitase era entrar y hablar con el director de la sucursal e identificarse como Lourdes García, y absolutamente nada más. La llevaría hasta la zona de cajas de seguridad y allí tendría que utilizar la llave que le dieron en su momento en un sobre, en aquel momento en el que contactaron con ella por primera vez. Dentro de la caja estaría todo el dinero y podría sacarlo todo o por partes. Ella decidía.

Cuando Beatriz entra en la oficina pregunta por el director, le dicen que el señor Matías está reunido pero que puede esperarse en una de las sillas que hay en la recepción. Pasados unos quince minutos, el director se acerca a ella y se presenta. Le dice que se alegra de verla que nunca ha tenido el gusto.

—¿Qué puedo entonces hacer por usted, señora García?

—Me gustaría abrir mi caja de seguridad.

—¿Trae usted la llave?

—Por supuesto, aquí la tengo.

—Bien, acompáñeme, por favor.

Los dos caminan por el pasillo y cruzan una puerta que se abre con un código numérico, Beatriz está nerviosa, pero intenta aparentar que no lo está. Matías, el director de la sucursal, abre ahora una puerta robusta a la que se accede a la zona de cajas de seguridad. Numeradas todas desde la número uno hasta la 399.

—Ahí la tiene, señora García, la 131.

—Gracias.

Cuando Beatriz abre la caja de seguridad con la llave, lo primero que se le ocurre pedir es una bolsa para llevarse el dinero.

—Pensé que vendría usted preparada, señora.

Beatriz no está nada preparada para todo esto. Se acaba de presentar en una sucursal bancaria y pide una bolsa para guardar veinte millones de pesetas.

—Creo que no, lo siento. Se me olvidó traer algo más adecuado.

—No se preocupe. Le haremos entrega de un maletín. Un obsequio por parte nuestra.

Cuando Matías ha dejado sobre la mesa un maletín de cuero negro la mujer introduce los fajos de billetes uno a uno sin perder la cuenta de lo que lleva. Y cuando ya ha guardado los veinte millones exactos cierra el maletín y sonríe al director de la sucursal.

—Eso es todo.

—Muy bien, señora García.

Beatriz camina con nerviosismo hasta que sale de la sucursal. Se ha despedido cordialmente del director y han acordado almorzar en otro momento. Ella le ha sonreído y la dicho a todo que sí, pero ni sabe cómo va a acabar todo. Lleva ahora un maletín de cuero en las manos en su interior hay veinte millones de pesetas, lo único que necesita para poder liberar a su hija Julia.

CAPÍTULO 42

La agente Rocío Contreras se ha recorrido casi todos los negocios de la calle de Melilla, y con ninguno de los que tenían cámaras ha podido ver quién tiraba la cabeza en el contenedor. Entra ahora en un bar de paquistaníes, se sienta en la barra y pregunta por el dueño después de enseñar la placa.

—¡Amir! —grita el de la barra—. Preguntan por ti.

Un hombre con un trapo entre las manos sale de la cocina y se dirige hacia la agente:

—¿Qué ocurre, amiga?

—Soy de la policía, brigada de homicidios. Quería saber sobre la cámara que tienes ahí fuera. La que enfoca a la calle.

—No enfoca calle, amiga, la cámara solo a terraza.

—No acabo de salir de la academia, Amir, esa cámara coge algo más que tu terraza. Déjame ver la grabación o te mando a los geos para que te registren hasta la freidora.

—Hamza. —El dueño del bar se dirige hacia uno de los camareros que hay en la barra—. Prepara la grabación de las cámaras.

—Gracias —le indica Rocío.

La sala en la que está el televisor y el grabador de las cámaras huele a pollo frito. El suelo está aceitoso y hay, junto a unos archivadores, una bandeja con patatas fritas con aspecto reseco.

—¿Qué quiere ver? —le pregunta Amir a la agente.

Rocío sabe que el margen ha de ser de unas veinticuatro horas desde la anterior recogida de basuras hasta la siguiente.

—Comienza desde ayer a las dos de la madrugada, más o menos.

La grabación comienza y Hamza va tirando hacia adelante. La imagen es bastante buena, es de las mejores que Rocío ha visto

durante todo el rato que ha estado visualizando imágenes en locales.

—Para ahí —ordena ella.

El paquistaní obedece y detiene la grabación. En la imagen se ve un coche, un Opel Astra color plata parando junto al contenedor. De vehículo se baja un hombre que viste con un abrigo negro y un gorro de lana, también parece que lleva guantes. No se le ve la cara además, el muy cabrón ha conseguido aparecer sin que se le vea la matrícula. El del abrigo saca una bolsa de plástico del maletero, justo la misma en la que estaba la cabeza, y la lanza al interior de contenedor.

—Mierda, no se ve la matrícula. Espera… tira un poco hacia atrás.

Hamza, mientras Amir está contemplando la escena, obedece nuevamente a la agente y tira la grabación hacia atrás hasta que elle le pide que se detenga. Rocío ve que el Opel se ha detenido segundos antes en un semáforo, al lado hay una marquesina de la parada de un autobús, como todo ha ocurrido de noche, al pisar el hombre el freno se ha iluminado la parte trasera del vehículo y se ha reflejado en el cristal de la parada. La agente Contreras muestra alegría, la matrícula se ve en el reflejo, anota los números en un trozo de papel y se marcha del local después de dar las gracias. Llama a central y pide que pasen por la base de datos la matrícula del Opel, y a los dos minutos le facilitan los datos: le dicen que el vehículo corresponde a un hombre llamado Beltrán Domínguez, tiene sesenta y cuatro años y vive solo en un piso en Tres Cantos, un pueblo de Madrid. Pero, hay un dato todavía más impactante respecto a eso, y la agente Contreras ha de llamar a Amaia inmediatamente.

—Dime, Rocío, ¿qué tienes? —le pregunta la inspectora nada más descolgar el teléfono.

—Jefa, tengo algo bueno. He conseguido averiguar quién dejó la cabeza en el contenedor. Encontré una grabación de un vehículo que paraba justo al lado, pertenece a un hombre que vive en Tres Cantos se llama Beltrán y, atenta a esto, trabaja desde hace treinta años en la misma fábrica: una que está en un polígono en San Sebastián de los Reyes, se dedican al plástico, principalmente a la resina con la que se hacen las muñecas.

CAPÍTULO 43

La residencia para la tercera edad está a las afueras de Madrid Amaia ha tenido que encender el GPS para poder llegar.

—¿Quién te ha dado la dirección? —le pregunta Martín.

—La verdad es que encontrar el dato ha costado tres pares de cojones, el padre de las hermanas es totalmente desconocido, por eso han tardado tanto. Pero de la madre ya tenemos todos los datos: se llama Virginia Utiel, lleva en la residencia unos ocho años. Hace poco hubo un altercado en la residencia, atacó a una de las enfermeras e intervino la policía, por eso han podido comprobar el ADN.

—¿Quién la metió aquí? —quiere saber el subinspector Sierra.

—Ni idea, Pedro, solo me han dicho que está aquí. Espero que nos aclare algo sobre Esther y Rebeca, tenemos que tirar de ese hilo como sea.

La inspectora ha dejado el coche en el aparcamiento de tierra. Es consciente de que se le han metido por las ruedas decenas de trocitos de gravilla y tierra que provocan un ruido estremecedor al coche.

—Puta mierda, tanto dinero en impuestos y no son capaces de asfaltar el puto parking —añade Amaia.

Los tres suben las escaleras que los conducirán hasta la entrada de la residencia. Es un edifico grande, de aspecto antiguo, todo de ladrillo pero da la sensación de estar reformado de hace poco. Cuando entran se paran junto a la recepción, donde una mujer con gafas de unos cincuenta años les da la bienvenida.

—Somos policías. —Amaia enseña la placa, Pedro y Martín hacen lo mismo—. Queremos hablar con Virginia Utiel, es un poco urgente.

—Sí, claro. Denme un momento, he de avisar a la directora.

La mujer hace una llamada que dura apenas un minuto.

—En seguida vendrá la directora. Esperen unos minutos, por favor.

Pedro echa un vistazo a su alrededor. Ve a gente mayor en silla de ruedas, otros con andadores, e incluso ha visto a un hombre vestido solo con un pañal removiendo con una cucharilla un vaso.

—Espero no acabar nunca en un sitio así. Si veis que llego a esto pegadme un tiro, os doy permiso.

—Opino igual —dice Martín.

—No os quejéis tanto, para eso hay que tener a alguien que os meta en una residencia — les dice Amaia—, de momento vais por el camino de que os encontrarán muertos en casa cuando llevéis fiambres varios meses.

—Joder, jefa, la verdad es que eres muy motivadora.

—Gracias, Martín, intento serlo.

Una mujer de aspecto adinerado y con un vestido negro y cabello de color caoba, camina por el pasillo en dirección a ellos.

—Hola —les dice ella—. ¿Me buscaban? Soy Amanda Aguilar, la directora del centro.

—Encantada, señora Aguilar, soy Amaia Garmendia. Somos de la brigada de homicidios de la Policía Nacional, queríamos ver a la señora Virginia Utiel.

—Claro, eso me ha dicho la compañera de recepción Acompáñenme, hay que subir hasta la tercera planta. ¿Puedo saber el motivo de la visita?

—No, no puede —le responde la inspectora—. Lo único que le diré es que es algo referente a su pasado, ya está.

Los cuatro caminan por el pasillo hasta el hall de ascensores. Martín se tapa la nariz, tiene la sensación de que cerca hay un olor muy fuerte, como a orina y a heces.

—No intenté disimular, agente —añade la directora—. Soy consciente de que hay zonas en las que huele muy mal, aquí hay gente mayor que no saben hacer sus necesidades donde han de hacerlas. Ya llegará usted a eso.

—O no —salta Osorio.

Entran en el ascensor y Amanda Aguilar pulsa el botón de la tercera planta. Cuando llegan hasta arriba caminan por un pasillo hasta que llegan a una habitación, la número treinta y siete. En la cama hay una mujer, está tapada con una manta hasta arriba. Tiene el cabello canoso y el rostro lleno de arrugas.

—Aquí la tienen, ella es Virginia Utiel. Pueden hablar perfectamente ella entiende todo y les responderá sin problema. Dentro de poco mes darán la comida, así que intenten no estar demasiado tiempo.

La directora del centro sale de la habitación dejando a la inspectora y a los subinspectores en el interior para que puedan hablar con la mujer.

—Hola, señora Utiel. Me llamo Amaia, soy policía.

—¿Amaia ha dicho?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada, es un nombre muy bonito.

—Gracias. Verá, ellos son el subinspector Martín Osorio y él es el subinspector Pedro Sierra, hemos venido hasta aquí para hablar con usted sobre sus hijas.

La mujer se queda en silencio, como si hubiera visto un fantasma. Se queda muda unos segundos, luego se pone a hablar:

—¿Qué les ocurre? Ya hace mucho tiempo que no sé de ellas. Podría decirse que desde que entré aquí.

—¿La metieron ellas aquí?

—Sí, imagino que era un estorbo, ¿no? Cuando comencé a mearme encima no tardaron ni dos días en traerme aquí. Lo pago gracias a mi pensión, si no fuera así no sé qué sería de mí. ¿Por qué han venido?

Martín y Pedro miran a su jefa, con la mirada le están diciendo que sea ella quien de las malas noticias. O buenas, quizá a la mujer le hace feliz saber que sus hijas han muerto asesinadas por un psicópata. Pero cuando le da la noticia no se lo toma demasiado bien.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible? Mis niñas…

—Lo sentimos mucho, señora Utiel. Pero, hasta hoy no la habíamos encontrado, no hemos podido avisarla antes.

—¿Cómo ha ocurrido? — les pregunta la mujer.

—No creo que los detalles importen…

—Han venido hasta aquí para darme esta noticia, haga el favor de responderme, ¿cómo ha ocurrido?

—Bueno… Esther estaba embarazada, le hicieron una cesárea y le sacaron el bebé, murió. Al bebé le cortaron la cabeza.

—¿Disculpe? ¿Le cortaron la cabeza a un bebé? ¿Qué depravado es capaz de hacer eso? ¿Y Rebeca?

—A Rebeca le cortaron la cabeza, pero le cosieron la cabeza del bebé de Esther.

Virginia Utiel, la madre de las hermanas, da la sensación que va a desmayarse, pero no lo hace. Coge una bolsa de tela y vomita dentro de ella.

—Disculpen, no… no puedo creer lo que me está diciendo.

—Veo que su hija Rebeca se llamaba así, ¿no? —quiere saber Pedro.

—Sí, ¿por qué lo dice?

—Rebeca hacía la calle, se prostituía —le explica el subinspector— No sabíamos si ese era realmente su nombre.

—Sí, a Esther le puse mi segundo apellido, y Rebeca lleva el mío Rebeca Utiel. Pensé que acabaría mis últimos días en esta residencia tranquila, sin ninguna alteración. Y ahora me encuentro con que mis dos hijas han muerto asesinadas, y mi nieto, al que ya les digo que jamás hubiera conocido, le han cortado la cabeza y se la han cosido a su, ¿tía? Sí, claro, digamos que Rebeca era su tía.

La inspectora prefiere omitir lo de la cabeza de muñeca que escondía a su nieto. Prefiere decirle que lo siente.

—Lo sentimos mucho, señora.

—Ahora que más da, todo eso ya ha pasado. Soy una vieja, nadie me quiere, todos morimos, todos envejecemos, todos seremos polvo algún día. Váyanse, por favor, no quiero seguir con esto.

—Solo queremos saber si sabe de alguien que quisiera hacerles daño a sus hijas. Cualquier cosa del pasado podría ayudarnos, señora

Utiel.

—No hay nada que recordar, inspectora. El pasado es el pasado.

—¿Y el padre? Por favor, respóndanos a esto, ¿quién es el padre de las chicas? Hay un asesino suelto y tenemos que dar con él.

—¿El padre? Mire, inspectora, será mejor que se vayan de aquí, es demasiada información para mí. Por favor, váyanse. ¡Váyanse! —les grita la mujer.

Los tres salen de la habitación y siguen a la directora del centro hasta la salida.

—La señora Utiel es algo especial, es una buena mujer pero a veces se altera demasiado, la medicación no les ayuda —les explica.

—Le hemos preguntado por el padre de sus hijas y se ha puesto como loca, no quería saber nada de ese tema —añade Amaia.

—Ella es muy reservada para esas cosas. No suelen gustarle demasiado las visitas. Solo parecía llevarse bien con aquella mujer, una que venía a verla.

—¿Quién? —quiere saber la inspectora—. ¿A quién se refiere?

—Ya hace tiempo que no viene, vino unas cuantas veces… no recuerdo el nombre, esperen, acompáñenme a recepción y les podré facilitar sus datos.

Los de la brigada de homicidios acompañan a Amanda Aguilar hasta la recepción. La mujer, que se ha puesto unas gafas, revisa unos archivadores.

—Tiene que estar aquí, por esta zona guardamos las hojas de visitas. En cuanto vea el nombre sabré quién es.

La directora continúa buscando entre decenas de nombres, fechas y firmas hasta que, al fin, da con el que le interesa.

—Aquí está: se llama Nuria Mansa, recuerdo ese apellido perfectamente.

—¿Nuria Mansa? —se pregunta la inspectora—. ¿Tienen cámaras de grabación?

—Sí, pero el disco duro las borra cada quince días, y Nuria Mansa ya hace mucho más que vino. No puedo ayudarles con eso.

—Gracias, señora Aguilar.

Amaia, Pedro y Martín bajan las escaleras y llegan al coche. Se encienden un cigarrillo antes de subirse en él. Rocío acaba de hacer una llamada a la inspectora informándole que ya sabe quién dejó la cabeza en el contenedor de basura. Lo ha podido identificar por la matrícula del coche de una grabación.

—Buen trabajo, Rocío, encárgate tú de lo de Tres Cantos, quiero a ese Beltrán Domínguez detenido y esperándome en comisaría. Nosotros salimos de la residencia, dejo a Martín en su coche y os veis allí. Pásame la dirección del piso de ese hombre por mensaje, no entres sola, espera a Osorio.

—Hecho, jefa.

Cuando Amaia cuelga la llamada tira el cigarrillo al suelo y lo pisa con las botas.

—Pedro, tú yo iremos a averiguar quién cojones es la tal Nuria Mansa. Creo que estamos cerca del final.

CAPÍTULO 44

Ya había amanecido, pero Beatriz aún no había tenido el valor de volver a casa. Lleva un maletín con veinte millones de pesetas. Lo único que se le ha ocurrido hacer es irse a un descampado y esperar a que pasasen las horas. Ella sabe que en algún momento tendrá que ir a su piso y tener que contarle a Joaquín la procedencia de ese dinero. Si a él le da por hablar, quizá ella tenga que ir a prisión por todo lo que ha estado haciendo, pero, por otro lado, podrá salvar la vida de su hija Julia. Nunca ha creído que los secuestradores fueran capaces de matarla, pero no quiere arriesgarse. Lo que ella todavía no sabe es que esos mismos responsables están muertos: Suárez, Tomás y Bernardo.

Cuando ha salido el sol, ha arrancado el coche y ha puesto rumbo a su domicilio. Durante todo el trayecto ha ido controlando que el maletín estaba a salvo en el asiento del copiloto. Al llegar a casa comprueba que todo está revuelto. Joaquín ha estado bebiendo, y lo sigue haciendo. Está sentado en el sofá con una copa de lo que parece whisky en la mano. No está demasiado borracho todavía.

—¿Dónde estabas? —le pregunta a su mujer—. ¿Qué llevas en esa maleta?

—Lo que salvará a nuestra hija: los veinte millones.

—¿Has estado toda la noche en el bingo?

—No, Joaquín. Aún queda un poco para las nueve, y me gustaría hablar contigo.

El hombre se levanta, le coge el maletín a Beatriz y lo abre encima de la mesa. Se queda perplejo al ver los fajos de billetes. Tanto los de cinco como los de diez mil.

—Lo decías de verdad… ¿de dónde has sacado esto?

—Creo que deberías volver a sentarte, Joaquín. Lo que te voy a explicar no te va a gustar.

CAPÍTULO 45

Beltrán Domínguez vive en Tres Cantos, cerca de la calle del Vado en la zona de pisos del Sector Embarcaciones. La agente Contreras ha dejado el coche cerca de la zona de más arboleda y ha salido de vehículo para observar la zona. Mira su reloj, está esperando a Martín pero se retrasa demasiado. Amaia le ha dicho que lo espere, pero no quiere que Beltrán pueda alertarse y escapar de la zona sin ser visto De todas maneras, piensa ella, puede parecer un control rutinario, no tiene porque alertarse el sospechoso. Quizá tenga una justificación más que clara por lo de la cabeza, quizá le robaron el coche y lo utilizaron para tirar la cabeza al contenedor. Pero demasiada coincidencias, el hombre trabaja en una fábrica que hace plástico para las típicas muñecas, el mismo plástico que fue utilizado en la cabeza del bebé cosido en Rebeca, la prostituta. Rocío hace una llamada a subinspector, salta el buzón de voz, quizá no tenga cobertura. No quiere molestar a Amaia, ella le ha dejado bien claro que no vaya sola que espere a Martín, pero la agente se está impacientando. Echa un vistazo a su pequeña libreta y comprueba de nuevo la dirección de Beltrán. Tiene el bloque a escasos metros, por acercarse no pierde nada. Y eso hace, camina por el césped hasta el portal y, cuando llega respira hondo y pulsa el botón del interfono, ahora sabe que ya no hay vuelta atrás.

—¿Quién es? —le responden.

—¿Beltrán Domínguez?

—Soy yo, ¿qué desea?

—Abra, por favor, soy de la policía.

La puerta se abre. El hombre ha pulsado el botón de abrir, no ha tenido ningún problema en ello, quizá sea inocente, piensa ella. Rocío sube por las escaleras, ha de subir hasta la sexta planta, no le cuesta

ella es joven y es fuerte. Cuando al fin ha llegado al rellano no ha de llamar al timbre, el señor Beltrán Domínguez le abre la puerta.

—Hola, soy Rocío Contreras. —Le enseña la placa—. ¿Puedo pasar? Solo quiero hacerle unas preguntas.

—Por supuesto, agente, adelante.

El piso de Beltrán está demasiado limpio. Huele a lejía y a amoníaco. La decoración es antigua: muebles de los años setenta, cortinas quizá más viejas aún, incluso la cocina presenta unos electrodomésticos extrañamente antiguos. Es como si el tiempo retrocediera en esa vivienda.

—Puede sentarse en el sofá, agente.

—Gracias, solo será un momento. Me gustaría saber si es su coche este de aquí. —Rocío ha sacado del bolsillo de la cazadora una fotografía impresa del Opel Astra color plata. También otra fotografía impresa en la que se ve el número de matrícula.

—Así es, es mi coche. ¿Lo han encontrado ya?

—¿Disculpe?

—Bueno, denuncié su desaparición hace ya varios días, imagino que ha venido usted para informarme de qué lo han localizado, ¿no es así?

—Bueno, la verdad es que no sabíamos que usted había denunciado la desaparición, ¿dónde interpuso la denuncia?

—En la policía local. Es la que tengo más cercana.

—Entiendo, quizá por eso no nos salió reflejada a nosotros. A veces el sistema va algo lento…

—Entonces, ¿lo han encontrado o no?

—Realmente no. Verá… su vehículo fue usado por alguien que cometió un delito, por eso he venido a hablar con usted.

—Vaya, son malas noticias. ¿Puedo saber qué delito es ese que se ha cometido con mi coche?

—Es secreto de sumario, señor Domínguez, espero que lo comprenda.

—Claro que lo comprendo.

—Por cierto, ¿trabaja usted en una fábrica de plásticos?

—Correcto, agente, veo que está usted muy bien informada sobre mí. Así es, estoy en una fábrica en San Sebastián de los Reyes Hacemos plásticos, resinas, de todo un poco.

—¿Y qué es lo que hacen allí? Si puede saberse, claro.

—Por supuesto que se puede —dice el hombre, sonriendo—. Sobre todo hacemos el material definitivo con el que se hacen los muñecos y las muñecas, ya sabe, esas que tanto le gustan a las niñas. Tenemos los moldes, los metemos en una máquina con la resina y se crea la forma de la muñeca.

—¿De la cabeza también?

—Por supuesto, de la cabeza también. Después mandamos todas las muñecas a las empresas que se encargaran de vestirlas y de ponerles sus adornos correspondientes… ya me entiende, agente.

—Perfectamente. Otra cosa más, señor Domínguez, ¿hay más empresas como en la que usted trabaja por Madrid?

—Creo que sí, pero en la que yo estoy es la más famosa.

—Bueno, creo que eso es todo. —Rocío se levanta del sofá, aún así sabe que en un rato quizá vuelva con Martín, o a lo mejor informa a Amaia de lo que ha hablado con el hombre y aborta la detención. Si es cierto que Beltrán denunció la desaparición del vehículo quizá no tenga nada que ver con el caso.

—Bien, pues gracias, agente. Le acompaño hasta la puerta.

Cuando Rocío está a punto de salir del comedor, se queda parada a ver una fotografía en la repisa que hay encima del mueble. La agente Contreras se queda paralizada, reconoce al hombre de la foto, es Beltrán Domínguez, con el que ha estado hablando, pero lo más desgarrador es cuando ve a la persona que está con él en la fotografía Rocío se ha quedado pálida, pero antes de que pueda reaccionar tiene una jeringuilla clavada en su cuello. Beltrán Domínguez acaba de inyectársela. La agente cae al suelo, inconsciente.

—Menos mal que no me ha pedido usted la denuncia del vehículo agente, hubiera tenido que inventarme una —le susurra él—. Ahora

descanse un rato, ya tendremos tiempo para charlar más tarde.

CAPÍTULO 46

El subinspector Osorio ha bajado a la calle después de estar durante un rato llamando al timbre de Beltrán Domínguez. Nadie le ha abierto y ningún vecino sabe decirle nada. Martín coge el teléfono y hace una llamada a la inspectora.

—Amaia, estoy llamando a Rocío y no me lo coge. Su coche está aquí, aparcado. Pero no la veo. Y el tal Beltrán Domínguez no abre, no hay nadie en el piso.

—¿El coche de Rocío está abierto? —le pregunta la inspectora.

—No. Pero he mirado por el cristal y no he visto nada raro.

—Joder. Vale, Martín, voy a probar yo de llamarla, sigue buscando por la zona y habla con los vecinos. Y localiza al Domínguez este, como sea, cojones.

Martín cuelga el teléfono y se dirige de nuevo al vehículo de la agente Contreras, con una ganzúa fuera la puerta y consigue abrirlo. Entra en el interior y revisa la guantera y los asientos, pero no encuentra nada que le indique el lugar donde pueda estar.

—Joder, Rocío, ¿dónde coño estás? —susurra.

Vuelve a probar a llamarla, pero no hay línea, y también llama al teléfono fijo de Beltrán, que es el único que han podido conseguir, pero nadie responde.

—Me cago en la puta… —vuelve a susurrar—. ¿Dónde te has metido novata?

CAPÍTULO 47

La última dirección conocida de Nuria Mansa es en la calle Serrano en el barrio de Recoletos en el distrito de Salamanca. Nuria vive en un bloque de cinco plantas, ella vive en el segundo tercera. No han encontrado muchos datos sobre la mujer en el registro. Amaia y Pedro han dejado el coche delante de un bar con las luces de la policía puestas.

—Ahí hay un bar. ¿Nos da tiempo a tomar algo, jefa?

—Deja de decir otra vez gilipolleces, Pedro. Espero que llegue el día que puedas centrarte de una vez.

—Entiendo con ese comentario que acabas de hacer que es un no ¿correcto?

—Entiendes bien… piensa por una vez en la Juanita, ella te quiere sereno, sin alcohol en el cuerpo.

—No jodas, Amaia, no me hables otra vez de esa, anda.

—Espero que algún día me invitéis a la boda.

—Hija de…

La inspectora fuerza el bombín del portal, al principio le cuesta un poco, pero al final abre y entran.

—¿Por qué no llamas al timbre? —le pregunta Sierra.

—¿En serio? Ya hace mucho que me conoces, no quiero que se alerte, o que pueda escaparse mientras vamos subiendo.

—Joder, ni que esa mujer fuera un narcotraficante.

—No, quizá no lo es, pero te recuerdo que la tal Nuria Mansa iba a ver a la madre de Esther y Rebeca a la residencia, a lo mejor sabe algo.

Suben hasta a la segunda planta por las escaleras y llaman a la puerta de Nuria. Han visto que en el buzón no hay ningún nombre.

—Parece que no hay nadie —comenta Pedro—. ¿No hay teléfono de esta mujer?

—No, no aparece ningún teléfono asociado a ella.

Amaia vuelve a probar y llama de nuevo al timbre, nadie abre. Pega la oreja a la puerta y llama con los nudillos.

—¿Nuria? ¿Está ahí?

La puerta de la vecina de enfrente se abre. Una mujer con rulos en la cabeza y bata casi transparente acaba de abrir.

—¿No ven que no hay nadie? Esto es un bloque tranquilo, dejen de molestar.

—Disculpe, señora. —Amaia le enseña su placa—. Somos policías queríamos hablar con su vecina de enfrente, con Nuria Mansa, ¿la conoce?

—Claro que la conozco. Pero viene muy poco, creo que ni siquiera duerme aquí. Por las noches hay mucho silencio, además, a veces he visto por la mirilla que salía a las ocho de la tarde o así y ya no volvía.

—A lo mejor trabaja de noche —añade el subinspector.

—¿Esa? Pero si esa no tiene ya edad de trabajar, además, con lo arregladita que va siempre no creo yo que tuviera un trabajo para estar de noche. Esa no ha salido de una oficina en la vida, pero lo que les diga, esa ya no tiene edad de trabajar. Yo sé reconocer a las que no han dado un palo al agua en la vida, y esa es una de ellas, se lo digo yo. Y yo no me suelo equivocar.

—Gracias, señora, espero que no le importe pero mi compañero y yo nos quedaremos un rato por aquí, quizá por una de esas casualidades aparece.

—Lo que quieran, pero no hagan ruido, aquí se descansa.

Amaia vuelve a hacer una llamada a Rocío, pero sigue sin haber línea.

—Joder, ¿dónde coño se habrá metido esta?

—¿La novata no responde?

—No, y no me gusta nada. Hazme un favor, llama a central y que te pasen de forma urgente todo lo que tengan sobre Beltrán Domínguez.

—Me pongo con ello.

Amaia hace una llamada a Martín mientras esperan en el rellano a que aparezca por una de esas casualidades Nuria Mansa.

—Hola, Martín, ¿has averiguado algo más?

—No, jefa. He entrado en el coche de Rocío, pero no he visto nada raro. Está todo bien, y eso no me gusta en absoluto.

—Joder, vale. Escucha, voy a llamar al comisario y le pediré una orden para entrar en el piso de Beltrán. Hay algo en todo esto que me huele muy mal.

—¿No puedo entrar a la fuerza? El comisario nos dará la orden, que mas da entrar antes en el piso.

— No, si no hay indicios de algún peligro no entres, el abogado que lleve Beltrán podría mandarnos a tomar por culo solo por eso.

—Está bien, Amaia. Llama al comisario, que te dé la orden lo antes posible.

La inspectora cuelga el teléfono y llama inmediatamente a comisario. Al segundo tono responde:

—Dime, Amaia.

—Mendoza, necesito urgente una orden para entrar en el piso de Beltrán Domínguez, es el sospechoso de haber tirado la cabeza en el contenedor.

—¿Estamos seguros ya que es de la prostituta?

—Espinosa todavía no me lo ha confirmado, pero imagino que sí.

—¿Y la agente Contreras? ¿Entró con Osorio?

—El problema es que Rocío no aparece por ninguna parte. Su coche está allí, aparcado. Pero ni rastro de ella, y Beltrán no está en casa según parece. Necesitamos esa orden y que envíe a varias patrullas a Tres Cantos, a la zona del Sector de Embarcaciones.

—Llamaré al juez, le diré que me la prepare lo antes posible.

—Gracias. —Amaia cuelga la llamada y mira a Pedro—. ¿Te han dicho algo de Beltrán?

—Sí, pero no demasiado. Está soltero, y casi jubilado. Trabaja en la fábrica de plástico, tal como dijo Rocío. La empresa está en un polígono en San Sebastián de los Reyes, según parece una de las cosas que hacen es crear el plástico de las muñecas con los moldes. Podría ser nuestro hombre, la verdad.

—Joder. ¿Crees que Rocío pudo llamar a su puerta y decírselo?

—Espero que no. No creo que a la novata se le ocurriese hacer eso.

—Rocío es una chica lista, pero muy impulsiva. Espero que Mendoza consiga esa orden lo antes posible.

—¿Qué crees que puede pasar si ha entrado en ese piso y la tiene el tal Beltrán?

—Pedro, si el tal Beltrán es nuestro hombre, te recuerdo que le ha cortado la cabeza a un bebé y se la ha cosido a una prostituta después de haber convertido la cabeza en una muñeca, si a Rocío le ha salido del coño entrar en ese piso, no puedo llegar a imaginarme qué le haría ese loco.

CAPÍTULO 48

Beatriz carraspea, no sabe cómo empezar a contarle a su esposo Joaquín todo lo que sabe. Ella le ha pedido que se siente en el sofá que lo que va a decirle quizá no le guste nada.

—Joder, Beatriz, tienes un maletín con veinte millones de pesetas ¿podrías decirme de una puta vez de dónde has sacado el dinero?

—Hace bastante tiempo, cuando salí a desayunar en el descanso en el hospital, me encontré en la cafetería a un hombre que me ofreció dinero a cambio de hacerle varios favores.

—¿Hablas de sexo?

—No, joder. Pero, créeme, ojalá fuera sexo, es todavía mucho peor creo. Verás… cuando alguien muere en el hospital, o si alguien muere en una ambulancia mientras es trasladado a urgencias, se deja los cadáveres en las neveras, en la planta de abajo. Se quedan ahí hasta que la policía se los lleve para la autopsia, o hasta que la familia reclama el cuerpo para el entierro. Hay cuerpos que incluso se quedan semanas porque nadie los reclama, pero esos son los menos, claro.

—¿Qué me estás queriendo decir, Beatriz? No te sigo.

—Ese hombre, el de la cafetería, me dio un teléfono de contacto, y que cada vez que necesitasen un cuerpo me llamaría.

—¿Un cuerpo? ¿Te refieres a un cadáver?

—Sí, a un cadáver. Yo cogería el cuerpo, lo sentaría en una silla o lo subiría a una camilla y lo bajaría hasta e, parking. Me indicaban un día y horas en concreto para bajar el cuerpo, a veces me pedían más de uno. Cada vez que lo hacía me dejaban dinero en una caja de seguridad en una sucursal bancaria. Cuando ese hombre me dio el teléfono también me entregó una llave, la de la caja 131, la que contenía todo el dinero que me iban dejando. Lo único en lo que pense

fue en el futuro de Julia, en nuestro futuro, Joaquín. El de nuestra familia.

—¿Por qué tú?

—Porque yo tengo acceso a la sala de neveras, yo soy la responsable del turno que se encarga de limpiar la sala.

—Joder, Beatriz, ¿en serio? ¿Acaso el hospital no se daba cuenta que faltaban cadáveres?

—Normalmente, si la víctima moría en la ambulancia, eran los operarios del vehículo los que firmaban el acta de defunción, yo falsificaba el informe antes de que llegase a los forenses. Y si algún paciente moría en alguna operación, o después de estar ingresado o por cualquier otra circunstancia, hacía lo mismo, falsificaba el informe y el resto era el hospital quien se encargaba de ocultar el resto.

—¿El hospital?

—Sí, Joaquín, el hospital también está metido. Hay mucha gente de muy arriba metida en todo eso.

—¿Para qué querían los cuerpos, Beatriz? ¿Para qué cojones se llevaban los cadáveres que dejabas en el parking?

La mujer no dice nada, pero sí se pone a llorar, parece muy arrepentida de todo lo que ha hecho, pero sabe que ha tenido que hacerlo por querer dar un buen futuro a su matrimonio y a su hija, y ahora lo está explicando todo por salvarla a ella, a la pequeña Julia.

—¡Contesta, joder! —grita él—. Respóndeme y dime qué es lo que hacían con los cuerpos.

—Joaquín… yo, lo siento, de verdad que lo siento mucho. Pero, se los comían, hay gente que se los comía. Para eso necesitaban los cuerpos.

CAPÍTULO 49

La orden para entrar en el piso de Beltrán Domínguez ya ha llegado El juez lo ha autorizado, el comisario ha ido rápido esta vez.

—Martín, ya está la orden. Espera a las unidades y entráis.

—Ya están aquí, Amaia, acaban de llegar. Vamos a entrar.

—Bien. Pedro y yo vamos ahora mismo hacia allí, quiero que lo registréis todo y hables con todo Dios, ¿estamos?

—Así será.

El subinspector Osorio da algunas indicaciones a los agentes que han llegado en diferentes patrullas y se dirigen hacia el piso de Beltrán. Fuerzan la puerta del portal y entran, suben las escaleras con una precisión milimétrica y se sitúan junto a la puerta de la vivienda Martín da una orden y dos agentes, con un ariete, abren.

—¡Policía! —gritan—. ¡Alto! ¡Policía!

Se despliegan por el piso pero no hay nadie. Está todo vacío Incluso, la fotografía que había en el mueble del comedor, la que Rocío había visto, ya ni siquiera está. Beltrán se la ha llevado. Lo último que quiere es alertar a los policías que quisieran entrar a registrar su vivienda.

—No hay nadie, subinspector —le indica un agente a Martín.

—De acuerdo. Acordonad la zona y que no salga nadie de este puto edificio. Quiero a todos los vecinos controlados.

Martín registra todo el piso con ayuda de varios agentes pero no encuentran nada, excepto en la papelera de cocina, que ha visto una jeringuilla con una dosis de Midazolam. Cuando *la vasca* llega al piso acompañada por el subinspector Sierra, Osorio les muestra el hallazgo.

—Llámame pesimista, Amaia, pero creo que ese cabrón quizá ha utilizado una dosis de anestésico. Espero que no la haya usado con Rocío.

—Métela en una bolsa y que se la lleve Espinosa cuando llegue —le ordena la inspectora.

—¿Crees que se la ha llevado? — quiere saber Pedro.

—No lo sé, pero si el coche de Rocío está abajo y ella no está es una mala señal.

—Muy mala diría yo —termina por decir Martín—. ¿Habéis averiguado algo de la tal Nuria Mansa?

—No, en su piso no está. Volveremos más tarde, hay que hablar con ella. Pedro, vuelve a llamar a Rocío, tú, Martín, también. Hay que seguir probando. No podemos tener a una de los nuestros desaparecida.

Los subinspectores continúan haciendo llamadas a la agente Contreras, pero no obtienen respuesta. Se ha esfumado por completo y Amaia se comienza a desesperar. Una de los miembros de su brigada ha desaparecido, y por nada del mundo puede consentirlo.

—Llamaré al comisario y que movilice a toda la puta ciudad, quiero una orden de arresto contra Beltrán Domínguez. Rocío tiene que aparecer lo antes posible.

—Disculpe, inspectora — le dice un agente al salir de una de las habitaciones—. Venga aquí un momento, por favor.

Amaia entra y ve lo que el agente quiere mostrarle. Debajo de un montón de ropa han encontrado un álbum de fotografías. En ellas sale Beltrán, al menos en casi todas, pero hay una que tiene la esquina doblada, quizá para marcar alguna en concreto que podía gustarle más que las otras. En ella está nuevamente Beltrán en un campo junto a un lago, lleva una caña de pescar y un pez en la otra. Debajo de esa fotografía, que es la que tiene la doblez, hay otra. En la que esta debajo también sale Beltrán, lleva un traje y está sonriente, pero Amaia se queda paralizada, como si hubiera visto un fantasma, quiza una escena aterradora que nadie debería ver. Al lado de Beltrán, con un vestido azul marino y un bolso marrón, está Natividad, su madre. El mundo de la inspectora, el que creía conocer como tal, se acaba de desmoronar como una torre de naipes.

—Pero… ¿cómo puede ser? — se pregunta *la vasca*—. Esa es m madre.

QUINTA PARTE

"Quid pro quo, Clarice".
Hannibal Lecter (El silencio de los corderos).

Natividad.

Natividad todavía sonríe cuando recuerda el cumpleaños de su hija Amaia. La fiesta había ido fenomenal, la niña había cumplido los trece años, y amigos del colegio y familiares habían asistido a la fiesta en la casa de los Garmendia.

De comer habían preparado varios platos para picar: queso, jamón ensaladilla, pinchos. Y de beber, pues lo que cada uno quisiera, la verdad es que había de todo.

Natividad llevaba algunos días encontrándose mal, en el cumpleaños ni se acordó de sus males, pero ahora que todo ya había pasado siente una sensación extraña, como si sintiera que le arde el pecho Piensa mucho en su padre, en Rufino, y también en su tío Simón Tiene la sensación de que ha pasado un siglo de todo aquello, tiene recuerdos, pero muy pocos. Lo único que sabe es por lo que le ha explicado su padre alguna vez. De vez en cuando, Andoni y ella hablan de aquello: de la granja, de los animales, de los cerdos, de lo que necesitaban comer su padre y su tío. Llegaron a la conclusión que quizá venía de herencia, al igual que el color de ojos o de cabello Natividad recuerda ahora cuando se comió un animal por primera vez fue un pájaro que su padre cazó con una red. Ella lo agarró con la mano y lo mordió. Su padre le preguntó:

—¿Está bueno?

Ella respondió que sí, incluso volvió a dar otro bocado y lo saboreó mientras la sangre le caía por la barbilla.

—Disfrútalo, hija. Es un manjar. Hoy en día hay que disfrutar de cada alimento.

Simón era un depravado, su hermano Rufino siempre lo había dicho una cosa era comerse a un animal o a una persona, y otra era disfruta de su muerte. Siempre le decía que la gente que no hacía canibalismo se comían pollo, conejos, ternera, o cerdos, pero eso no quería deci que se alegrasen cuando morían los animales. Por eso, Simón era

diferente. Él disfrutaba con la muerte. Se le dejó en la granja, perc nadie podía descubrirlo. Su propio hermano Rufino lo mató. Muerto e perro se acabó la rabia. A poco a poco, Rufino había idc experimentando la sensación de alimentarse, sobre todo, de carne humana, la deseaba con todas sus fuerzas, y a medida que pasaban los años tenía aún más necesidad de ello. Se estaba convirtiendo en Simón. Su hija Natividad salió al padre y a su tío, de pequeña ya mostraba las ganas de morder a animales, de abrirlos en canal y comerse las tripas. A medida que ella fue creciendo tenían que cazar no animales, sino personas. La carne humana es lo único que la saciaba, y parecía disfrutar de las muertes al igual que Simón. Durante mucho tiempo, cuando Natividad se había casado con Andoni, le había omitido esa sensación de querer comer carne cruda, y más sabiendo que a la madre de Andoni acabó así, comida por gallinas y cerdos. Natividad salía de noche, a escondidas, engañando a su marido inventándose historias solo para poder salir a buscar carne humana. Hubo un día en el que se dio cuenta que aquello no podía seguir así, la descubrirían, y no podía permitirlo.

Con el tiempo, Natividad descubrió que el negocio de la carne podía ser muy productivo. A escondidas de Andoni ideó un plan, una idea que comenzó siendo muy pequeña en comparación con lo que después de convertiría. La antropofagia comenzó a tener sentido en su vida. No solo a ella le gustaba comer carne de la misma especie, descubrió que a muchísima gente le gustaba practicar el canibalismo. Más de los que podía ella llegar a imaginar.

—Jamás volveremos a pasar hambre —decía siempre Natividad.

Ese desgarrador negocio comenzó a crecer, quizá demasiado, y muy rápido. Los clientes que querían comer carne humana aparecían como moscas en un día de calor, no solo para eso, también para alimentar a sus mascotas: como perros de caza agresivos, o negocios ilegales de peleas de perros en las que se lanzaban a personas para que los perros se los comieran, el can que primero se comiera a alguien ganaba. El negocio subió como la espuma. Natividad tuvo que buscar contactos en todos los medios: juzgados, comisarías, hospitales. El dinero manda, y el dinero es lo único que vale. El contacto más

positivo siempre ha sido el de Beatriz, una limpiadora de un hospital que con una estrategia muy bien estructurada, conseguía saca cadáveres sin que nadie sospechase nada, y comercializaban con la carne.

Uno de los aliados más importantes con los que Natividad contaba era Suárez, inspector de la Policía Nacional en la comisaría de Faustino Mendoza.

—Si quieres dinero, yo te daré dinero —le dijo ella una vez.

—Me he convertido en un corrupto —le recriminó Suárez a Natividad.

—¿Corrupto? El sistema está corrupto, Suárez. Disfruta de lo que te estoy ofreciendo. Cuando nades entre billetes de diez mil pesetas ya me lo agradecerás. Tú estate donde yo te necesite y todo irá bien. Y de paso también me callaré sobre tus asuntos en los prostíbulos de la zona. Sé que te las follas a todas con la amenaza de deportarlas a su país.

El problema para Natividad llegó el día en que descubrió algo que jamás pensó que le pasaría a ella. Su marido, ese hombre al que tenía engañado pero lo amaba más que a su propia vida, la estaba engañando con otra mujer. Andoni se veía a escondidas con alguien, lo hacía bien: en horas de trabajo, lejos de casa, sin olores de perfumes Natividad descubrió el nombre de esa amante, pero además también descubrió lo peor de todo, y es que había formado una familia con otra mujer, llevaba una doble vida. Contrató a un detective que le pasó un informe a los pocos días.

—Tenías razón, Natividad, tu marido tiene una doble vida. Lleva muchos años así. Quizá demasiados.

—¿Quién es esa mujer?

—Lo tienes todo en el informe que te he dejado encima de la mesa pero para que lo sepas ella se llama Virginia Utiel, y sus hijas ya son grandes, se llaman Esther y Rebeca. Lo siento, Andoni ha tenido esas dos hijas con esa mujer.

Natividad quedó hundida, ya nada tenía sentido. Su mundo se había venido abajo. Todo lo que sentía por su marido se había esfumado, ah

comenzaron los problemas y después vino la separación, pero, decidió mantener en secreto que ella sabía lo de la amante y las dos hijas, ni siquiera se lo dijo a Amaia. Natividad era consciente que la venganza llegaría algún día. Y todo se aceleró cuando Andoni se enteró del negocio de la carne humana.

—Me parecía extraño que no hubieras heredado las ganas de comer carne humana al igual que tu padre —le dijo Andoni una vez—. La última vez que lo vi se estaba comiendo las tripas de un zorro, yo salí corriendo. Pero creo que te pareces más a Simón, aquel que asesinó a mi madre cuando yo era un niño. Eres una caníbal, Natividad, y esto no puede seguir.

—Ni se te ocurra decir nada. Si dices algo nuestra hija Amaia saldrá salpicada por todo. No creo que quieras eso para ella.

Andoni se marchó. Jamás volvieron a hablar. Hasta que Natividad se enteró que un detective llamado Alfonso Vega la estaba siguiendo ¿quería Andoni descubrirlo todo y denunciarla? Natividad no podía permitirlo por nada del mundo. Andoni quiso indagar más sobre el pasado de la granja. Investigó sobre Rufino y Simón, y se dio cuenta que la que era ya su ex mujer se estaba lucrando con un negocio de canibalismo.

Natividad tenía que silenciar a Andoni, tenía que ser así. El fallo que provocó en el coche de su amigo no funcionó, ya que Andoni quedó vivo después de aquel accidente que tuvieron una noche de juerga. Así que tuvo que pasar al siguiente plan, y era acabar con él en el hospital mientras estuviera ingresado.

—Quiero que te encargues tú, Suárez —le dijo ella.

—¿Cómo cojones quieres que lo haga?

—Ingéniatelas como te salga de los huevos. No puedo permitir que a Andoni le dé por hablar. Manda a un sicario de los tuyos, a un yonki de esos que conoces de la Cañada Real. Ocúpate de él y de Alfonso Vega, el detective. Ese sabe también demasiado.

—Tu hija Amaia acabará descubriéndote.

—A mi hija Amaia me la dejas, yo me ocuparé de ella y la mantendré alejada. Tú haz lo que te he dicho, si necesito algo más de

ti ya te iré informando.

CAPÍTULO 50

Amaia cree estar en un sueño, o una pesadilla tal vez. Delante de ella está la fotografía de Beltrán con su madre Natividad.

—¿Cómo es posible, jefa? —quiere saber Sierra.

—Ni puta idea. No comprendo como es posible que… espera Quedaos aquí, tú y Martin hablad con los vecinos, quiero la declaración de todo el mundo de este puto bloque.

La inspector baja corriendo por las escaleras y llega a su coche Arranca y pisa el acelerador. En veinte minutos llega otra vez a la calle Serrano, al barrio de Recoletos. Entra en el portal y sube las escaleras vuelve a llamar al timbre de Nuria Mana, pero, como era de esperar nadie abre la puerta. Llama al timbre de la vecina, la mujer con la que habían estado hablando. Ella, con la misma bata que antes, abre la puerta común gesto de enfado.

—¿Otra vez por aquí?

—Disculpe que la moleste. —Amaia le enseña la fotografía en la que sale Natividad, su madre—. ¿Esta de aquí es Nuria Mansa, la mujer que viene a veces por aquí?

—Sí, esa es. Mírela, lo que yo les decía a usted y su compañero antes, muy arreglada va siempre. Ahí está con el vestido ese azul como si fuera una marquesa. Pero ya le digo yo, esa es la Mansa, no hay duda.

Amaia sale del bloque, corre hacia el coche, tiene ganas de fumar pero esta vez tampoco hay tiempo para eso. Al entrar en el vehículo y arrancar hace una llamada.

—Escúchame, Pedro, Nuria Mansa es mi madre, me lo acaba de confirmar la vecina, le he enseñado la fotografía y la ha reconocido Imagino que para ir a la residencia a ver a Virginia Utiel se hacía pasar por otra persona.

—¿Y el piso ese?

—Será de ella, después de todo lo que estoy descubriendo no me extrañaría que lo tenga para algún tipo de tapadera. Voy a casa de m madre, que no salga esta información de aquí. Prepara un operativo de forma inmediata con la brigada, y quiero agentes en toda la urbanización, ¿estamos? Mi madre ha de saber dónde está Rocío.

CAPÍTULO 51

La agente Rocío Contreras está atada con unas cadenas a unos cuatro metros de un bidón de resina plástica fundida. Los brazos están sujetos a unas barras metálicas con unas argollas, que impiden que se abran gracias a una cadena que llega hasta una palanca. Si se activa la palanca, las argollas se abrirían y la agente caería al bidón. Está desnuda y llena de golpes. Beltrán Domínguez le ha dado una paliza que la ha dejado algo inconsciente, cuando se ha despertado se ha encontrado ahí, colgada en esa sucia sala. Beltrán la ha llevado hasta la fábrica, a la zona de residuos, donde se produce el tratado de plástico que se dará forma con los moldes a las muñecas.

—¿Estás cómoda? —le pregunta Beltrán después de entrar en la sala—. Yo te veo bastante bien, aunque seguro que podrías estar mejor ¿verdad, encanto?

—¡Suéltame, hijo de puta! —le grita ella—. ¡Sácame de aquí!

—Vamos, no te hagas la estrecha, dentro de poquito serás una muñequita, de las guapas. Si quieres te podré poner un vestido rosa ¿te gusta el rosa?

—Te cogerán, ¿crees que te vas a ir tan tranquilo?

—De momento lo estoy consiguiendo, ¿no crees? Te has entrometido demasiado, tú y tu equipo. La verdad es que fue un grave error por mi parte haber dejado aquella fotografía en el mueble, ni siquiera lo pensé. Pero, claro, tú conoces a la madre de Amaia, sabes quién es Natividad, la has reconocido al momento.

—¿Por qué hacéis esto?

—Yo no hago nada. Todo lo hace Natividad, yo solo la ayudo. Mantenemos una relación desde hace un tiempo, ella se sentía sola, yo también, ¿por qué dos personas no pueden estar juntas si se desean? Yo hago lo que ella me dice, no hay más.

—Claro, eres su perrito faldero. ¿También cubriste aquella cabeza del bebé con el plástico? Aquella criatura no os había hecho nada.

—Eso pregúntaselo a la madre de Amaia. Te vuelvo a decir que yo solo hago lo que ella me dice.

—Claro, lo que yo te decía, Beltrán, eres su perrito faldero.

El hombre no dice nada, está en silencio. Su mirada planea algo seguro que nada bueno.

—¿Sabes lo que te ocurrirá cuando te suelte? La resina líquida que ves abajo está ahora mismo a más de sesenta grados, llega a casi unos setenta. La resina no debe estar nunca a esa temperatura para hacer los muñecos, pero por ti, he hecho una excepción. Cuando te baje te quemarás, morirás quemada lentamente mientras el plástico se te impregna con tu piel. Atravesará la piel, la dermis y la epidermis, el dolor será inhumano al llegar a los vasos sanguíneos. Me suplicarás que te pegue un tiro, la mala noticia para ti es que ni tengo ningún arma. Así que tendrás que sufrir, querida. Prepárate, porque no haré más una cuenta atrás. Beltrán agarra la palanca, dispuesto a soltar las argollas para que la agente Contreras caiga. La mira a los ojos, y, gira la palanca. Ahora, Rocío grita, quizá

está comenzando a sentir el horror.

CAPÍTULO 52

Ha comenzado a anochecer, y Amaia ha dejado el coche cerca de la casa en la que vive Natividad. A esas horas parece ser que ya está todo el mundo en casa, es una suerte que casi todos tengan horario de mañana, piensa ella. La urbanización es bastante exclusiva, aunque no demasiado, no hay vigilante en el acceso, pero sí algunas cámaras de seguridad, pero solo en la entrada y salida de la urbanización.

La inspectora Garmendia camina por el pequeño caminito de baldosas que la conducirán hasta la casa. Tiene fachada blanca, y ahora la chimenea está encendida. Amaia sabe que en pocos minutos se enfrentará a su madre, por eso, prepara su arma con el seguro quitado. Más vale prevenir que curar. Llama al timbre, está nerviosa Tiembla. Sientes escalofríos.

—Hola, hija —le dice Natividad cuando abre la puerta—. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar?

—Claro, adelante.

Natividad abre la puerta para que su hija pueda entrar. En el interio de la casa el ambiente es cálido. Y, Efectivamente, la chimenea está encendida.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café? ¿Un té? Del Bourbon ese que tú bebe no tengo, así que eso no puedo ofrecértelo.

—No, tranquila.

—Bueno, pues tú dirás, hija, tienes cara de preocupada.

—Hemos avanzado en la investigación de papá.

—¿Sí? Eso son muy buenas noticias. ¿Qué sabéis?

—Sabemos quién está detrás de todo, aunque todavía falten algunas piezas por encajar. Creemos que una tal Nuria Mansa es la responsable.

—¿Nuria Mansa? ¿Qué sabéis de ella?

—Ya basta, mamá. Sé que tú eres Nuria Mansa, pero todavía no se el por qué, y tampoco sé por qué lo has hecho.

Natividad se queda en silencio. Mira hacia la chimenea y se abriga con la blusa que lleva, como si hubiera sentido un escalofrío recorriendo su cuerpo.

—¿Por qué no te quedas a cenar? —le pregunta su madre cambiando de tema—. Hay solomillo, ¿te apetece? Puedo hacértelo con patatas, o quizás prefieras pollo.

—Deja de decir gilipolleces. Tú mataste a papá, ¿por qué?

Después de un largo silencio, Natividad parece dispuesta a hablar. Pero antes se pone de pie y se sirve una copa de whisky del mini bar del salón.

—Yo no lo maté, ni siquiera fue Suárez. Lo hizo alguien que mandó él. Conociéndole quizá llevó a un macarra de Carabanchel o algún yonki de la Cañada Real. Tu padre sabía cosas que iba a sacar a la luz, quería contarlo todo, y eso no podía ser. Ten en cuenta que si lo hacía tú también te verías salpicada. Estuvo investigando junto al detective ese, Alfonso Vega…

—¿También lo matasteis? —le interrumpe.

—Claro, ¿qué podíamos hacer? No quedaba otra opción, tú hubieras hecho lo mismo.

—Yo no soy una asesina.

—Estabas dispuesta a matar a Suárez. La mujer que mandé al hospital me lo dijo, si no llega a entrar ella para ocuparse de él te lo hubieras cargado. Le dije que lo matase porque él ya era un estorbo. El muy imbécil vino a verme hace un tiempo, me dijo que estaba cansado, que quería desaparecer, ya sabes que yo en el fondo tengo un buen corazón, por eso le ofrecí una salida.

—¿Qué salida? ¿La muerte?

—No. Yo no estoy al mando Amaia, hay gente muy arriba, gente que está dispuesta a hacer cualquier cosa, gente con mucho poder, con demasiado. Le dije a Suárez que había una mujer, una con dinero, le

pregunté cuánto necesitaba para desaparecer y me respondió: con veinte millones tendría de sobra. Bien, pues le di la solución. Me la jugué por él. Esa mujer podía disponer de veinte millones cuando quisiera, era una de los nuestros, la utilizábamos para sacar cadáveres del hospital en el que trabaja. Yo sabía que guardaba mucho más de veinte millones, pero los de arriba no podían saber que había sido idea mía, sino de Suárez. Me dio lástima, lloró delante de mí suplicándome el abandonar toda esta mierda. No podía más, y a veces pienso que yo tampoco.

—Alfonso Vega me contó lo de la granja. Como comenzó todo Rufino era tu padre, ¿verdad? Nunca lo conocí.

—Rufino era mi padre, y Simón era su hermano, o sea, mi tío. Todo lo comenzó Simón, quizá si él no lo hubiera comenzado a lo mejor lo habría hecho mi padre, pero no fue así. Simón comenzó comiendo animales vivos, se comía la carne cruda, eso no le saciaba, por eso siguió comiéndose a personas. La carne humana le daba placer, eso sí le saciaba. Después fue mi padre, y luego yo.

A Amaia le dan arcadas. Tiene ganas de vomitar otra vez. Se imagina a los cerdos, a los órganos, los intestinos, la piel, la sangre cayendo por la boca.

—Durante mucho tiempo —prosigue Natividad—, lo pude controlar. Cuando me casé con tu padre todo iba bien, pero las ganas de comer carne volvieron, lo deseaba con todas las fuerzas. Puedes decir que eso es canibalismo si quieres, veo tu cara de repugnancia.

La verdad es que Amaia lo que tiene ganas es de echar por la boca todos los tropezones que tiene en el estómago.

—Me das asco, mamá. No imaginas las ganas que tengo ahora de…

—¿Meterme un tiro? —le interrumpe—. Dilo, no pasa nada. Imagino que es lo que sientes.

—¿Por qué ibas a ver a Virginia Utiel a la residencia? ¿Mataste tú a sus hijas?

—Virginia Utiel es una mujer despreciable, no la he matado nunca por pena. Creo que su vida es más repugnante dentro de ese centro para viejos. Tu padre, ese hombre al que tanto idólatras, se la follaba

hace muchos años, eso no lo sabías, ¿verdad? Me engañaba con otra y formó una familia con ella. Sí, el hombre ese al que tienes en un pedestal. Tu padre tuvo dos niñas con Virginia Utiel: una era Esther, y la otra Rebeca.

Amaia parece no sorprenderse ya con nada sobre lo que su madre le está explicando.

—¿Entonces fue por venganza?

—Llámalo como quieras. No hace mucho me enteré de esa infidelidad, y descubrí a esas hijas que tu padre había tenido en esa otra familia que él había formado. La sucia de Esther se había quedado embarazada de un inútil, del Juan Antonio Cortés, un inmundo que no sabe ni siquiera por dónde camina. Y Rebeca, maldita esa chica, se dedicaba a la prostitución, ¿para eso tu padre había formado otra familia? Me daban asco, Amaia, era repugnante. Eso sí que deberían darte ganas de vomitar. Maté a Esther, le arranqué el bebé que llevaba dentro y le corté la cabeza al niño. Créeme, es lo mejor que le podía pasar a esa criatura, ¿qué futuro hubiera tenido? Luego maté a Rebeca, a esa sucia puta, que lo único que hacía eran negocios con altos cargos… sí, te hablo de política, la muy zorra dejaba que se la follasen veinte a la vez con tan solo que le dieran para su dosis. Esas no merecían vivir, ni una ni la otra. Le corté la cabeza a Rebeca, y me comí parte de su piel, también me comí la del bebé, casi lo dejo solo con la calavera.

—Y fue Beltrán Domínguez quien hizo lo de la muñeca, ¿no?

—El pobre de Beltrán está enamorado de mí, yo de él no, pero prefiero tenerlo cerca, alguien que está enamorado es capaz de hacer cualquier cosa. Solo quería que esas dos fulanas que tu padre había tenido fuera del matrimonio sufrieran, que todo el mundo las viera como lo que son, como basura, como muñecas, como ratas sin cabeza o como una furcia a la que le han practicado una cesárea. Beltrán tenía la posibilidad de usar la cabeza del bebé como un molde para hacer una muñeca, lo hice, ¿sabes realmente por qué? Porque hubo un momento que me sentí lúcida, sentí que todo era como antes, como cuando yo era pequeña, con mi inocencia, mientras me comía a tiras la piel de ese bebé he de serte sincera, me arrepentí. La mejor manera

de tapar aquello que había hecho era creando un nuevo rostro. ¿Te das cuenta? Algo de bondad hay en mí.

—¿Y Juan Antonio?

—El gitano no pintaba nada en todo esto. Le corté la lengua y le pegue un tiro con la misma arma con la que mataron a tu padre. Esa basura no merecía vivir, había dejado embarazada a una furcia. Ratas todos eran ratas, Amaia.

—Estás loca.

—¿Tú crees? El día que vayas por la calle, y entres en algún lugar un supermercado, en una carnicería tal vez, y veas esa carne rojiza cruda, brillante, llena de sangre, a lo mejor se te despierta el instinto que seguro llevas en tu interior. La herencia es así, Amaia.

—¿Por qué tenías el piso ese a nombre de Nuria Mansa en la calle Serrano, en Recoletos.

—No sé, lo llamaré quizá… mi cuartel general. Pero, será mejor que no entres nunca allí, hazme caso, Amaia.

La vasca saca el arma, el seguro está quitado. Lo único que hace es apuntar a su madre y encañonarla.

—¿Dónde está Rocío?

—¿Rocío? Esa es la joven de tu brigada, ¿no?

—Sé que la tiene Beltrán. Dime dónde está y termina con esto, por favor.

—Pobrecita. Tendrás que sustituir a Rocío, seguro que en la academia de policía podrás encontrar su relevo, quizá a alguna más espabilada.

—¡Dime dónde está! —le grita la inspectora mientras la encañona con el arma.

—Tendrás que dispararme, Amaia. Quizá puedas tener a Rocío como una muñeca, la podrás dejar sobre una repisa. —Natividad comienza a reír. Está ida, su cabeza ya no está centrada como debería de estar, ya hace tiempo dejó de estarlo.

Amaia acaba de tener su momento de lucidez. Es como si su mente viajase a otro lugar. Coge su teléfono móvil, le queda poca batería

pero hace una llamada a Pedro.

—Dime, Amaia, estamos llegando.

—No, Pedro, id a la fábrica de San Sebastián de los Reyes donde trabaja Beltrán Domínguez. Rocío tiene que estar allí, seguro.

—¿Estás segura?

—Id hacia allí inmediatamente, Pedro. Manda a todas las unidades posibles, joder. —La inspectora cuelga la llamada y mira a su madre, la cual tiene una extraña sonrisa.

—Es tarde, cuando lleguéis solo quedarán los huesos de tu amiga —le dice su madre.

CAPÍTULO 53

Beltrán Domínguez activa la palanca. Rocío comienza a gritar, siente el horror, está aterrada.

—Adiós, bonita —le dice él.

En ese momento, la palanca se encalla, no funciona, el mecanismo está fallando.

—¡Joder! Qué cojones…

Beltrán intenta girar la palanca con todas sus fuerzas, algo consigue girarla y una de las argollas se abre. Rocío está medio suspendida en el aire, ahora está a punto de caer, y grita, lo hace con todas sus fuerzas. En ese momento se oyen unas sirenas en la lejanía, son las de sus compañeros y de varias unidades más, que por orden de Amaia han acudido a la fábrica en el polígono.

—¡No! —grita Beltrán—. Tiene que funcionar, la puta palanca ha de funcionar.

Las unidades, los geos y el equipo de Amaia entran en la fábrica. Se despliegan por la zona hasta que encuentran a Beltrán sujetando la palanca con fuerza sin querer soltarla. También ven a Rocío a pocos metros arriba de un bidón del que sale humo caliente.

—¡Alto, Beltrán! —le grita el subinspector Osorio mientras le apunta con el arma—. Suelta esa palanca, la fábrica está acordonada, no tienes escapatoria.

—Dejad que la tire, por favor. Ella quiere que lo haga, Natividad me lo ha pedido y yo no puedo fallarla. Yo la amo, dejad que mueva la palanca. He de intentarlo.

—¡Suéltala, Beltrán! —le ordena ahora Pedro—. Si no lo haces dispararemos.

—Os lo suplico —les dice el hombre—. Le prometí que lo haría, si no lo hago ella se enfadará conmigo. Dejad que la mate, por favor. No

puedo fallar a Natividad.

El subinspector Martín Osorio se va acercando a poco a poco a Beltrán, él va bajando su arma, dándole la confianza al hombro para que deje de resistirse. Cuando Martín está a tan solo un metro, Beltrán se tira al suelo y se pone a llorar. Llora como un niño pequeño al que le han quitado sus caramelos. Se abraza a la piernas del subinspector, es como si eso le hiciera sentir seguro. Osorio hace un gesto a los agentes para que vengan a detenerle y para que le pongan las esposas.

—¡Ayudadme a bajarla! —grita Martín.

Entre varios agentes y Pedro consiguen dejar en el suelo a la agente Rocío Contreras, que se abraza de inmediato a Sierra y a Osorio. El abrazo dura seguramente más de cinco minutos. Y mientras le leen los derechos a Beltrán, es Amaia que entra corriendo por la puerta de la fábrica. Al ver a Rocío se acerca a ella y la abraza.

—Dios mío, Rocío, ¿estás bien?

—Sí, jefa. Estoy bien. Lo hemos conseguido.

—¿Y tu madre, Amaia? —le pregunta Pedro.

—Vino una patrulla a llevársela.

—Menuda familia tienes, eh, jefa —salta ahora Martín—. Espero que un día no se te vaya la cabeza a ti.

—Yo creo que ya se le fue hace tiempo a nuestra jefa —añade Pedro —. Creo que está como un cencerro.

Natividad, la madre de Amaia, está en prisión a la espera de juicio. Cuando la policía científica entró en el piso de la calle Serrano, el que estaba a nombre de Nuria Manso, encontraron una auténtica carnicería. Cada vez que Amaia lo recuerda le dan ganas de vomitar. En el interior había neveras llenas de carne, después de analizarlas se descubrió que era carne humana, tanto para vender como para su propio consumo. Por el momento, un juez ha decretado que sea evaluada por un equipo psiquiátrico.

Beltrán Domínguez está también en prisión a la espera de juicio, lo único que ha manifestado durante todos los días es que estaba perdidamente enamorado de Natividad, y por eso hacía todo lo que ella le pedía.

Joaquín y Beatriz recuperaron a su hija Julia. Suárez creyó que la niña estaba muerta al recibir el disparo después de tomarle el pulso era muy bajo, prácticamente ni se notaba. El inspector creyó que la niña había muerto. Cuando la inspectora Garmendia le preguntó a Beatriz por la procedencia de esos veinte millones se lo explicó todo. Y Amaia supo que tenía relación con todo lo de su madre. No hubo cargos contra Beatriz. Ahora, según parece, se han mudado de ciudad y viven felices. A veces, las segundas oportunidades son buenas y hay que saber aprovecharlas.

También se supo todo acerca de Mabel, esa mujer que había salvado a Julia, esa mujer que en vez de suicidarse, que es lo que quería decidió salvar a la niña. Después se descubrió que a Mabel se le había diagnosticado un cáncer de páncreas, quizá ese era el motivo de querer desaparecer. También se supo acerca de Tomás y Bernardo, los que ayudaron a Suárez con el secuestro de la niña. El inspector lo único que quería en sus últimos momentos era esfumarse, alejarse de la corrupción en la que se había metido años atrás.

Después de una larga investigación también se detuvo a los sicarios que fueron al hospital a matar a Andoni, y que uno de ellos fue quien lo consiguió.

Todavía se continúa trabajando en otros departamentos para detener a compradores de carne. Desde archivos que Natividad guardaba algo se pudo descubrir, pero no todo. A poco a poco se han ido desarticulando muchas mafias que se dedicaban a ello. A pesar de eso, Amaia siempre decía que alguien de más arriba movía los hilos que no era su madre solamente.

En la brigada, el asunto sobre el canibalismo se había convertido en tabú. Era un tema del que no se podía hablar. Durante días la inspectora estuvo buscando información sobre el tema, de la antropofagia. Algo quizá demasiado complejo y que posiblemente requería de meses poder analizarlo. Natividad, su madre, había sentido

el placer, al igual que su padre y su tío, con la alimentación de carne humana. Ella vio un negocio con eso, y decidió lucrarse así. Lo único que desea ahora Amaia es que, por nada del mundo, le venga a ella ese deseo. El deseo de comer carne de su misma especie.

CAPÍTULO 54

Había pasado casi un mes desde todo lo acontecido. Y Amaia había tenido que posponer en varias ocasiones su cita, aquella cita que había comenzado unas semanas antes a través unos mensajes: primero estando ella bebida, luego en la que recibía un rechazo, después un perdón, luego un saludo, y después una reconciliación. Entre reuniones sobre el caso y la recuperación al respecto con lo de su madre, aún no había habido oportunidad para una cita. Pero ahora sí, está en su piso en el barrio de La Latina, esperando el encuentro. Ha encendido velas ha puesto un mantel nuevo sobre la mesa del comedor, hay pescado en el horno listo para hacerse, y dos copas de vino blanco, y de postre unas lionesas de nata y chocolate, y, por supuesto, el Bourbon está preparado cerca del congelador donde están los cubitos de hielo. En ese momento, suena el timbre, Amaia se pone nerviosa, un escalofrío recorre su cuerpo como si fuera una quinceañera en su primera cita. La realidad es que la cita ha llegado, al fin, la noche comienza en ese momento. Se baja un poco la blusa para enseñar un poco el escote vuelve a ponerse un poco de perfume y se asegura de que ninguna de las velas se ha apagado. Abre la puerta, y, allí está, su cita. Tenía muchísimas ganas de que llegase ese momento.

—¿Estás preciosa? —le dice su cita desde el rellano.

—No más que tú. Pasa, no te quedes ahí.

La agente Rocío Contreras entra en el piso de Amaia. La joven se ha puesto hoy un vestido negro y unos tacones. Lleva el cabello recogido en una cola y se ha maquillado discretamente.

—Te lo digo en serio, Amaia. Estás preciosa —le dice Rocío.

—Acércate, anda.

Las dos se besan y se dan un abrazo, de esos que no se acaban nunca, de los que te hacen sentir muchísimo mejor.

—Que lástima que en comisaría no podamos hacer esto —añade Rocío.

—¿Quieres que te manden a otra brigada? Sigamos así, será mucho mejor para las dos.

Se vuelven a abrazar. Se besan. Se desnudan y hacen el amor en el sofá. Cuando terminan, el teléfono móvil de Amaia suena, levanta un poco la vista para mirar la pantalla, es el comisario Mendoza.

—Cógelo —le dice la agente.

—No. Hoy no estoy para nadie, solo para ti, Rocío.

Se miran a los ojos, les da la sensación de que les brillan. Sonríen se acarician y vuelven a besarse.

—Tenía tantas ganas de verte…

—Me has visto hoy en comisaría, Amaia.

—Podrías llamarme jefa —le dice y sonríe.

—¿En serio? ¿Te daría morbo?

—Puede.

Los besos no se acaban, los abrazos tampoco. La noche es de ellas y de nadie más.